



ELEY GREY

TODAS ESTÁN LOCAS

Prólogo de Mila Martínez



Todas están locas es la segunda novela de esta joven escritora valenciana. En ella nos cuenta la vida de una familia donde la protagonista principal (Grisalda) tiene una importante noticia que comunicar a sus seres queridos. La obra puede considerarse como una tragicomedia que transcurre en casa de la protagonista. La variedad y disparidad de los personajes se va presentando en un entramado caracterizado por el realismo cómico, que en ocasiones roza lo mágico e incluso lo surrealista. Al adentrarse en la lectura de Todas están locas, los lectores van a encontrarse con un texto ágil y fluido apto para todos los públicos. Disfrutarán de una historia diversa e inclusiva cargada de humor y altas dosis de amor.

Eley Grey

Todas están locas

Idea original: Daris Great



Título original: *Todas están locas*
Eley Grey, 2016

Revisión: 1.0
23/09/2020

*A todas las locas. Porque ellas consiguen dibujar la cordura de los demás.
Gracias por vuestro sacrificio diario.
Por intentar entender el mundo.*

A mi familia, a todas las familias.

PRÓLOGO DE MILA MARTÍNEZ



Tengo que agradecer a Eley Grey y a la Editorial La Calle la inesperada proposición para que elaborara este prólogo, especialmente porque *Todas están locas* ha traído hasta mí, más que un soplo de aire fresco, vendavales de emociones.

Sus páginas han recuperado recuerdos que creía perdidos; han devuelto a mi memoria el olor a pan recién horneado y la textura de la miel. Me he saturado de olor a tierra, he cerrado los ojos y ha llegado a mis oídos el sonido del viento acariciando los juncos que nacen a la orilla del río. He sentido de nuevo el temblor en mis labios de ese primer beso torpe, de tan deseado. La narración me ha transportado a la época en que escuchaba el canto de los gallos en la madrugada, al lugar donde las palabras eran habladas con acentos entrañables. *Todas están locas* me ha extraído del subconsciente consejos olvidados, pero también ha removido sufrimientos antiguos que nunca debieron existir.

En este sentido, el libro es un canto a la libertad, al derecho a ser uno mismo, a la aceptación, al amor. Y en esta historia, más que ninguna otra cosa, *el amor es un asunto de piel*, como sus propias líneas gritan. Y también, en ocasiones, *lo único que te puede salvar*.

La fuerza de la novela es la misma que percibo en Eley Grey, una escritora reivindicativa, auténtica, ingenua y a la vez madura, que destila verdad y frescura. Este es un libro que se toca, se huele, se escucha, que tiene su punto de misterio, que te hace reír a carcajadas y a la vez te duele. Es crudo, en ocasiones amargo, pero igualmente veraz, divertido y, a un tiempo, elegante.

La escritura de Eley es de una belleza palpable: —*ella a veces se sentía como el agua, de nadie*—, o la simple existencia de ese gorro fucsia que aísla a Grisalda del olvido; o también esa imagen de las huellas sobre el barro, las huellas que dibujan el pasado que se deja atrás y se va borrando poco a poco...

Sus escenarios envuelven a unos personajes polícromos cuyo entorno familiar los modela, otorgándoles unos matices imborrables: Grisalda, el gran pilar, Álex y su potente mirada, Laura, bendecida con una sensibilidad tendente al desmayo, Marga, neurótica, sobreprotectora y de físico peculiar, Pilar y su desapego... Todo un mundo de contrastes que muestra su mejor gama en una trepidante y divertida escena en la última parte de la novela. La sensibilidad y el sentido

del humor, a veces negro, rezuma en cada una de sus páginas y va *in crescendo* hasta desembocar en una explosión hilarante, caótica y surrealista hacia el culmen de la obra. Un final vertiginoso e inesperado en el que se mezclan supersticiones, viejas rencillas, celos, deseos incipientes, mala leche y vapores etílicos.

Por último, he de confesar que *Todas están locas* me ha arrollado con la magia que aportan ciertos fenómenos, sucesos y reacciones inusitadas. Porque este libro está lleno de señales que dan pistas sobre la singularidad de sus personajes y la intensidad de sus emociones, lo cual revela mucho de su autora, Eley Grey.

Pasen y lean.

JUEVES, 8 DE MAYO DE 2015



Grisalda.

—Hola tía, ¡qué alegría que te hayas acordado de venir! —me confesó Salvador.

—¿Acaso pensabas que me iba a olvidar de mi cita con mi sobrino favorito?

No necesité esperar su respuesta. Me había soltado del brazo de Laura y, sin esperar una invitación formal, me había plantado en mitad del pasillo.

—¿No tendrás un vasito de agua para tu tía? Estoy seca, parece mentira que todavía estemos a mayo. Cualquiera día pega un petardazo todo y nos vamos a freír espárragos. Dichoso cambio climático. Por cierto, esta chica tan mona es Laura —no me giré para ver sus reacciones porque ya estaba acomodándome en el sillón del salón.

Escuché cómo Salvador y Laura se saludaban con dos besos. A veces no hace falta conocer mucho a alguien para saber si te va a caer bien o mal. Sentí que en aquella ocasión la primera impresión fue positiva para ambos.

Salvador no me preguntó por Álex, pero intuí que ocultaba las ganas por saber de su prima. Hacía tiempo que no hablaban por teléfono, o al menos hacía tiempo que yo no les escuchaba hacerlo. Tampoco sé si conocía los detalles más personales de Álex, no podía exigírselo, ni tan siquiera yo los conocía. Me hubiera gustado saberlos, pero no podía obligarle a hablar. Lleva rara desde hace tres meses. Algo le ha hecho estar enferma y triste. Aunque lleva semanas de mejor humor, sigo notando un resentimiento en ella, como si un dolor profundo se hubiera instalado en cada rincón de su cuerpo.

Salva nos ofreció una bebida a Laura y a mí y a los pocos segundos comenzamos la

conversación.

—Ay, hijo, tienes que ir a ver a tu prima. Ella no me cuenta mucho, pero yo creo que te echa de menos. Y con su madre otra vez aquí... no sé, creo que le está afectando. ¿Has probado a llamarla? —le pregunté.

—Sí, tía, varias veces. Pero no da señal. Puede que tenga el móvil estropeado. Además, he estado muy liado con los encargos, pero justo esta semana voy un poco más tranquilo, me pasaré una tarde.

—Muy bien, hijo. ¿Y tú cómo estás? ¿No hay novedades?

—Pues la verdad es que no, tía. Sigo con lo mío. Casi todos los días tengo faena, así que no me puedo quejar.

—¿Y tus padres? ¿Qué se cuentan? —La madre de Salvador, Marga, es mi única cuñada—. No he podido pasarme a verlos en semanas. Desde que ha vuelto Pilar tengo que estar más pendiente que nunca en casa. Me da más miedo que un trueno. Y además hemos estado arreglando la parte de abajo para que se instale.

—Claro, es lógico. No te preocupes. Mi madre está como siempre, con sus achaques y sus cosas, ya la conoces. Y para mi padre parece que no pase el tiempo, sigue saliendo todas las mañanas bien pronto para arreglar el campo de alcachofas. Ahora dice que va a plantar tomates. Por mí como si planta mangos. Todavía está empeñado en que vaya con él a ayudarle. ¡Pues sí señor, con lo cansado que vengo de trabajar... ni hartos de vino, vamos!

—Es normal que tenga ilusión, el pobre. Toda la vida ha querido compartir contigo ese trozo de tierra y no has hecho más que menospreciarlo.

—Eso no es cierto, tía. Sabes que me he pasado veranos enteros levantándome con él para acompañarlo. ¡No sabes cómo lo odiaba! —Mi sobrino se ha sentido incomprendido siempre—. ¿Has trabajado tú alguna vez en el campo? —preguntó a Laura, quien no esperaba ser interrogada.

—Ehhh... mmm... pues no, la verdad —contestó vacilando.

Como parecía que no tenía nada más que añadir, Salvador y yo seguimos hablando un poco más, sobre sus compañeras de piso, los vecinos y lo caro que se ha puesto todo últimamente.

Después de bebemos el té y compartir los últimos cotilleos, nos levantamos para despedirnos de él.

—Álex estará a punto de llegar y quiero calentar la comida para que esté lista —Miré por última vez a Salvador y volví a insistirle—. Por favor, ven avería, creo que le vendrá bien desahogarse, a mí no me cuenta nada.

Laura me acompañó hasta casa e inició su despedida. Antes de terminar su intervención tuve una idea y, sin pensármelo dos veces se la propuse:

—Oye, Laura, ¿por qué no vienes hoy a merendar? En el horno de la esquina hacen unas milhojas buenísimas y voy a comprar unas cuantas. Es el pastel favorito de Álex. Será bueno que conozca a alguien, lleva demasiado tiempo sin salir. ¿Qué me dices?

Laura pareció dudar durante unos segundos. Quizá tenía faena, siempre me habla de sus trabajos para la universidad y pensé que esta vez también estaría ocupada. Sin embargo, tras parpadear unas cuantas veces, aceptó la invitación con una sonrisa de oreja a oreja. Es un

encanto de chica, me alegré de que aceptara.

—¡Qué bien! Pues nos vemos a las seis aquí mismo —le dije.

Miré el reloj mientras movía por última vez el guiso, antes de apagar el fuego. Eran las dos y media y estaba segura de que Álex ya estaba bajando del metro y se dirigía de vuelta a casa por las intrincadas calles del casco antiguo del pueblo. Alguna vez me ha contado que, cuando era más pequeña, le fascinaban los muros de las casas en esa zona. Me confesaba que cuando los veía no podía evitar pensar en las historias de las que habrían sido testigos aquellas piedras.

Seguramente de camino para casa Álex iría pensando en la clase de repaso del próximo lunes. Había sido todo un descubrimiento para ella. Cuando la señora Matilde me habló de los problemas que su nieto tenía con las matemáticas enseguida pensé que Álex podría ayudarle. Lógico, ¿quién mejor que ella que está terminando la carrera de matemáticas? Pero, como siempre, Álex se enfadó conmigo porque hablé por ella sin consultarle. Recuerdo perfectamente sus palabras aquel día:

—¿Cómo se te ocurre decirle que yo le daré clases particulares? Por lo menos podrías habérmelo preguntado, ¡vamos, digo yo!

El cabreo le duró poco, menos mal, porque con la fuerza que tiene, no podría soportar una bronca como las que tiene con su madre. Yo ya no estoy para esos trotes.

Fue toda una suerte conocer a la señora Matilde, a quien se le iluminaron los ojos cuando el nieto llegó con un ocho en el siguiente examen. Desde entonces se dedicó a hablar del milagro que Álex había conseguido con su nieto a todas las vecinas del barrio. Yo pienso que a ella le gusta este trabajo, parece que se siente útil y tener esa responsabilidad le ayuda a valorarse más. Creo que ayudar a otros niños puede venirle bien. La pobre, con lo que ha tenido que pasar.

—¡Ya estoy en casa! —escuché el grito Álex, al tiempo que cerraba la puerta de la calle tras de sí.

—¡Sube a comer que la mesa ya está lista! —siempre intento tenerlo todo preparado para cuando ella llega. Por fortuna, esta vez no se me había quemado la olla con la comida dentro. A veces pasan esas cosas.

—Hola, yaya —se acercó y me dio un beso en la mejilla—. ¿Y mi madre? ¿Ya ha comido?

—¡Qué va! Si todavía no ha venido. A saber dónde está. Algún día nos llevamos otro susto, ya verás. Estoy en un sin vivir con ella, parece que no escarmienta. Yo ya no sé qué hacer, seguro que llega borracha. ¡Y todavía es jueves...!

—Por favor, yaya, no me apetece escuchar ese tipo de comentarios, ¿vale? —me reprochó mientras acercaba su silla a la mesa, acomodándose frente a mí.

—Está bien, disculpa —pinché un trozo de tomate de la ensalada y seguí con la conversación—. ¿Cómo ha ido el día, cariño?

—Pues bien, muy bien. Tengo un poco de sueño, pero el día ha ido de maravilla, la verdad.

—Me alegro mucho. Después de comerte acuestas y descansas un rato. Yo coseré un poco —seguí comiendo el estupendo guiso. Realmente me había quedado buenísimo—. ¡Ah, por cierto!, madre mía cómo tengo la cabeza, casi lo olvido. Esta tarde he invitado a Laura a merendar. Voy a

comprar milhojas, ¿te apetecen?

Álex guardó silencio. Pensé que no me había escuchado y le volví a preguntar:

—¿Te apetecen o no?

—Sí, yaya, me apetecen mucho las milhojas, pero, ¿se puede saber por qué has invitado a esta chica? No la conozco de nada y ya sabes que yo con la gente nueva no...

No la dejé terminar la frase:

—Te he hablado mucho de Laura. Es casi como si ya la conocieras, Álex.

—Perdona, yaya, permítame que discrepe. La experiencia me demuestra que tus comentarios no son siempre de fiar.

Ahugué un gemido de disgusto por la mala intención de sus palabras, aunque ella pareció no notar lo porque siguió con sus acusaciones sin fundamento:

—Vamos, yaya, no sería la primera vez que pasa.

—¿Qué quieres decir, cariño? —traté de tranquilizarme.

—¿Tengo que recordarte cuando me contaste que Vicentica, la de la calle *Teulellat*, se había roto la cadera?, en realidad se había tropezado y se había torcido un tobillo, la mujer estaba de maravilla. ¿O cuando me juraste que el nieto de doña Blasa estaba en el Clínico por una infección de «plumón»? a los días me enteré de que había tenido un constipado de lo más común y ni siquiera había visitado el ambulatorio. ¿O cuando, rebosante de orgullo, clamabas a los cuatro vientos que yo, tu única nieta, había sacado la mejor nota de toda la comunidad en el examen de selectividad? —En este punto me miró torciendo los labios, se me antojó una niña pequeña—, pero si te lo tuve que escribir en un cartel y colgarlo en el espejo del baño porque me cansé de repetirte que no, que tan solo estaba entre los diez primeros del instituto.

Guardé silencio ante semejantes acusaciones. Cualquiera que la hubiera escuchado podría haber pensado que yo era una mentirosa, o cuanto menos, una exagerada. Me sentí indignada y seguí comiendo. A los pocos segundos, Álex pareció arrepentirse de su actitud, por fortuna, y me repitió que sí, que le apetecían mucho los pasteles y que tenía muchas ganas de merendar conmigo. Le sonreí y seguimos con la comida en el silencio y la calma que otorga el amor de las personas que se entienden sin hablar.

Los golpes en la puerta de la calle me devolvieron a la pantalla de la televisión que, como en susurros, me enviaba las palabras del periodista que estaba dando las noticias. Álex había subido a su habitación a descansar y yo estaba cosiendo los botones en una de las chaquetas que había rescatado del baúl de la ropa de Manolo. Estaba segura de que a Álex le encantaría. Pilar gritaba desde la calle. Ese acento latino que se le había pegado tras su estancia en Estados Unidos era inconfundible. Deshizo el momento de paz en el acto. Con suerte, se iría a hacer la siesta después de comer. Tuve que bajar a abrirle porque mi hija es capaz de romper la cerradura a golpes, la muy burra.

Tras los últimos seis años en la cárcel ha vuelto con nosotras y aún estamos tratando de adaptarnos a la nueva situación. Recuerdo el día que me llamaron los abogados para decirme que la soltaban. Me puse tan nerviosa que no sabía cómo decírselo a mi nieta:

—A tu madre le han dado el alta.

—Querrás decir que la sueltan, yaya —me replicó casi en un susurro.

—Bueno, eso. Tú me entiendes. Que va a salir de la cárcel.

—No sé si alegrarme o no.

—Buen comportamiento, me ha dicho el abogado.

—Ya, claro. ¿Y tú te lo crees?

—Hombre, tu madre no es mala persona. Es una fresca, pero no es mala persona, Álex.

—Claro, ahora va a resultar que es una santa, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso, cariño.

Hace tres semanas de aquella conversación, pero es que mi pobre Álex ha tenido que pasar tantas cosas, ha tenido que ver a su madre tantas veces bebida y drogada que en ocasiones entiendo su mal humor.

Era solo una niña cuando se vino a vivir conmigo, doce años es una edad complicada. Parecía tan indefensa y tan vulnerable que daba miedo hasta tocarla por si se rompía. En aquel momento mi hija Pilar acababa de ingresar por primera vez en prisión. Le cayeron dieciocho meses. La condenaron por tráfico de estupefacientes y robos menores.

Cuando en marzo de 2007 le concedieron la condicional, tuvo que venirse a vivir con Álex y conmigo. La liberación de su madre fue recibida por la niña con una alegría inmensa. Estaba muy ilusionada por volver a tenerla cerca. Aún tenía la esperanza de que permanecería siempre aquí, junto a nosotras, y seríamos una familia normal, como las familias de sus amigas. Aún se reflejaba la esperanza en su mirada, mi pobre niña. Habían pasado casi dos cursos completos y Álex estaba entrando en la adolescencia casi como una niña más. Quise creer que Pilar intentaba ganarse la confianza de su hija, de veras que quise creerlo. Pero a los tres meses de su puesta en libertad, una noche cenando, Pilar comentó:

—He conocido a un hombre y estamos saliendo desde hace unas semanas.

—Bueno, eso está bien, ¿no? —después de hablar no pude evitar mirar de reojo a Álex.

—Me ha ofrecido viajar con él a Florida la semana que viene.

—¡Pero Florida está en Estados Unidos, mamá! —se notaba la ansiedad en sus palabras. Se tensaba ante la más mínima sospecha de abandono.

—Sí, Álex, está en Estados Unidos. Abelardo es un hombre de negocios y tenemos — pronunció esta última palabra paladeando la primera persona del plural como si fuera un manjar — unas reuniones importantes allí. Me lo paga todo y encima voy a ver mundo. Es una oportunidad, ¿no crees, madre? —Pilar buscaba mi apoyo.

—¿Tenemos? —protestó Álex.

—Hombre, visto así, es una oportunidad, la verdad —sentí la necesidad de interrumpir. Para suavizar los ánimos, más que nada.

—¡Ni oportunidad ni hostias! —gritó Álex—. Lo que pasa es que te vas a ir y ni siquiera sabes si volverás. Te vas a marchar como hizo papá. Me vas a dejar aquí otra vez y no te importa una mierda lo que yo piense o cómo me sienta. No puedo fiarme de ti. ¡Eres la peor madre del mundo!

Tras su intervención, Álex se levantó sin terminar la cena y se encerró en su habitación. Seis días después, Pilar cogió un avión hacia Florida con su nuevo amante. Álex se despidió de ella en el aeropuerto como si nunca jamás fuera a volver a verla, pero sin derramar una lágrima. Su mirada parecía cruzada por el intento de odiarla, por la intención de dejar de quererla. Después de los años parece que se ha dado cuenta de que con su madre no funciona así: por mucho que se

haya esforzado, por más energía que haya puesto, nunca la ha odiado del todo. Quizá se ha dado cuenta de que con las madres nunca funciona así.

A los cuatro meses de aquella despedida sin llanto en el aeropuerto recibí una llamada desde la cárcel del condado de Dade, en Florida. Quien me hablaba al otro lado tenía acento mexicano, como el de las telenovelas que a veces echan en la tele. Me decía que Pilar y el tal Abelardo habían tenido un accidente de coche en el viaje de camino a México. Cuando colgué, Álex ya estaba sentada a mi lado tratando de entender qué había pasado.

—¿Qué pasa? ¿Le ha ocurrido algo a mi madre? Por favor, dime que está bien —casi pude sentir cómo el pánico se apoderaba de ella.

—Está bien, tranquila. El problema es que tras el accidente tuvo que intervenir la policía porque el chulo con el que viaja tu madre no tenía los papeles del coche en regla, y ahora viene la peor parte...

—¡Por el amor de Dios, deja de hacer propaganda y cuéntame de una puta vez qué le ha pasado! —Por aquel entonces estaba empezando a utilizar un vocabulario poco apropiado para una niña de su edad, y yo no sabía si reñirla o dejarla hacer—. Pues que haciendo una inspección del coche han encontrado droga, Álex, mucha droga.

—No puede ser... ¡pero es que esta mujer no va a madurar en la vida?! ¿Y ahora qué? Supongo que otros dos años en la cárcel, claro. Por lo visto no ha tenido bastante con la cárcel de España y quiere conocer otras.

—No, cariño. Lo siento mucho, pero las leyes allí son distintas. Va a pasarse una buena temporada encerrada. Con suerte, si intervenimos desde aquí, puede que le reduzcan la condena. Pero los cinco años no se los quita nadie.

—¿Qué?! ¡No me lo puedo creer! —casi no vocalizaba. No sé cómo se sintió en aquel momento, pero imagino que deseó que todo fuera una pesadilla. Quizá le pasaron por la mente todas las imágenes que seguro todavía le quedaban de su madre intentando ser una buena madre. Imágenes de los últimos meses de convivencia con nosotras, quizá, antes de su viaje. A lo mejor quería creer que había habido un error con los datos, que en breve nos llamaría Pilar para decirnos desde algún bar de carretera que estaba bien, que no tenía ni idea de lo que le decíamos sobre la cárcel, y que por supuesto no sabía dónde puñetas estaba el condado de Dade.

Sin embargo, tras el juicio, y a pesar de la intervención de los abogados de la embajada española, a Pilar le cayeron seis años con agravantes por robo y falsificación de documentación. La condena total ascendía a ocho años y seis meses. Pero cuando todavía faltaban dos años para cumplir la condena completa, le aplicaron una reducción por buen comportamiento.

Durante todo este tiempo Álex se ha alejado completamente de su madre. Sé que ha perdido la poca confianza que aún le quedaba en ella. Por segunda vez en su vida la niña ha tenido que sufrir la pérdida y el abandono, pero esta vez ha sido más duro, con diferencia. Mientras Pilar estaba en la cárcel de Estados Unidos hablábamos con ella una vez a la semana, al principio lo hacíamos las dos, pero al poco tiempo Álex empezó a evitar por todos los medios estar en casa a la hora de las llamadas, siempre el mismo día y a la misma hora. Fingía haberse entretenido en el camino de vuelta desde el instituto o haberse quedado hablando con algún profesor. Yo nunca quise echárselo en cara, ¿para qué?

Tras haber recibido la noticia de la liberación de Pilar y el consecuente abandono de las tierras americanas, Álex y yo decidimos acomodar la parte de abajo de la casa. Estaba clarísimo que con sus antecedentes no iba a encontrar trabajo y mucho menos un alquiler.

Cuando llegamos al aeropuerto para recogerla casi no pude reconocer a mi hija. Había cambiado tanto que en lugar de seis años parecía haber envejecido sesenta. Le faltaban algunos dientes y tenía la mirada oscura, pese al color que llevaba en los párpados. Los primeros días intentó comportarse con Álex como si todavía fuese su pequeña, como si alguna vez lo hubiera sido, pensaba yo. Trató de hacernos creer a ambas que había cambiado, que se había reformado y que ni tan siquiera fumaba.

—Lo he dejado todo, Álex. Te lo juro. Soy una persona nueva —me sorprendía el acento latino que se le había pegado. Junto con el aspecto físico, hacía que llegase a dudar de si era realmente mi hija.

—No la creo. Ya no. No hay nada en el mundo que pueda hacerme cambiar de opinión —me confesaba Álex cuando Pilar se marchaba al bar del Chuso.

—Pero Álex, cariño, tenemos que darle un voto de confianza. Lleva mucho tiempo en aquel país, lejos de casa. A saber las cosas que ha tenido que ver o hacer en aquella cárcel. He visto en la tele que las cárceles de mujeres allí son diferentes y puede haber presas muy peligrosas —intentaba hacer de abogado del diablo otorgando una tregua a mi maltrecha hija—. En un programa que vi decían que allí las meten a todas en la misma habitación, y si se matan, pues se han matado.

—Demasiada tele ves tú, me parece a mí —Álex piensa que exagero en todo lo que digo.

Mi nieta siempre ha sido una niña muy madura. Cuando llegó a casa ya se notaba que parecía más mayor de lo que era. Ahora tiene veintiuno y hace mucho que no llora por las noches la ausencia de sus padres. Quiero creer que ha superado el sentimiento de abandono. Intento calmar mi ansiedad cuando la encuentro con la mirada perdida, trato de convencerme de que los años que ha pasado aquí conmigo la han ayudado a crecer con algo de serenidad.

Recuerdos.

—Quiero que sepas que eres muy importante para mí, Álex. No quiero que tengas miedo, mi niña, yo nunca te voy a abandonar —Álex yacía en la cama mientras escuchaba a Grisalda.

—¿Por qué dices eso, yaya? —le contestó con un hilo de voz—. Porque en la vida, a veces, es necesario saber que hay alguien a quien le importas de verdad. Hay ocasiones en que el amor es lo único que te puede salvar.

Álex observaba a su abuela, lo hacía en silencio, algo muy habitual en ella. Sabía que cuando empezaba a hablar nada ni nadie podía frenarla.

—Te voy a contar una historia —comenzó a narrar Grisalda—. ¿Sabías que mi padre luchó en la guerra? —Álex asintió. No era la primera vez que le confesaba algún secreto del pasado familiar—. Luchó para defender al gobierno legítimo en el 36. Y cuando los exaltados ganaron, lo metieron en la cárcel junto con otros miles de personas. A punto estuvieron de fusilarlo varias veces. Nadie se explica qué milagro se obró para que finalmente no lo hicieran. Cuando ya estaba libre y en casa, un día quiso hablar conmigo y me llamó desde el salón. Lo recuerdo como si fuera ayer: yo estaba pelando patatas para el puré, el pobre tardó tiempo en volver a masticar. Se le habían atrofiado las mandíbulas por no ejercitarlas. Con esa voz grave que tenía, pronunció mi nombre:

—Grisalda, ¿quieres venir, por favor?

—Yo dejé a medias la tarea y acudí a su llamada. Tomé asiento a su lado y siguió hablando, pensativo:

—*¿Sabes cuánto tiempo he pasado sin beber agua y sin comer, hija mía?*

—Como comprenderás, yo no lo sabía. Yo era solo una niña, Álex. Por no tener, ni noción del tiempo tenía.

—*Días, Grisalda, he pasado muchos días —me dijo—. Pero así he sobrevivido. He visto a hombres morir alimentándose igual que yo. Bebiendo lo mismo que yo. Pero yo nunca sucumbí.*

—No sabía adonde quería llegar con aquella historia, pero seguí escuchando sus palabras falcada en aquel sofá.

—*¿Sabes lo que me hacía diferente, Grisalda?*

—Que tú eres más fuerte, papá —le contesté yo, henchida de orgullo.

—*No, mi niña —me respondió—. Aguanté más que ellos porque sabía que había alguien fuera que me quería. Sabía que mis pequeñas estaban esperando mi regreso para darme todo el amor que habían estado cultivando. Los otros camaradas desistieron desde el momento en que dejaron de sentirse queridos.*

—¿Por qué me cuentas esta historia, yaya? —Álex guardaba reposo tras la ruptura con Sandra, pero no tuvo valor para contar a su abuela el motivo real de su convalecencia.

—Es importante que entiendas que el amor puede con todo, mi niña. Sentirse amado puede salvarte de la peor de las muertes: la muerte por abandono y pena. Y creo que es un buen momento para decirte que te quiero y que siempre te querré.

Álex recordaba aquella conversación con su abuela y, aunque solo habían pasado tres meses, la sentía muy lejana. Esta mañana había iniciado su ritual como cada día: había buscado la tela con la que se vestiría, permitiendo que su brazo derecho disfrutara libremente del recorrido. En la operación sintió el tacto plural en su armario: acarició la plentera seda, apartó la satinada licra y se detuvo a la altura del algodón, donde encontró su camiseta preferida. De unos centímetros más abajo escogió un pantalón corto de estilo desenfadado.

Mientras se dirigía a la parada de metro, Álex había recordado la primera etapa de su convivencia con Grisalda, los primeros meses en el nuevo instituto y la ausencia continua de su madre. El vacío en su pecho cada mañana al despertarse, en una cama nueva, en una casa ajena. Había recordado aquella etapa con angustia, como siempre hacía, reviviendo el dolor del abandono. Abrió su mochila para tomar un trago de agua e intentar así que el nudo que se había formado en su garganta bajara por el esófago y desapareciera en algún lugar de su cuerpo, donde no le molestara para respirar.

La mañana soleada prometía un día primaveral caluroso. Miró el papel que envolvía el plástico, le gustaba despellejar las etiquetas de las botellas. Las arrancaba despacio, arrebatándoles el encasillamiento propio de pertenecer a una marca. Pensaba que el agua no podía ser de nadie. Ella a veces se sentía como el agua: de nadie. Sobre todo cuando recordaba, cuando revivía.

Una mañana de sábado, cuando solo tenía once años, su padre desapareció de su impertérrito sillón rojo, desde el que dejaba pasar los días, impasible. La desidia había sido su rutina ante las borracheras y resacas de su mujer, y también frente a los chismes que deambulaban por el barrio sobre su más que gigantesca cornamenta.

La fábrica de maderas para la que había trabajado durante los últimos quince años había dejado de esperarle tras la reciente baja laboral. Depresión, ansiedad, neumonía, gripe, alergia... Al médico de cabecera ya no le quedaban muchas más opciones que anotar en el parte de Ramón. Los silencios del hombre de la casa habían conseguido convertirlo en una figura invisible.

Aquel sábado su madre le gritaba desde la puerta anunciándole que no la esperara despierta y que, con las monedas del bote de la cocina, se pagara una *pizza* para cenar.

No pudo preguntar a nadie, no hubo respuestas a sus incógnitas en ninguna parte. Álex llegó a pensar que su padre se había muerto. Se había ido sin avisar, sin palabras, como siempre lo recordaría. En lo más profundo se sentía engañada por él, por su madre, por la vida. Pasó aquel día en silencio, deambulando por el piso. La falta de voces a su alrededor era una constante en su vida y, sin embargo, algo más fuerte que la ausencia del sonido y que la rabia empezó a crecer en

su estómago.

Su madre no durmió en casa ese sábado, tampoco el domingo. Entre las sombras del piso vacío, las historias que Álex imaginaba hacían eco en la sala de estar. Fantaseaba con otras vidas que podrían haber sido la suya pero nunca lo fueron. Sobre la mesa del salón volcó todos sus juegos, los de niña y los de más mayor. Construyó ciudades imaginarias, familias alegres, acompañadas; y así pasaron las horas de aquel fin de semana. A las seis de la mañana del lunes Pilar volvió a casa.

Su madre estuvo presente durante todo el proceso de aseo. Desayunó y la acompañó en el trayecto a la escuela, aunque no abrió la boca. Cómo imaginar lo que le pasaba por la cabeza. No tenía muchos recuerdos de su madre manteniendo una conversación con ella. Ni siquiera recordaba el momento en que su relación se había convertido en lo que era: dos desconocidas que se cruzaban de vez en cuando por el pasillo y los espacios comunes de un piso de protección oficial de Valencia. Quizá nunca hubo un antes, sino un «siempre así». Álex jamás le preguntó por su padre, y Pilar nunca le contó la verdad porque no la conocía, aunque se la imaginara o pudiera intuirlo. Porque aquel que había sido su compañero durante años, hacía mucho que había dejado de quererla. Porque tras soportar sus infidelidades, Ramón se había desenamorado a golpes. Y como ya no compartían ni cama ni vida, por no compartir, ni el silencio compartían.

Tras aquella primera semana sin su padre, los meses fueron pasando lentos, y el húmedo invierno dio paso a la cítica primavera. Las estaciones se fueron sucediendo, y tras las estaciones, los años, permitiendo que Álex fuera creciendo y alejándose, aún más, de la figura de su madre y de una realidad que no le aportaba lo que, como niña, necesitaba: estabilidad y coherencia.

Cuando aquellos hombres engalanados con sendos uniformes llegaron a casa, Álex ya tenía doce años y su madre se puso a gritar y rogó por su hija. Mostró sus mejores artes: no vaciló a la hora de sacar lágrimas a raudales y dibujar pucheros de niña indefensa. Tanto tiempo de existencia fingida le habían revestido con los movimientos propios de una actriz de bandera.

Grisalda fue informada del desahucio el mismo día de la orden policial. Sin esperarlo, se veía obligada a acoger a su nieta a la que no conocía de mucho, cuya madre ya estaba esperando el juicio. La educadora de menores le había explicado a Grisalda que Álex venía de un hogar desestructurado. Le pedía paciencia y le ofrecía su ayuda siempre que la necesitase.

Vuelta a casa.

El sordo crepitar de la tarima crujía bajo sus plataformas. Sus pasos, guiados por un ritmo rápido y castrense, dejaban ver con cada zancada unos zapatos de rojo charol a juego con el color de sus uñas. La piel de sus piernas, demasiado tostada por el exceso de sol, le regalaba unos años que no tenía.

Aquella mañana Pilar había vuelto a fumar. Recuperó el paquete del cajón inferior de la mesilla de noche y en ayunas, mientras la cafetera esperaba en el fuego de la encimera, se encendió el primer cigarrillo del día. El último periodo de abstinencia había durado una semana y cuatro días; hito destacable en su largo, y conocido por toda la familia, proceso de abandono de sustancias tóxicas. Durante los últimos quince años, y de forma desordenada, había intentado dejar de consumir tabaco, alcohol, marihuana y anfetaminas.

Su hija Álex había sufrido las consecuencias de alguno de aquellos episodios de abstinencia. Sin embargo, le costaba recordar otros momentos, otras imágenes que nadaban en su memoria. Necesitaba concentrarse para visualizar a esas dos personas: su madre frente a una versión pequeña de sí misma, y una pequeña Álex, frágil y sensible. En esos recuerdos contemplaba a su madre removiendo una pasta anaranjada a la que llamaba papilla. Con su mano derecha daba vueltas a la masa informe mientras que con la otra extraía el cigarro de su boca para expulsar el excedente de humo no retenido por sus pulmones. A pesar de que la pequeña boca de su hija recogía las sobras de aquel humo, no parecía preocuparle mucho, estaba demasiado centrada en deshacer con la cuchara los trozos de plátano que no habían podido triturarse con la batidora.

Hoy Pilar salía de casa sosteniendo el tercer cigarro de la mañana de aquel primer día de recaída. Iba en busca de sus cañas matutinas al bar, donde aguardaba su llegada impaciente el que iba a ser el lígüe del mes: Florencio Velázquez del Valle.

Los jueves, Florencio salía de la carnicería a las nueve y media de la mañana para realizar su reparto semanal. A las diez y media llegaba al bar del Chuso para abastecer de productos cárnicos el establecimiento. Tras dos sábados seguidos quedando en el *pub* del pueblo con Pilar, estaba empezando a soñar con sus piernas y sus caderas a diario. Había tomado la decisión de invitarla a su casa a cenar ese mismo viernes. Le prepararía uno de sus sabrosos guisos, no le cabía ninguna duda de que se la ganaría para siempre cuando conociera sus artes culinarias.

—Pilar, apaga el porro que sabes que no se puede fumar aquí dentro —el Chuso estaba agotado de repetir cada día la misma monserga a todos sus clientes, pero con Pilar no funcionaba la constancia; hasta que no se lo quitó y lo apagó él mismo no consiguió su objetivo.

—Pero Chuso, tío... ¡Que lo acabo de «petar»! ¡Ya te vale, qué chungo estás hoy! —propio de ella, fingir que no escucha las palabras recurrentes de quienes viven a su alrededor.

Cogió su cerveza y se encaminó hacia la mesa donde aguardaba Florencio, que esperaba el momento en que Pilar decidiera que había llegado la hora de hacerle caso. Entonces se sentó en su regazo y entre carantoña y trago de cerveza las horas de la mañana del jueves se evaporaron.

Cuando estaba a punto de marcharse para casa, el carnicero arrastró un trozo de papel por el escote de Pilar.

—Esta es la dirección de mi casa. Pásate mañana por la noche, que te voy a preparar una cena para chuparse los dedos.

—Hecho, tío. Hablamos —le contestó Pilar, que ya estaba saliendo por la puerta y el alcohol en sangre no le permitía fijar la vista.

Como una ola pausada pero constante se le presentaban los adoquines de la acera a Pilar. Tras diez minutos de paseo zigzagueante sobre aquel pequeño maremoto, llegó a casa. Al principio su llave parecía no funcionar, pero al instante pensó que el orificio de la cerradura había cobrado vida, pues no dejaba de moverse de izquierda a derecha. La puerta se abrió como por arte de magia. Al otro lado, un agradable olor a estofado y un más que arrugado rostro la esperaban. Grisalda fruncía el ceño frente a ella.

—¿No te da vergüenza llegar así de bebida? —le preguntó Grisalda.

—Déjame pasar, joder, me muero de hambre. ¿Qué hay para comer?

—Pareces una ramera, Pilar, haz el favor de cambiarte de ropa. Además, ya hemos comido y no sé si quedará algo en la olla.

—¡No jodas, madre! ¿No me habéis dejado? —de un empujón la apartó, se dirigió a la cocina en el piso superior e introdujo su cara en el guiso que aún estaba caliente. Cogió una cuchara y comió directamente del recipiente.

Duca ladró varias veces a su lado. Esperaba su ración. Siguió ladrando hasta que Pilar le lanzó un pedazo de carne sin trocear. Aquella perra tenía nueve años, pero seguía comportándose como un cachorro. Pilar la había rescatado de un probable atropello cuando apenas podía abrir los ojos. En aquel momento acababa de salir de su primera estancia en la cárcel y Álex ya vivía con Grisalda. Pilar quería ganarse la confianza de su hija y revivir con ella el tiempo perdido en prisión. Creyó que la perra le ayudaría en su cometido.

Cuando aquella tarde la pequeña Álex vio llegar a su madre con el animal en brazos sintió que un golpe de esperanza se adueñaba de su persona.

—¿Y cómo se llamará, mamá? —necesitaba creer en las aparentes buenas intenciones de su madre, que sostenía al cachorro como si fuera un bebé humano.

—Se llamará Duca, ¿te gusta? En honor al tabaco que fumo. Es gracioso, ¿a que sí?

Álex trataba de entender qué le hacía tanta gracia a Pilar, que tras aquel comentario explotó en una carcajada que la mantuvo ocupada durante un cuarto de hora. Mientras contemplaba a su madre riendo y llorando al mismo tiempo, no pudo evitar sonreír. Deseaba que las cosas fueran diferentes a partir de entonces. La quería a su lado.

Ahora, allí de pie en la cocina, todavía comiendo el estofado, Pilar no podía evitar pensar en lo fea que se había hecho aquella perra. Habían pasado algunos años sin verse.

—Es increíble cómo come este chucho. Siempre tienes hambre, ¿eh? —Pilar hablaba con el animal muchas veces, y la perra le contestaba tratando de imitar el lenguaje humano. En ocasiones pensaba que la entendía, aunque la ingesta de determinadas sustancias era lo que causaba en su mente cualquier supuesta conversación.

Tras acabar con el contenido de la olla y expulsar una sonora ventosidad, se dirigió a la planta baja de la vivienda, donde se encontraba su habitación, para echarse su habitual siesta de dos horas y media.

Álex no tenía clase. El horario del segundo cuatrimestre le había dejado libre la tarde de los jueves. Afortunadamente había subido a su habitación a descansar y desde allí no podía escuchar los ronquidos de su madre. Apenas habían pasado unas semanas desde que Pilar había vuelto de Estados Unidos, pero todo había empezado a precipitarse desde el primer momento: los horarios, las rutinas y la tranquilidad que habían vivido durante tanto tiempo comenzaba a peligrar. Había vuelto de aquel país transformada. Era imposible adivinar si había cambiado hasta casi convertirse en otra persona o, por el contrario, al fin se había descubierto y mostraba su verdadero rostro al mundo.

Etiquetas.

Álex solía leer en el metro y evitaba relacionarse con la gente. Lo evitaba también en la facultad, cuando se empieza una relación de amistad uno siempre termina convirtiéndose en alguien que busca la aprobación de los demás.

Le gustaba pasar desapercibida, y alguna vez lo había deseado con tanta fuerza que sus compañeros de clase le habían llegado a llamar «la invisible». A ella no le importaba, le gustaba vestirse de color transparente cuando, en algún descanso entre clases, tocaba culto inmoral al cotilleo.

—¿Quién es el «churri» que te ha regalado ese reloj, Álex? Qué calladito te lo tenías.

«¿Y a ti qué te importa?», pensaba ella, notando el ácido amargo de la omisión.

«El churri no, la churri, inepto cotilla», continuaba sin hablar, y esa respuesta reprimida le hacía sentir más completa, aunque su respuesta fuera tan invisible como ella.

—¿Sientes vergüenza de mí? —le inquiría Sandra cuando se contaban cómo les había ido el día.

—Sandra, yo solo sé que te quiero. Por favor, no te enfades. Hay gente muy gilipollas, sól® eso, y no quiero que luego anden hablando de lo que hago o dejo de hacer. Entiéndeme, por favor.

Las razones por las que Álex prefería callar eran simples: cuando las preguntas requerían respuestas cortas, debía dar respuestas tan largas para no ser erróneamente catalogada, que prefería la omisión. Porque la gente necesita catalogar, poner etiquetas, porque, por desgracia, muchas personas no saben ver el mundo de otra forma.

Dado su carácter práctico, no consideraba necesario explayarse en el relato de su vida con cualquiera.

—Si de verdad me quieres conocer no me preguntes —utilizaba como arma este conjunto de palabras acomodadas en su ego cuando se sentía intimidada.

Odiaba las etiquetas.

De colores.

Granate, amarillo, azul y violeta se apilaban sin mucho trabajo alrededor de las largas y desteñidas medias que estrangulaban las piernas de Grisalda: una mujer moderna que contrastaba con el resto de vecinas de su calle. Ochenta años llenos de desbordante vitalidad. Siempre la acompañaba su gorro de lana fucsia. Lo llevaba de día, de noche y también en verano; no quería perder la memoria, y creía que el calor que almacenaba la pieza tejida a ganchillo le aislaría del tan temido olvido.

Era pasmoso verla jugar a *Poker* y apostar los últimos céntimos de su insignificante paga de jubilada. Era temida y agresiva en las partidas, y doblaba las apuestas siempre que podía. Si alguien le rebatía, ella sentenciaba: *All-in*, y el silencio invadía la sala. Pocas veces volvía a casa con el sostén vacío. De allí sacaba unos euros y compraba lotería. Estaba convencida de que algún día le tocaría la Primitiva o un décimo de navidad. Había pasado muchas noches sin dormir planificando cómo sería el día en que su número saliera premiado; pensando cómo actuaría y con quién repartiría el dinero. Todas las mañanas de sorteo se levantaba a primera hora para salir a comprarlo. Era una cita a la que nunca faltaba, aunque estuviera enferma.

Aquel jueves de principios de mayo, tras volver con su cartón de la suerte entre sus senos, esperaba la llamada de Laura sentada en el sofá. Laura era una joven estudiante que dedicaba sus horas libres a realizar servicios sociales. Hacía compañía a Grisalda y la anciana adoraba hablar con ella.

Grisalda solo tiene una hija, Pilar, la madre de Álex. Grisalda se tuvo que casar a los veinte para no llamar la atención. Vive en un pueblo pequeño y en aquella época no pudo alargar por más tiempo su soltería. No necesitó referentes de ningún tipo, aunque le hubiera gustado tenerlos.

Algo más fuerte que su propia culpa o las enseñanzas de las monjas de la escuela se había apoderado de sus instintos más primarios cuando, con solo diecisiete años, observó desnuda a la primera (y única) mujer de su vida. Su nombre era Esperanza y la amó como nunca jamás volvería a amar a nadie. La clandestinidad de su relación se vio truncada una tarde de otoño cuando fueron sorprendidas en pleno beso por Paquita, una compañera del grupo de «la buena esposa». Nunca supieron si la traidora las delató por celos, pero Grisalda siempre lo sospechó.

Paquita se incorporó más tarde, con el curso ya empezado, y desde el primer momento se acercó a Esperanza de una forma distinta. La miraba con un brillo especial en los ojos y siempre apoyaba cualquier iniciativa u opinión que Esperanza manifestara. Tuvieron la mala suerte de olvidar cerrar la puerta del baño aquel día. Se habían escapado, como cada sábado, después de la segunda hora de clase. La espera durante la semana se hacía demasiado larga. Solo disponían de unos pocos minutos si no querían llamar la atención. Ese fatídico día sus ansias fueron más fuertes que cualquier precaución y los gemidos procedentes del baño alertaron a Paquita, que las había seguido por los pasillos.

En el grupo, que se congregaba todos los sábados por la mañana, se realizaban reuniones y cursos para las chicas jóvenes donde se las adoctrinaba bajo los principios de la Sección Femenina y el Régimen. Toda joven que quisiera labrarse un futuro debía aspirar a ser una buena esposa, y para ello debía cumplir las necesidades masculinas, del marido, se entiende; desde aprender a cocinar hasta consentir tener relaciones sexuales siempre que él quisiera y de la forma que deseara.

Cuando Grisalda conoció a Esperanza nunca pensó que el sentimiento que había nacido en ella pudiera llegar tan lejos. Les resultaba tan peligroso ser ellas mismas que se hizo necesario esconder su propia naturaleza para salvar la vida. Pese al llanto y la desesperación, después de la declaración de Paquita, la conservadora y católica familia envió a Esperanza a un sanatorio con el objetivo de prevenir cualquier tipo de desviación. Grisalda escuchó, al cabo de los años, que Esperanza había muerto sola, en una habitación del manicomio del que jamás salió, entre basura y con los sesos fritos por las descargas recibidas.

Ella, sin embargo, corrió mejor suerte, pues juró ante la virgen y todos los santos que Paquita mentía y que, como le tenía celos por sus buenas notas, había inventado la historia del beso entre ella y Esperanza solo para hacerle daño. El voto de confianza de su familia tuvo un elevado coste para ella, ya que nunca jamás volvió a ver a Esperanza, y antes de los veintiuno se vio obligada a contraer matrimonio con el primo Manolo, el único joven viudo sin descendencia del pueblo dispuesto a casarse con ella tras los rumores.

El afecto entre el primo Manolo, hijo de una tía lejana de Grisalda, y Grisalda era mutuo, es decir, nulo. Por otro lado, sus exigencias maritales eran bastante esporádicas y normalmente ella se sentía capaz de mantenerlo contento. Era un hombre de huerta y de pocas luces. Para la mayoría de mujeres, Manolo era un hombre poco apuesto, sin gracia en los andares y en sus palabras. A veces Grisalda se iba al campo con él. No le resultaba complicado coger las herramientas y cavar o plantar los cultivos de temporada. El primo Manolo tenía pocos temas de conversación. Cuando necesitaba hablar marchaba al bar de la esquina para hacer públicos sus pensamientos entre vinos y carajillos. Había días, sin embargo, en que habiendo levantado el codo más de lo habitual, llegaba a casa con unas ganas renovadas. La bestia de carga que se escondía tras aquella mirada de bobo agarraba por la cintura a Grisalda y besaba su boca al tiempo que un reguero de saliva caía ingravido sobre sus senos. Una de aquellas veces, Grisalda engendró a Pilar.

A pesar de momentos desagradables como aquel, Grisalda vivía relativamente feliz, pues disponía de la soledad necesaria para sus asuntos, que básicamente se reducían al ganchillo y al

mantenimiento de la casa. Después de cinco años de matrimonio, el primo Manolo decidió no volver a acercarse a su mujer, lo que alegró muchísimo a Grisalda. Poco después de haber tomado la decisión, a Manolo le sobrevino una fiebre extraña de difícil diagnóstico que le hizo enfermar gravemente.

Grisalda estuvo cuidándolo durante diez largos meses, lavados, comidas, aseos y paseos en silla de ruedas. Hubieron de trasladar la habitación del enfermo al piso inferior para evitar la incomodidad de las escaleras.

—Cuando muera —porque él sabía que iba a morir pronto—, me vas a enterrar con «la Sagrario» —Sagrario era su primera mujer y aquellas palabras de Manolo fueron prácticamente su última voluntad.

Esas semanas pasaron lentas para Grisalda y, aunque nunca estuvo enamorada de Manolo, ver cómo se consumía y se convertía en pellejo de uñas y huesos, hundido sobre sí mismo, le pareció deprimente.

La primera Semana Santa después de haber enfermado estaba transcurriendo sin muchas novedades hasta la mañana del domingo de resurrección. Cuando Grisalda se levantó para preparar el desayuno y asearse una corriente fría y seca se adueñó de su cuerpo y le sacudió el espinazo. Se movió como una autómatas realizando las tareas de la mañana. Preparó la bandeja con el desayuno en la pequeña cocina y se encaminó a la habitación para el aseo matutino de Manolo.

Lo primero que llamó su atención fue el silencio. Un silencio nuevo. Tras acercarse lentamente hasta Manolo y posar el oído sobre su pecho pudo confirmarlo. Aquel silencio era el sonido de la muerte. El vacío más sepulcral se instauró en su mente y tardó varios años en dejar espacio de nuevo a sus habituales historias y pensamientos, a sus recuerdos reconstruidos miles de veces en las solitarias noches de invierno. Se vio obligada a reescribir sus vivencias, su pasado, para no perderse en el olvido de sí misma y vencer así el miedo a la muerte que le había empezado a amenazar cada madrugada.

El día del entierro acudió toda su familia, incluida la pequeña Pilar, que no entendía del todo qué estaba pasando. Grisalda pudo escuchar a las vecinas decir cosas poco agradables sobre ella a sus espaldas. Hablaron sobre los pocos cuidados que había recibido el difunto y hasta se rumoreó que la viuda le había envenenado poco a poco. Ella trató de no dar importancia a los chismes, incluso llegó a desear que pasara algo estrepitoso que llamara la atención de los allí presentes para que todas aquellas aves de corral cerraran la boca.

Y entonces sucedió, cuando el enterrador abrió el nicho, y tras el nicho el ataúd donde iba a ser depositado el cuerpo de Manolo, una exclamación generalizada hizo que Grisalda diera un paso al frente para ver lo que pasaba. Asomó la cabeza, y solo entonces pudo apreciar que la cantidad de personas que descansaban sus restos para toda la eternidad en aquella caja de madera era tal, que el trabajador del cementerio estuvo quince minutos sacando sábanas y telas llenas de huesos. Tras los primeros segundos, el silencio dio paso a un fuerte murmullo general. No importaban los casi treinta grados que se respiraban en aquel corredor del cementerio —aquella

Pascua estaba siendo muy calurosa—, no molestaba el contacto pegajoso de los vecinos empujándose para poder analizar el espectáculo. La propietaria de aquel agujero en la pared, «la Sagrario», la primera esposa de Manolo, había ido almacenando en aquel nicho los cuerpos de todos los difuntos de su familia que, por unos motivos o por otros, hubieran ido a parar al crematorio de no haber intervenido. En aquella bóveda común descansaban sus padres, sus dos hermanos y un primo pequeño.

—Aquí no cabe ni un muerto más —interpeló el enterrador a Grisalda.

—Pues haga usted lo que tenga que hacer. Lo que se suele hacer en estos casos.

«Como si estos casos fueran habituales», pensaba Grisalda, que no se encontraba con fuerzas como para tomar una decisión en aquella encrucijada. ¡Lo que le faltaba, ser el tema de conversación durante los próximos meses!

Dos días estuvo la caja aquella abierta, ante el estupor de los convecinos. Pues siendo un caso de última voluntad, y no existiendo parientes de ninguno de los muertos allí depositados, a excepción de Grisalda, se hacía imprescindible la intervención del juez de paz del municipio. Una vez tomada la decisión, Manolo pudo descansar, al fin, junto a «la Sagrario». Los otros restos fueron depositados junto a la pareja, previa incineración de los mismos. Los gastos de la operación fueron asumidos por Grisalda, pues le pareció lo más justo. Para ello, tuvo que vender el único legado que Manolo le había dejado, un pequeño campo de limones.

Días después del entierro empezó a vivir pensando en sí misma y en su pequeña Pilar. Comenzó a hacer cada día lo que verdaderamente le apetecía. Aprendió a dejar de cuestionarse cada acción y cada movimiento. Fue olvidando, poco a poco, la necesidad de buscar la constante aprobación de los demás. La joven viuda se convirtió pronto en la más feliz de todas las viudas conocidas. Sin tener que rendir cuentas a padres ni esposo, Grisalda cambió el negro de su armario por todos los colores del arco iris antes de lo socialmente aceptable. Dejó de ir a misa. Había estado visitando el templo todas las semanas durante los últimos veinte años en un gesto vacío de fe. Hasta aquel momento había albergado la paranoica creencia de que, si no lo hacía, la acusarían de roja y sería encarcelada como su padre.

Nunca supo si fue por la impresión de haber encontrado a Manolo muerto o por el alivio del suceso, pero a los pocos meses de enviudar le subió el azúcar y el doctor Don José le diagnosticó diabetes. Grisalda, no obstante, nunca ha dejado de comer dulces, tartas y chocolate. Los disfruta como una niña pequeña.

Perfeccionó su técnica de ganchillo y puso un puesto de venta de género marca *Fet a má*, en la habitación que había presenciado el último adiós de Manolo, en la planta baja de la casa. Con los pocos ingresos que la venta de productos textiles le facilitaba, tenía más que de sobra para vivir y mantener a su hija. La casa había sido una herencia de sus padres y, tras la desaparición progresiva de cada una de sus hermanas, no tuvo que pelear con nadie para ganársela en propiedad.

Cuando su nieta Álex llegó al mundo Grisalda tardó dos meses en conocer la noticia. Pilar se había marchado de casa muy joven y embarazada, con solo diecisiete años, para casarse a

escondidas con Ramón, el padre de Álex. Grisalda lo había visto en alguna ocasión cuando había ido a recoger a su hija. Siempre pensó que era un chico poco hablador, sin sangre en las venas y carente de la energía que Pilar necesitaba. Cuando once años después se enteró de que había desaparecido del mapa no le sorprendió lo más mínimo.

Grisalda siempre se ha planteado los errores que ha cometido con su hija. Pilar ha tomado caminos equivocados continuamente. Las compañías, las adicciones y las locas aventuras le han abocado a vivir en una espiral sin rumbo ni control. Por desgracia, la anciana todavía no ha encontrado respuestas.

Álex.

La siesta había sido muy gratificante. Cuando abrí los ojos, sin embargo, un nerviosismo familiar me acarició el estómago: la merienda de mi abuela. Miré el reloj y me tranquilicé al comprobar que tenía tiempo de sobra. No me gusta llegar tarde a los sitios y hacer esperar, pero todavía me gusta menos que pase en mi propia casa, y la tal Laura iba a venir a merendar con nosotras. No quería entretenerme más entre las sábanas.

Mientras elegía la ropa que me iba a poner, aparté la foto de Sandra del montón de camisetas de la estantería. El marco de madera que abrazaba su imagen se había pelado. Estaba segura de que esa foto había cambiado de sitio. A veces en esta casa las cosas desaparecen y nadie sabe nunca qué ha pasado.

A pesar de haber escondido todo lo que me pudiera recordar a Sandra, todavía seguía encontrando cosas suyas y regalos que en algún momento me hizo. Aparecían en cualquier rincón. Sabía que tenía que tirarlo todo, pero no había encontrado, hasta el momento, la ocasión más propicia para hacerlo.

Allí de pie frente al armario, mientras contemplaba la foto de Sandra, me sentí con las fuerzas necesarias y la lancé a la basura. En movimientos serenos pero constantes fui recogiendo cada uno de los regalos que me había hecho durante el año de noviazgo: el póster de «La vida de Adele», la bola de cristal pisa-papeles de París que me había comprado por Internet, el peluche del koala. Con cada deposición en la bolsa de basura, exhalaba un suspiro de placer. Cada uno de aquellos objetos parecía pesarme como una losa, pero poco a poco iba notando que el lastre sobre mis hombros iba evaporándose.

Cuando finalicé la tarea me duché y me vestí tranquilamente, todavía me sobraban quince minutos, así que hice la cama y recogí la ropa que estaba desperdigada por la habitación. Justo cuando abría la puerta para salir a ayudar a mi abuela con la merienda, sonó el timbre. Escuché la voz de Grisalda:

—¡Yaaaa?! ¡Sube, cariño, estamos arriba!

Percibí cómo se cerraba la puerta de la calle, y a continuación pude sentir los pasos de alguien subiendo por la escalera. Casi al mismo tiempo que me encaminaba hacia la cocina para tirar la bolsa con todos los objetos de Sandra, una chica alcanzaba el último peldaño. La figura desconocida llegó dos segundos antes que yo, lo que me permitió poder observar su espalda y su melena sin ser vista.

—Hola, Grisalda —canturreó la chica.

—Hola, Laura, pasa. No te quedes ahí parada —se encaminó hacia el comedor permitiéndome disfrutar de su sereno caminar.

Antes de que Laura pudiera alcanzar la sala, un estruendo producido por una serie de objetos cayendo contra el suelo le hizo volver el rostro. La bolsa de plástico que me disponía a tirar se había roto, dejando escapar el koala de peluche, la bola de cristal pisa-papeles de París, el póster de «La vida de Adele» y la foto de Sandra; además de una serie de papeles arrugados, restos del bocadillo del almuerzo, pañuelos usados y algún que otro envoltorio de compresa. Me agaché todo lo rápido que pude para recoger el desaguisado.

—¿Qué ha sido ese ruido? ¿Estás bien, Álex? —Grisalda me preguntaba desde el comedor. La mesa con la merienda ya estaba lista.

—¡Sí, yaya, no es nada! ¡Ya voy! —le contesté tratando de recoger en unos pocos movimientos la basura esparcida.

Cuando fui a recoger un folio hecho añicos, mi mano entró en contacto con la mano de Laura que, en tres zancadas, se había situado frente a mí para ayudarme.

—Gracias, no te molestes. Yo puedo —no me atreví a mirarle a la cara. La vergüenza que siento normalmente con la gente desconocida se triplicó en aquel momento. Mi intimidad desparramada por el suelo hizo que me sintiera desnuda ante ella.

—No es molestia. Soy Laura. Supongo que tú eres...

—Álex, encantada —aparté la mano, que todavía estaba rozando la de ella tras el fortuito contacto, y la estiré a modo de saludo, esperando recibir la suya.

—Igualmente —nos saludamos en un gesto cordial. Quizá fue un movimiento poco común entre dos chicas jóvenes, pero estaba paralizada, como un niño que es descubierto *infraganti* haciendo algo no permitido.

Deseé que el suelo bajo mis pies me tragara allí mismo. «¿Cómo se me ocurre chocarle la mano?», pensaba mientras miraba a Laura. Sentí como si algo se me hubiera atravesado en la garganta, no podía tragar saliva. Agaché la mirada y seguí recogiendo.

—¿Has visto la película? —escuché la voz de Laura, que me preguntaba al tiempo que sostenía el póster. Pensaba que ya se había ido al salón para dejarme tranquila recogiendo mis recuerdos, o mi miseria, según se vea.

—Sí, pero no me gustó. Demasiado real, a veces —conseguí contestar.

—Cierto. A mí me gustó precisamente por eso —tras su respuesta no pude evitar pensar en algunas escenas de la película. Me volví a ruborizar por ello.

Ninguna de las dos añadimos nada. Cuando terminamos de recoger el suelo tiré la bolsa en el cubo de basura de la cocina y Laura, que había permanecido de pie, casi como una estatua, caminó en ese momento hacia el comedor, donde Grisalda nos esperaba sentada en el sofá.

—Por fin estáis aquí. Pero sentaos, por favor, ¿o es que queréis crecer?

—Gracias por invitarme, Grisalda. Tienes una casa muy bonita —dijo Laura mientras se sentaba frente a mi abuela.

—De nada, cariño. Ya tenía ganas de que conocieras a mi nieta. Tenéis casi la misma edad, ¿lo sabías?

—Sí, yaya —le contesté en un tono de adolescente trasnochada. Me arrepentí en el acto por las formas.

—Le preguntaba a Laura.

—Oh, sí, lo sé. Me lo habías dicho alguna vez —contestó Laura inmediatamente.

Algo en aquella chica me había sorprendido. Desde luego, las descripciones de mi abuela eran completamente fieles a la realidad. Los rasgos suaves de sus facciones quedaban enmarcados en una corta melena, lisa y castaña, tirando a oscura, que lucía suelta sobre los hombros. A primera vista, le hubiera echado veinte años, como mucho. Intentaba analizarla un poco más en profundidad, mientras Grisalda nos informaba de las noticias que había escuchado en el telediario del medio día. Su voz se perdía en la letanía porque mi atención estaba empezando a ser captada únicamente por los movimientos mecánicos que Laura realizaba con la cabeza y los brazos.

Como no quería mirarla directamente y resultar descarada, traté de robar imágenes sueltas y aisladas, para poder, más tarde, formar en mi mente una instantánea completa de ella. A veces lo hago con algunas personas para que no me descubran, para no llamar la atención.

Laura tiene el pelo liso, como he dicho, tirando a oscuro, y es tan liso que parece una peluca, al menos ese día me lo parecía. Cuando asiente se le mueve de delante hacia atrás creando una especie de cortina que no deja ver sus orejas. No lleva pendientes, lo sé porque de forma intermitente la melena dejaba visibles sus pequeños y blancos lóbulos. No tengo especial curiosidad por las orejas ajenas, pero algo en Laura me atrajo tan profundamente que tuve la necesidad de recopilar toda la información posible para mi posterior reconstrucción. Sus ojos son del color de su pelo, aunque un tono más claro. Parecen dos cucharadas de miel, pero miel de espliego, como la que trajo la tía Marga cuando se fue de excursión a Cuenca con las amas de casa. Dan ganas de lamerlos, seguro que están igual de dulces. Nunca he visto unos ojos así, estoy segura de que no existen otros igual, ni siquiera parecidos. Pero también está su boca, si tuviera que elegir una palabra para describirla diría que es peculiar. El labio superior cubre ligeramente el inferior que, como si tuviera miedo de mostrarse, se esconde bajo la protección del de arriba. En conjunto, todos estos detalles hacen que su expresión parezca la de un ángel, un ser increíble que ha vivido ajeno al mundo y al dolor, a la felicidad y los días de sol. Vulnerable y mágico, al que es imposible no amar. Lo supe desde el principio, aunque traté de convencerme de lo contrario durante toda la tarde. Pero hay cosas que están fuera de nuestro alcance y voluntad. En mi caso, controlar lo que siento por Laura es una de ellas.

Laura escuchaba a mi abuela atentamente, mostrando verdadero interés por lo que decía. Asentía unas veces y sonreía otras. Le había ido subiendo un tono rosado a las mejillas a medida que pasaban los minutos. Hubiera jurado que parecía nerviosa, pero no podía estar segura porque todavía no la conocía. Quizá es su forma de ser, un poco tímida o miedosa, eso pensaba yo.

—Laura estudia periodismo, ¿te lo había dicho, Álex? —me preguntó Grisalda.

—Sí, yaya. Me lo habías dicho.

—Y mi nieta está en el último año de carrera, ¿lo sabías Laura?

—Sí, Grisalda. ¿Estudias matemáticas, no? —Laura me miró directamente y volví a quedarme paralizada, como en el pasillo momentos antes.

—Sí —cuando giré la cabeza hacia Laura me pareció ver, por unos segundos, cómo sus pupilas se dilataban y su pecho bombeaba acelerado. Había perdido el color de golpe—. ¿Te

encuentras bien? Estás un poco pálida.

—Sí, estoy bien, es solo que tengo calor. Creo que voy a lavarme la cara. ¿Dónde está el baño?

—Acompáñala, Álex. No vaya a ser que se maree.

—Sí, claro, ven conmigo —tomé a Laura por el brazo, y a partir de ese momento me pareció que su respiración se aceleraba—. Estás temblando. No te preocupes, voy contigo.

Laura ya no articulaba palabra. Se quedó quieta y pareció perder su punto de equilibrio. La gravedad actuó sin pedir permiso y me pilló desprevenida. Hice uso de toda mi fuerza para impedir que se golpeará la cabeza contra el suelo al caer. Toda la sangre huyó de su rostro en una búsqueda rápida del fallo existente. Su respiración se tornó rápida y superficial.

—¡Yaya, ayúdame, por favor! —grité tan fuerte como pude. En cuestión de segundos mi abuela estaba ahí, a veces no comprendo de dónde saca esa agilidad.

—Pero, ¿qué le pasa? ¡Por el amor de Dios, trae alcohol de curar y un cojín!

Corrí al comedor a por un cojín y luego al baño a por el alcohol. Grisalda colocó el cojín bajo la cabeza de Laura. Después le levantó las piernas. Un temblor incontrolado parecía haberse adueñado de las mandíbulas y las manos de Laura.

—No es nada, cariño, solo un corte de digestión. ¿Me oyes, Laura?

No hablaba, pero tenía los ojos abiertos, señal de que estaba consciente. Movié levemente la boca, como si intentara mostrar que empezaba a recuperarse. Se humedeció con la lengua los labios y parpadeó varias veces. Parecía empezar a controlar sus movimientos y el temblor iba, poco a poco, remitiendo. Grisalda y yo aguardábamos expectantes su siguiente movimiento.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunté. Estaba recuperando un poco de color. Tan pálida se había puesto que más que blanco, una tonalidad verduzca le había cubierto la cara.

Laura movió en gesto afirmativo la cabeza, comenzó a rebullirse muy despacio.

—Lo siento. No entiendo que me ha pasado. Ya estoy mejor, gracias.

—Tranquila, mi niña. No pasa nada. Ha sido un corte de digestión y enseguida vas a encontrarte como si no hubiera pasado nada. Vamos al baño a lavarte la cara y verás que todo se queda en un susto.

A la vuelta, Laura ya podía caminar sin ayuda, se le había pasado por completo el malestar.

—Es la primera vez que me pasa algo así. Me he asustado mucho porque no podía escucharlos.

—Ahora vas a encontrarte mejor. Te voy a preparar una manzanilla y verás qué bien te sienta.

—No te molestes, por favor, Grisalda.

—No es molestia, mujer. Quédate tranquila aquí con Álex.

Sonreí a Laura y la acompañé hasta el sofá.

—Ya se te ha pasado, ¿verdad? Mi abuela tiene mucha mano para curar a la gente. Muchos dicen que tiene poderes.

—No me extraña que lo digan. Ha sido tocarme ella y empezar a recuperarme.

—Bueno, gracias por lo que me toca —intervine en tono irónico, como para dar un toque de humor.

—No quiero decir que tú lo estuvieras haciendo mal.

—Tranquila, si tienes razón. Me he asustado tanto que lo único que se me ha ocurrido ha

sido llamarla a ella —era la verdad.

Nos sonreímos y esta vez mantuvimos la mirada en los ojos de la otra. Empecé a sentirme cómoda de verdad por primera vez en toda la tarde. En el momento de mayor tranquilidad llegó Grisalda con la infusión, y Laura se la tomó a sorbos pequeños. Estuvimos charlando un buen rato, aunque la mayor parte del tiempo nos dedicamos a escuchar las anécdotas que mi abuela nos iba contando. Nos hizo reír con cada chiste, como siempre hace. Con cada ocurrencia descabellada de las que se le pasan por la cabeza. A veces creo que habla sin pensar, pero otras veces estoy segura de que dice lo que piensa de verdad. No sé qué me asusta más.

Cuando quise darme cuenta, un cálido peso rozaba mi muslo, era la pierna de Laura. Fue una sensación agradable, casi nueva. No me aparté.

Sin apenas notar el paso de los minutos, llegó la hora de dar por finalizada la tertulia y Laura se levantó para despedirse de Grisalda. Sentí el vacío que dejó en mi pierna más que su contacto.

También me levanté en ese momento y una presión en la base de mi nuca hizo que un vértigo reconocible envolviera mi cuerpo.

—¿Dónde vives? —le pregunté, tratando de apaciguar mi mareo.

—Vivo cerca del parque, frente al supermercado.

—¡Pero eso está a la otra punta del pueblo! —exclamé—. Te acompaño, no me gustaría que te fueras sola después del susto que nos has dado.

—No es necesario, de verdad. Estaré bien.

—No es discutible, Laura.

Durante todo el trayecto estuvimos hablando sobre mi abuela y sus historias. Pero también sobre nuestras respectivas carreras. Hablamos de lo que más y lo que menos nos gusta de nuestras facultades. El pequeño dolor punzante en mi cuello dio paso a la emoción invasora de la boca del estómago, la propia de los inicios, de los comienzos románticos que desbordan toda cordura para dejar en el interior emociones descontroladas y corrientes eléctricas involuntarias. Cuando quisimos darnos cuenta ya habíamos llegado al portal del edificio de Laura.

—Muchísimas gracias por acompañarme. Tengo que confesarte que estaba un poco asustada por si me volvía a dar otro mareo de camino a casa.

—¿Hay alguien arriba ahora? —quise asegurarme de que no se quedaba sola.

—Sí, no te preocupes. Están mis padres. Muchas gracias, de verdad.

—De nada, y bueno, ya sabes dónde vivimos. Si alguna vez no tienes plan, solo tienes que pasarte y serás bienvenida. Ha sido un placer, en serio.

Nos dimos dos besos y creí intuir el frescor de la buganvilla en una noche de verano cuando acerqué mi rostro a su pelo. Al inspirar más profundamente, todo un bosque de pinos inundó mis fosas nasales. Cinco segundos después, abrió la puerta del patio y desapareció por las escaleras.

Al acostarme aquella noche reviví cada momento de la tarde: su desmayo, su aparente inocencia, el paseo hasta su casa. Lo recordé una y otra vez hasta que conseguí dormirme. Reconstruí cada imagen guardada en mi memoria. Fabriqué de nuevo a Laura en mi cabeza uniendo todas las instantáneas captadas durante la merienda y recreándome sin el temor a ser sorprendida. Pensé en llamarla al día siguiente, la invitaría al cine o puede que a cenar.

Inevitablemente, el miedo aparecía como un relámpago atravesando cualquier decisión que hubiera tomado, ¿cine o cena? Las palabras de Sandra el día que me dejó todavía retumbaban en lo más profundo de mi mente. ¿Y si Laura no era como me había imaginado? ¿Y si cambiaba

después de haberme acostumbrado a ella como había pasado con mi madre o con Sandra? Era un riesgo grande. ¿Estaba dispuesta a asumirlo? Lo que no sabía era que algo más arriesgado que aquella decisión, en apariencia más peligroso, acechaba nuestras vidas. Pronto iba a descubrirlo. En ese punto conseguí adormecerme, y finalmente caí rendida.

VIERNES, 9 DE MAYO DE 2015



07:30 A.M.

—Buenos días, tía. ¿Ocurre algo? ¿Qué hora es? —la voz de Salvador sonaba ronca. El insistente zumbido del teléfono le había sacado de un pesado sueño.

—Hola, cariño. No ocurre nada malo, es solo que quería avisarte antes de que hagas planes.

—¿Avisarme de qué, tía? Me estás asustando. ¿Está todo bien?

—Sí, tranquilo. Es solo que quiero invitarte a cenar esta noche a casa. Espero que no tengas ningún plan. Y si lo tienes, pues lo cancelas.

—Pero... tía...

Grisalda le colgó sin dejarle terminar la frase. Salvador se quedó pensativo unos segundos y comprobó la hora. «Esta mujer chochea», pensó. Se levantó de la cama y se dispuso a prepararse, le esperaba la fachada de una casa de pueblo. Menos mal que las últimas lluvias habían dado una tregua, eso pensó Salvador, porque de lo contrario habría tenido que retrasar el encargo una semana más. Era una buena faena, aunque se le había juntado con otras dos, imposibles de rechazar, y la semana había sido agotadora. Y esta noche cena familiar, el panorama de la jornada no le animó mucho el triste vaso de leche con galletas. Tengo que hacer ya la compra, eso pensó él, bebiendo el último trago.

Al colgar el teléfono, Grisalda buscó en su agenda de papel el número de su cuñada. Aún no había conseguido aclararse con la agenda del móvil, a pesar de que Álex había memorizado todos los contactos importantes y le había explicado en incontables ocasiones cómo funcionaba.

—¿Marga? Sí, soy yo, Grisalda. ¿Te pillo en buen momento?

—¿En buen momento? —contestó Marga al otro lado del aparato— ¿Tienes una remota idea de la hora que es? —no sabía la hora exacta, pero tenía tanto sueño que intuyó que sería

muy pronto. Comprobó el reloj de la mesita y exclamó—: ¡Pero si no son ni las ocho de la mañana! ¿Ocurre algo, Grisalda?

Cuando por fin dejó de gritarle, quejarse y clamar al cielo y todos los santos, Grisalda pudo intervenir.

—No pasa nada, cuñada. Es solo que quería avisarte pronto para que no hicieras planes. Esta noche voy a preparar una cena y te llamo para invitarte.

—¿Una cena? ¿Estás segura de que todo está bien?

—Por supuesto, todo de maravilla. Bueno, a las nueve en casa. Y que pases un buen día.

—¿Pero tengo que llevar algo? ¿Cómo avisas con tan poco tiempo, cuñada? Tienes unas ideas que de verdad, no hay por dónde cogerte...

Por única respuesta recibió el pitido de la línea que indicaba que se había interrumpido la comunicación. Marga empezó a fabricar teorías que invadirían su mente durante todo el día. «¿Qué bicho le habrá picado? Si creo que me ha invitado a cenar a su casa cuatro veces en toda la vida. Algo quiere contarme, está claro. Esta mujer está perdiendo el poco juicio que ha tenido siempre».

Grisalda tocó a la puerta de la habitación de Álex. Empujó con cautela y susurró:

—Álex, cariño. ¿Estás despierta? —se acercó a la cama y le tocó el hombro.

—¿Qué ocurre, yaya? ¿Qué hora es?

—Es pronto, tranquila. Todo está bien. Hoy no tienes clase, ¿verdad?

—No. Pero, ¿me puedes decir qué pasa?

—Siento despertarte tan pronto, mi niña. Es que necesito que me ayudes con unas compras y quiero estar en el supermercado a primera hora.

—Pero si no habrán abierto las tiendas aún. ¿Qué mosca te ha picado?

—Son las ocho y media. A las nueve tenemos que estar allí, por favor.

Álex se levantó de la cama haciendo un esfuerzo. No había dormido lo suficiente. Le había costado muchísimo conciliar el sueño. Se metió en la ducha con la intención de sacudirse el cansancio, las dudas y los miedos antiguos. Volvió a construir en su cabeza la imagen de Laura y cada uno de sus gestos. Se vistió y desayunó ante la atenta mirada de Grisalda.

—¿Vas a estar mirándome de esa manera todo el día? Me estás poniendo muy nerviosa. O paras inmediatamente, o me explicas qué demonios está pasando y por qué tanta prisa ahora con la compra.

—Esta noche van a venir a cenar algunas personas a casa —contestó Grisalda como sin dar importancia a lo que decía.

—¿Qué personas? ¿Las conozco?

—Sí. Y no hay más preguntas. No puedo decirte nada más. Ahora, jovencita, nos vamos. Y, por cierto, no hagas planes para la cena, quiero que estés aquí también.

Con el trago de leche aún en la garganta se levantó y salió detrás de su abuela. Pocas veces Grisalda había solicitado su ayuda, alguna Navidad o día de Reyes. De hecho, no tenía ninguna imagen de Grisalda organizando una cena fuera de una de esas fechas señaladas.

Álex dialogaba consigo misma de camino al supermercado, tratando de entender qué estaba tramando su abuela. Y después, mientras recorría los pasillos siguiéndola, arrastrando el carro de la compra, la observaba para interpretar cada movimiento, confiando en descubrir el misterio que escondía la anciana. Pero enseguida pensaba que si Grisalda había dicho que no podía decirle nada más, no valía la pena intentarlo. Era una mujer de ideas fijas, si algo se le metía en la cabeza no había manera de hacerle cambiar de opinión. Tendría que esperar hasta la noche, estaba segura de ello.

—¿Puedo, al menos, saber a qué hora es la famosa cena?

—A las nueve empezarán a llegar.

—¿Y tengo que llevar un tipo de ropa especial? No sé, ¿es una fiesta ibicenca o algo así?

—¡Qué va a ser una fiesta ibicenca! ¿Estamos en Ibiza, acaso? Qué cosas tienes, Álex, cariño.

No es una fiesta de nada. Es una cena, y punto.

Efectivamente, cuando se le metía algo en la cabeza, no había manera de sacárselo.

Laura.

Estudio periodismo en la misma universidad privada donde mis padres se han sacado sus respectivas carreras. Es mi tercer año, y el poco tiempo que tengo libre lo dedico a informarme en el ayuntamiento sobre posibles casos de ayuda a domicilio que estén a mi alcance. Como no tengo formación sanitaria, únicamente puedo realizar tareas de acompañamiento a personas no dependientes. Este es el caso de Grisalda.

Cada mañana de jueves voy a su casa para acompañarla en su paseo.

—Buenos días, Laura. Puntual como siempre, chiquilla. Enseguida bajo —me dice todas las veces.

He reducido mis visitas en otros domicilios porque necesito más tiempo para preparar mis exámenes y trabajos para la universidad. Grisalda ha sido la única persona de la que no he querido prescindir. El movimiento de sus manos arrugadas al hablar y el peculiar tono de su voz me trasladan a mi infancia más lejana y me contagian de una calma sosegada que serena mi respiración. Después de seis meses de visitas y paseos, cientos de historias y confesiones, podría decir que siento a Grisalda como parte de mi familia.

Durante las largas mañanas de jueves que paso en su compañía ella me habla de muchas cosas, me cuenta infinidad de historias, pero sin duda, de quien más habla es de su nieta. No deja de repetirme las grandes virtudes que tiene, aunque también me confiesa de vez en cuando algunos de sus defectos:

—Álex es una chica muy apañada, ¿sabes? Igual te cocina un huevo que te guisa una paella. Y es muy lista. El otro día, viendo el programa ese de las preguntas, las adivinó todas. Aunque esta niña es un desastre. Ayer abrí su armario y... ¡pum!, se cayó toda la ropa y un cuadro que guardaba con la foto de una amiga. El cuadro me dio en la cabeza y me hizo un chichón. Menos mal que siempre llevo mi gorro, porque si no me la habría partido en dos.

Yo solo puedo sonreír cuando me cuenta todas esas cosas mientras paseamos por la famosa senda del colesterol (un paseo recién estrenado en el pueblo por donde salen a caminar todas las personas que, de unos años a esta parte, han decidido empezar a cuidarse, tras excesos alimenticios y abandono de la salud física).

Con el paso de los meses, he hecho prácticamente míos los chistes y los disparates que

Grisalda me cuenta. Me inunda la cabeza con historias y aventuras de dudosa credibilidad. Llena el vacío de los pasos con un pasado real o imaginario plagado de fantasía.

—¿Te he contado alguna vez cómo conocí al presidente de Estados Unidos? ¿Y la vez que cayó el meteorito detrás de mi casa?

Todo aquello eran campos, por aquel entonces no había tantas casas. Y una madrugada nos despertó un ruido grandísimo que venía de fuera. Cuando salimos todavía había humo y olía como a pimentón quemado, pero muy quemado, una cosa muy rara, la verdad. Pues donde ahora está la puerta de la tienda de la señora Tomasa, justo ahí, apareció una piedra enorme, nunca antes ni después se ha visto nada igual en el pueblo.

Me hubiera encantado haber crecido junto a ella, escuchando sus historias. Por las noches, cuando el sueño no llega, fantaseo con ello, una versión infantil de mí misma sentada junto a Grisalda, comiendo castañas asadas frente a la estufa. Después de visualizar esa imagen, generalmente me duermo.

—¿Dónde vamos hoy, Grisalda? —me he acostumbrado a preguntarle por sus planes nada más recogerla. Tomé esta decisión después de una mañana en que anduvimos durante dos horas sin parar. Según Grisalda había olvidado el destino.

—Hoy vamos a casa de mi sobrino —me contestó este jueves a la misma hora de siempre.

Ese mismo jueves no solo conocí a Salvador, el sobrino de Grisalda, sino que también conocí, al fin, a su famosa nieta. Fue una merienda informal, Grisalda llevaba tanto tiempo insistiéndome que no me quedó alternativa. Me encontré con Álex en el pasillo, antes de entrar en el salón. Ella cargaba con una bolsa de plástico que se agujereó y dejó caer todo su contenido. Cuando me giré por el estrépito quedé durante unos segundos paralizada, Álex, es la chica más atractiva que he visto en mi vida, y no me tiembla la voz al decirlo. Al principio no pude identificar si era una chica o un chico, por el pelo, pero también por la ropa e incluso por su forma de hablar, cargada de una aspereza muy peculiar. Sin pensarlo, me agaché para ayudarla y nuestras manos se rozaron. He leído hace poco, en algún sitio, que el amor es un asunto de piel. En ese momento pude confirmarlo, mi piel se estremeció capa por capa hasta que la corriente alcanzó el centro exacto de cada uno de los huesos de mi cuerpo. Todavía no sabía que el brillo de aquellos ojos y su precioso rostro iban a catapultarme hasta un precipicio de sentimientos y emociones que provocarían en mi estómago toda una serie de subidas y bajadas. Tampoco sabía que el miedo a lo inevitable me aterrorizaría tanto que acabaría perdiendo el conocimiento.

Salvador.

Me fui de casa con veinte años. Tardé más de lo que me hubiera gustado. Quiero a mis padres, no me gustaría que se me considerase un mal hijo, un insensible o algo por el estilo. Nada de eso.

Mi padre es un buen hombre, no tengo nada en su contra, aunque a veces puede con mi paciencia. No tiene más vicios en esta vida que el campo, la huerta, se entiende. De pequeño me obligaba a participar a mí, a compartir su afición por la horticultura. Hace años que me planté, vamos, que me negué a ir con él. ¿En qué cabeza sana cabe levantarse a las cuatro de la mañana para plantar patatas? ¡Pero si yo llegaba a casa a esa hora! Esas veces las guardo en mi mente junto con otros peores momentos de mi juventud. Me agarraba del brazo y casi a empujones me metía en el mono volumen de segunda mano que todavía utiliza a diario. Siempre ha sido un bruto.

En general, puedo afirmar que he vivido bien con mis padres, he sido el típico hijo único, lo que se conoce como un niño consentido. Antes de que pidiera nada ya me estaban llenando la boca, los ojos y las manos con todo tipo de juguetes, chucherías y regalos. Mi madre era la que se encargaba de que no me faltara de nada. Ha estado muy pendiente de mí, creo que demasiado. Puede que ese haya sido el problema, en parte. No quiero echarle la culpa de todo, lo ha hecho lo mejor que ha sabido, pobre mujer. Bastante ha sufrido en su vida como para tirar por tierra todo el esfuerzo que ha empleado en mi educación.

Hizo una fiesta cuando se quedó embarazada. Me costó quedarme en estado por mi enfermedad, eso decía ella. Nunca he sabido si repetía las palabras del médico o ella misma se había hecho el diagnóstico. A veces pienso que la medicina ha sido una de sus profesiones frustradas. Le encantan los hospitales, los médicos y los medicamentos. Me analizaba con lupa cada vez que volvíamos de la playa. La piel hay que cuidarla mucho, es muy sensible, eso decía siempre. Sigue diciéndolo, aunque ya no me palpa cada pliegue.

Creo que abandoné los estudios por su culpa, lo tengo que reconocer. Quizá lo hacía por mi bien, quizá eran ciertas sus palabras, pero en aquel entonces no era muy amigo de la presión. Tenía la odiosa manía de levantarse conmigo cada día una hora antes de lo necesario para repasar la lección. Si por casualidad no había lección, vamos, que no tenía examen, ella me decía que no importaba, que mejor ir adelantado que retrasado. Sigo sin acostumbrarme, a la presión, me refiero, pero ahora es distinto; mi trabajo me permite cierta libertad.

Es increíble lo rápido que se sacan los apodos en los pueblos. No sé en qué momento dejé de ser «el de la Marga» para ser «el pintor». Pinto casas, claro, con brocha gorda y rodillo. Me gusta mi trabajo y no se me da mal. La presión ahora es distinta. Yo me pongo los horarios y los plazos. No tengo jefe, ni jefa. Creo que mi madre ha sido siempre como una jefa para mí. Estoy seguro de que es otra de sus profesiones frustradas.

Sigo viendo a mi madre todos los días, voy a comer a su casa de lunes a jueves. Al principio me traía la comida y me la cocinaba aquí, en mi casa, pero me he dado cuenta de que ella está encantada de tenerme cada día allí, así que aprovecho y me ahorro fregar, que no me gusta nada.

A lo mejor es por no vivir allí, pero me resulta más llevadero soportar algunos de sus comentarios ahora, como los referentes a mis salidas nocturnas y a la novia formal. Puede llegar a ser muy cargante, por lo repetitiva. A veces pienso si tendrá algún fallo en la memoria, algo así como pérdida de la memoria inmediata.

No tengo novia formal, no. Le digo eso continuamente, casi a diario. Y sí, salgo todos los fines de semana, no hago daño a nadie por salir, vamos, digo yo. A lo que ella responde que claro, que qué dirán los vecinos, tanto salir y entrar, y viviendo con dos chicas. Siempre termina con la misma frase típica sobre la poca vergüenza que tiene la juventud de hoy en día.

En el fondo sé que tengo que tener paciencia con ella, pero a veces me planteo si no se me habrá acabado toda; la paciencia, quiero decir. A veces también me planteo si no habrá utilizado su enfermedad para provocar compasión en los demás.

—¡Soy enana!, ¿y qué!?! —alguna vez lo ha dicho así, gritando, a alguien que la miraba de forma inquisidora. Muchas veces he tratado de dialogar con ella para que entienda que la gente no siempre la mira para burlarse, que a veces es simple curiosidad.

Si es que le entra por un oído y le sale por otro, eso se lo le he dicho muchas veces a mi prima Álex, que es mi confidente y mi amiga.

—No sabes lo pesada que es, tiene ganas de discutir a toda hora, es insufrible.

Cuando todavía íbamos al instituto yo aprovechaba para pasar algunas horas más fuera de casa. La tía Grisalda nos preparaba cada tarde un par de bocadillos de chocolate, o de mortadela, o de queso y aceite, daba igual de qué, me sabían a gloria, a calma y a tranquilidad.

Mi prima siempre me ha entendido, nunca he conocido a alguien tan comprensivo como ella. Por algo es mi mejor amiga. Hemos sido inseparables desde que se vino a vivir al pueblo. Álex era la típica niña, ahora ya es una mujer, que vive sus problemas en soledad. Creo que nos vino bien su llegada, a ella y a mí, quiero decir. A ella porque yo fui el primer amigo de su vida pese a que ya tenía casi doce años. Y a mí, porque encontré una persona tranquila, sin prejuicios y paciente, muy paciente. No resultó fácil, no se fiaba de nadie. Siempre en su habitación leyendo, le encanta leer. Yo aprovechaba los paseos desde el instituto para acompañarla a casa. Poco a poco se fue convirtiendo en una costumbre que nos gustaba a los dos. Las primeras conversaciones eran más bien monólogos, míos, claro. Ella caminaba mirando al suelo, como si quisiera

encontrar un tesoro. Con el tiempo, yo empecé a pedirle opinión, con ella hay que ser muy cuidadoso. Cuando le preguntaba tenía la sensación de que estiraba de un hilo muy fino, como el de una telaraña. Pensaba que si la presionaba el hilo se rompería y la comunicación se cortaría para siempre.

Con el paso de los meses ella fue sintiéndose más relajada, se lo notaba en la expresión de su cara. Empezaba a darme su opinión incluso sin que se lo pidiera. Siempre a su ritmo, llegamos a ser inseparables, incluso ahora lo somos, aunque cada cual lleve su vida. Aunque sean vidas tan distintas.

Ellas.

De amor nadie puede morir. Estas últimas palabras de Sandra se aferraron como garrapatas a la mente de Álex, esculpiendo y perfeccionando sus neuronas para ser más fuertes. El día en que Sandra había jugado como una niña caprichosa a dejar de existir para ser otra persona, Álex sintió un vacío tan infinito que el eco de cada emoción se le repetía en los sesos estrujando cada célula hasta provocar un tormentoso dolor punzante.

Unos vaqueros ajustados y un andar sincronizado acompañaban la belleza de una joven arrogante. Unos pasos suaves, pero firmes, se clavaban en el asfalto con tanta perfección que el alquitrán sentía la imperiosa necesidad de amoldarse a su pisada. Ladeaba su cabello ondulado, rubio como el trigo. Perfecto rostro de personalidad disociada. Así la recordaría Álex durante mucho tiempo. Tenía el arte ingenioso de hacer creer que ella era la única cuerda. Tal era su vehemencia que aquellos que la rodeaban se embebían de locura.

La relación se alargó casi un año. Grisalda había descubierto en la retina de Álex imágenes de Sandra congeladas durante aquel intervalo de tiempo. Retrato de una mujer que se escondía en la córnea de sus ojos, temerosa de ser descubierta. Además, aquella foto que Álex guardaba en el armario le hizo pensar en más de una ocasión que su nieta era lesbiana, y que, como ella cuarenta años atrás, estaba enamorada de otra mujer.

Durante más tiempo del necesario, Álex había soportado el veneno de la locura propia. La descripción de Sandra era más fácil cuando mostraba su cara odiosa, pero Sandra tenía otras caras: la que le prometía amor eterno, la que le juraba el casamiento o la que soñaba con formar una familia. Se mostraba cariñosa y adorable, pero en cuestión de horas, a veces minutos, podía sufrir una engañosa metamorfosis.

—Me tienes celos, me odias... —gritaba este tipo de acusaciones a Álex.

—¿Por qué dices eso? Me cabrea que pienses así, Sandra.

—Ya he asumido que nadie me va a querer.

Álex le recordaba a diario, durante el tiempo que duró la relación, lo mucho que la quería. La abrazaba y acomodaba en su pecho, le susurraba ternura entre el cuello y la oreja, y aunque el vello de los brazos de Sandra materializaba sus emociones, se lo negaba a sí misma y a su compañera. Por todo, Álex se había creado una coraza. Había tenido que hacerlo para poder

seguir adelante. La realidad exterior trataba de traspasar el muro, pero todo rebotaba. Cuando vio a Sandra besando una boca distinta a la suya, esa coraza cayó y se hizo añicos. Durante meses retumbaron en su cabeza las palabras de Sandra cuando la dejó:

—Mira Álex, a mí me van los tíos, tú me aburres. Nada de lo que haces consigues divertirme ya. Al principio estaba bien, pero ahora creo que no es lo que me va.

—¿Lo que te va? ¿Pero qué estás diciendo?

Aceptar que Sandra nunca había sido verdad sumió a Álex en una etapa de duelo. Dejó de comer y salir, y el aire que respiraba parecía tan espeso y a la vez tan pobre en oxígeno que sus fosas nasales se atragantaban en una búsqueda desesperada de vida; y, como si hubiese estado sumergida unos minutos bajo el agua, salía a respirar y lo hacía por la boca. Solo una de cada cuatro inspiraciones era efectiva; las otras eran intentos entrecortados y forzados que derivaban en un áspero escalofrío, una soga en el cuello y un helado sudor imaginario. Pero cuando lograba que su esfuerzo por vivir fuera útil, se aferraba a él, y con esa fuerza trataba de sobreponerse al dolor que Sandra había ocasionado.

Fue una noche apagada cuando Álex comprendió que el profundo vacío en su interior no era el causante de su ansiedad. Por el contrario, estaba tan saturada de Sandra, tan empachada de todo lo suyo, que había olvidado el correcto desarrollo de sus funciones vitales. Aquella noche gritó secamente con tanta fuerza que desgarró, literalmente, una de sus cuerdas vocales. A pesar de la afectación que iba a sufrir en su voz desde entonces y que le acompañaría toda su vida, el alivio sonó a gloria en el último suspiro tras derramar la letra final. El cielo rebosante de energía eléctrica tuvo que soportar en su red estrellada un «hija de puta» tan grande que provocó abundancia de agua, como si le hubiera ofendido. Las campanas de la iglesia sonaron aquejadas por tanta agresividad liberada en partículas de piedra congelada, y los cristales de los coches se vieron sometidos a la violación de una granizada que los atravesó repetidamente.

Álex dejó escapar esa sombra negra llena de recuerdos como en un vómito, inspiró profundamente después y se sintió tan completa que tuvo miedo. Ese día, el barro que arrastraban sus pies en el roce de sus pisadas dejó dibujado su pasado, que con el agua se purificó y limpió. Tras aquella tormenta, la imagen de Sandra retornó alguna vez más, pero en todas sus visitas portaba la vestimenta de una extraña.

Tres meses habían pasado ya de aquello, pero recordaba a diario cómo Grisalda la cuidó y, entre antibiótico y sopa caliente, la anciana descubrió que Álex volvía a tener los ojos verdes. La ausencia de oscuridad le permitió achicar sus pupilas dejando ver la esperanza de nuevo en su mirada.

Marga.

«Si no te esperas dos horas, tendrás un corte de digestión y te ahogará en la piscina».
«No salgas tan tarde de casa, que te atracarán».
«Si no estudias más, nunca encontrarás faena».

Así son las cosas. Hay que aceptarlo, la gente es mala por naturaleza, no me creo que nadie dé nada sin esperar algo a cambio. No, señor. Las personas se mueven por intereses, así de simple. El que regala algo a la primera de cambio no es de fiar, algo querrá después, eso está claro. No hay que confiar en los desconocidos, no. Pero en los conocidos, menos. Siempre se lo he dicho a mi Salva, pero él no escarmienta. No sé yo a quién se parece. A mí, desde luego, no.

¡Qué complicado es todo! Sobre todo con la educación de los hijos. Y encima hay que soportar que te llamen exagerada. ¡Que Dios me dé paciencia! No entienden que solo me preocupo por él, por mi Salva, quiero decir. Que ya se sabe, que un chico sin hermanos ni hermanas es un quebradero de cabeza para los padres, mejor dicho, para la madre. Que los padres callan y otorgan, pero nosotras, las madres, ¡ay! somos las que más sufrimos.

Recuerdo cuando mi Salva era pequeño. Le tenía que repetir las cosas cientos de veces, me costó años enseñarle a cruzar la calle.

—Tienes que mirar muchas veces a los dos lados antes, Salva —mientras se lo explicaba, yo miraba hacia ambos lados, para que viera cómo tenía que hacerlo. Es bueno que los niños te tomen como ejemplo, para que aprendan antes.

¡Qué sustos he tenido que pasar con este niño! Una de aquellas veces se me soltó de la mano mientras le explicaba lo de mirar a los dos lados. Del susto que me llevé me desorienté y casi me atropella un coche que venía a toda velocidad.

La rabia se me subió hasta los pelos de la cabeza, y cuando llegué a la acera de enfrente no tenía ni fuerzas, hasta la tensión me subió de la impresión. Aún recuerdo las palabras de mi Salva: «Me estaba mareando con tanto movimiento de cabeza a derecha y a izquierda, mamá», me dijo. Vamos, lo que me faltaba por oír. Si me pinchan en ese momento es que no me sacan sangre.

Pero era tan buen niño que no he hecho más que consentirle toda la vida. Ha tenido siempre lo que ha querido. Lo que más le gustaba era la playa. Todos los domingos de agosto nos íbamos a pasar el día. Él se sentaba durante horas en la orilla, construyendo castillos de arena. Llevaba su camiseta de manga corta y la piel bien untada con factor cincuenta, eso por descontado. ¡Como para dejarlo expuesto, si los rayos UVA son cada vez más peligrosos! Dentro de poco vamos a tener que salir siempre con paraguas, en invierno para la lluvia y en verano para el sol.

Esos domingos eran una fiesta para él, pero yo lo pasaba fatal. Había escuchado en algún sitio que, con todo esto del calentamiento global, a veces se forman unas olas inmensas que se meten tierra adentro y arrasan con todo. Pues claro, yo estaba toda la mañana en un sin vivir. Por si no fuera suficiente padecimiento, Salvador tenía la piel tan sensible que cuando llegábamos a casa tenía que revisar todos sus pliegues (de pequeño era de buen comer y parecía uno de esos perros lleno de arrugas), porque siempre le salía algún sarpullido. Pero yo lo tenía muy claro, a la mínima cosa rara que le veía llamaba a la ambulancia. ¿Qué le voy a hacer? Mi marido dice que soy una exagerada y ya hace años que no me lleva al hospital. Yo sin carnet, porque con el miedo que me dan los coches, vamos, ni loca me apunto a la autoescuela.

He tenido suerte de tener un hijo. Varón, se entiende. Porque cada vez que veo a la sobrina de Faustina, la de la farmacia, me da vergüenza ajena. Con esas faldas, enseñando todo el muslo. No entiendo cómo su madre la deja salir así de casa, le podría pasar cualquier cosa. Que yo no sé en qué piensan las jóvenes de hoy en día, que parece que van provocando siempre. Si fuera mi hija, me pasaría las noches enteras sin dormir. Estaría todo el día en ascuas, muerta de miedo.

A veces me pregunto de dónde me vendrán estos miedos que tengo. Cuando mi hermano vivía, antes de que se casara con «la Sagrario» (su primera esposa, que en paz descanse), hacíamos todo juntos: ir al colegio, carreras de chapas y de canicas, expediciones por los campos de naranjos. Entonces nunca me daba miedo nada. Quizá fueron las niñeras quienes me contagiaron sus temores, por mi físico, se entiende. Ahora las comprendo, de pequeña no había muchas diferencias entre las otras niñas y yo, pero cuanto más crecían ellas, más se alejaban las posibilidades para mí.

«No crecerá como las demás», le dijo el médico a mi madre en el lecho de muerte. El derrame interno que no pudieron cortar los asistentes al parto terminó con su vida pocas horas después del alumbramiento. Todo el mundo pensaba que a los días yo también perecería. No fue así, seguí viva, a veces pienso que para desgracia de mi padre, porque cada vez que él me miraba yo podía ver en sus ojos la búsqueda silenciosa de mi madre. Ahora soy la única de la familia que sigue viva. Se han ido marchando todos con mi madre: mi padre, mis tías y al final mi hermano (aunque yo creo que él, en realidad, se fue con «la Sagrario»).

09:00 A.M.

Sandra se levantó, se vistió y salió a la calle sin desayunar. Había pasado más tiempo del debido maquillándose. Su turno empezaba a las 09:30h, no podía jugársela llegando tarde otra vez. En el último mes habían despedido a dos compañeras suyas sin avisar. La política de la empresa era distinta ahora y no les temblaba la voz si tenían que decir a alguien que no volviera al día siguiente.

Al llegar, abrió su taquilla para ponerse el uniforme y recoger su rubia mata de pelo en una coleta. Consultó de nuevo la planilla de turnos tras retocar el peinado frente al espejo. Se calzó las horribles botas y salió del vestuario. Mientras se dirigía al puesto le pareció ver a Álex con su abuela. Era la primera vez que la veía desde el día de la discusión, cuando decidió que ya se había cansado de seguir a escondidas, de discutir por tonterías, de sentirse observada e insegura cada día. Cuando se dio una oportunidad para ser normal, como las demás chicas de su edad.

Deseó que pasaran por una caja distinta a la suya. Llevaba casi tres meses sin hablar con ella. La última conversación que habían tenido no había sido muy agradable, sobre todo para Álex. No tenía ganas de aguantar reproches a aquellas horas de la mañana.

—Buenos días, Sandra —por desgracia las tenía allí mismo, no las había visto llegar. Hubiera podido preparar algún discurso para la ocasión—. ¡Qué coincidencia encontrarte aquí! No sabía que trabajabas en el supermercado ¿Lo sabías tú, Álex?

Álex había visto salir a Sandra desde debajo de la caja registradora. Estaba algo cambiada. Más maquillaje, más mayor, más alta, menos ella.

«No puede ser, ¿qué coño hace esta aquí?», pensó. Aunque dijo:

—Pues no, yaya. No tenía la más remota idea, por lo visto tú sí —esto último lo masculló entre dientes, apretando las muelas y susurrándoselo al oído.

—Buenos días, pareja —por un momento a Sandra le sorprendió el cambio en la voz de Álex, pensó que quizá estaba afónica por un resfriado. No pudo disimular la falsedad en su saludo, fue tan evidente que hasta Grisalda creyó percibirla—. Menuda sorpresa volver a verte, Álex. ¿Cómo te va la carrera?

—¿Pero de verdad te importa? —Álex hablaba en un tono bajo, tratando de impedir que su abuela la escuchara.

—Claro que me importa.

—No hace falta que finjas nunca más, Sandra. Ya no somos nada y jamás volveremos a serlo.

—Mira, solo quería ser amable. Si aún te dura el enfado, yo no puedo hacer nada.

—No estoy enfadada. A ver si entiendes de una vez por todas que no eres el centro del

mundo —contestó Álex dispuesta a marcharse.

—¿Cuánto es, guapa? —Grisalda había terminado de guardar todo en las bolsas y esperaba para pagar.

—Son treinta con ochenta, señora. ¿Van a organizar una fiesta? —preguntó Sandra sin pensar en las consecuencias.

—Pues sí, esta noche. Pásate, anda, me haría mucha ilusión. Hace tanto que no te vemos por casa. —Álex no podía creer lo que acababa de escuchar, su abuela acababa de invitar, sin saberlo, a su ex novia a cenar.

Sandra vaciló por unos segundos, durante los cuales no pudo evitar hundirse en la mirada de Álex. Había olvidado el poder de atracción que aquellos ojos tenían sobre su persona. Los había echado de menos, no podía engañarse. Por una décima de segundo volvió a revivir la conexión que había existido entre ambas y le gustó. Volvió a paladear, sin provocarlo, cada uno de los besos regalados en el sofá, las tardes de sábado, cuando Grisalda, ajena a todo, se marchaba a dormir la siesta y las dejaba a solas. Y las tardes se hacían noches y el mundo fuera no importaba. Aunque a la mañana siguiente la realidad volvieran a golpearle y las dudas lo invadieran todo una vez más.

Sandra rememoró más escenas vividas en aquella casa, en la habitación de Álex. Un escalofrío le recorrió el estómago. Creyó volver a sentir una vibración familiar que sin embargo había empezado a borrarse de su recuerdo tras las últimas semanas.

Casi sin controlar las palabras que salían de su boca, contestó:

—Allí estaré, claro. ¿A qué hora? Puedo llevar vino, si quiere —la excitación se había extendido por sus brazos y sus piernas, no podía dejar de mirar los ojos de Álex. No terminaba de entender que aquella emoción estuviera apareciendo de nuevo, ¿se estaba volviendo a enamorar o quizá nunca había dejado de estarlo?

—No es necesario, mi niña, con tu presencia es suficiente. A partir de las nueve estaremos por allí. Te esperamos.

Ya de camino a casa, Álex guardaba silencio. Pensaba en Sandra y en sus intenciones. Había conseguido conocer su mirada lo suficiente como para saber que tras el brillo de aquellos ojos Sandra buscaba algo, escondía un sentimiento y no iba a parar hasta conseguir lo que fuera que se proponía.

No la comprendía, se preguntaba qué habría sido de su reciente heterosexualidad descubierta. Del chico con el que había empezado a salir. Pero lo que menos comprendía de todo aquello era la reacción de su abuela.

—¿Se puede saber a qué han venido esas confianzas con Sandra?

—¿A qué te refieres? ¿Acaso no es amiga tuya? —Grisalda encogió los hombros—. Yo estaba esperando a que la invitaras tú, pero como te has quedado como congelada he pensado que te daba vergüenza.

—¿Vergüenza por qué, yaya? Para eso querías que te acompañara al supermercado, ¿no? Lo tienes todo planificado, ¿verdad? Por eso te has pasado la mañana escribiendo en esa libreta tuya, para no saltarte ningún paso. ¡Miedo me das! Cuanto más lo pienso menos ganas tengo de saber

lo que estás tramando.

—Ay, chiquilla, yo no te entiendo. La juventud de hoy en día no se aclara. Con tantas libertades que tenéis y no sabéis cómo actuar. Si yo ya estoy curada de espanto.

Álex no dijo nada. Grisalda tenía un don para esquivar las preguntas y dirigir la conversación a su terreno. Ambas, abuela y nieta, habían aprendido con los años que guardar silencio podía ser lo más ventajoso en determinadas situaciones.

Al llegar a casa se cruzaron con Pilar que llegaba tarde a la cita en la peluquería.

—¿Dónde vais tan cargadas? ¿Tenemos una fiesta o algo así? —preguntó aún medio dormida y, precisamente por eso, todavía sobria.

—Pues sí, hija, algo así. Esta noche habrá una cena a la que no puedes faltar. Así que no hagas planes.

—¡Uy!, me viene fatal, madre. Mejor mañana, ¿vale?

—A las nueve te quiero aquí. Procura ser puntual, es importante.

—¡Pero, madre! ¡Qué he quedado con el carnicero!

—¡Me importa tres pimientos, como si es el Papa de Roma! ¡A las nueve, he dicho! —con Pilar era con la única que perdía, de vez en cuando, las formas. Como si por ser su madre tuviera ese derecho.

Quejándose entre dientes, Pilar abrió la puerta de la calle y se marchó sin despedirse.

Ya en la cocina, Álex se dispuso a guardar toda la compra en el lugar correspondiente. Mientras, Grisalda sacó de algún rincón escondido la misteriosa libreta y siguió anotando cosas bajo la atenta mirada de su nieta. Cuando finalizó la tarea, Grisalda extrajo la agenda telefónica de algún otro lugar no visible para Álex y tecleó en su móvil de pequeña pantalla pero grandes números.

—Hola, ¿Laura? ¿Te pillo en buen momento? ¿Puedes hablar?

Lo que faltaba, ahora pretendía invitar también a Laura. Un calor familiar invadió las mejillas de Álex y le bloqueó los conductos auditivos. Posiblemente gracias a ese mecanismo de auto defensa no escuchó las palabras de Grisalda hasta el momento de la despedida cuando, de forma incomprensible, las señales acústicas volvieron a ser audibles:

—Esta noche a las nueve. Perfecto, cariño, pues nos vemos luego.

En este momento no pudo evitar insistir a Grisalda:

—Necesito saber ahora mismo qué es lo que está pasando aquí —su propia voz le sonó fría.

—No pasa nada, mi niña. ¿Por qué preguntas eso? —Grisalda estaba guardando el teléfono.

—¿Qué estás organizando esta noche? Estoy empezando a preocuparme, yaya.

Grisalda se levantó de la silla y recorrió los tres pasos que le separaban de ella. La miró a los ojos y le dijo:

—No te preocupes, ¿vale? Solo tienes que confiar en mí —lo dijo posando sus manos sobre los hombros de Álex, con un hablar sereno y pausado. Cuando terminó la frase, giró sobre sí

misma y desapareció por el pasillo.

12:00 P.M.

Laura tecleaba con fuerza creyendo que así las letras aparecerían más rápido en la pantalla. Había perdido casi toda la mañana y necesitaba aprovechar el tiempo que le quedaba para adelantar el trabajo. No había pasado ni un cuarto de hora desde que se había sentado frente al ordenador cuando su madre, por tercera vez consecutiva, reclamaba su atención:

—Laura, me marcho a trabajar. Haz el favor de recoger la ropa antes de que se ponga a llover.

Laura se asomó por la ventana. No le pareció ver muchas nubes. El cielo le respondió con un enorme sol de primavera.

—No creo que llueva, mamá. Además, ahora tengo que adelantar esto.

—Laura, son cinco minutos y tienes todo el fin de semana para hacer eso.

—Pero mamá, necesito aprovechar la inspiración del momento —se quejó Laura señalando la pantalla.

—Si no hubieras perdido toda la mañana haciendo a saber qué, bueno, en cualquier caso, cuando llegue quiero que esté hecho. Y reza para que no llueva.

Laura supo de inmediato que iba a estar todo el tiempo pensando en que tenía que recoger la ropa. También tenía claro que hasta que no lo hiciera no iba a estar tranquila. Su madre se había salido con la suya, como siempre. Cuando escuchó la puerta cerrarse, se levantó y se dirigió a la terraza. Está claro que el tiempo es relativo. Los cinco minutos vaticinados por su madre se convirtieron en media hora, pues recoger la ropa, no consistía únicamente en quitarla del tendedero, sino que había que plegarla concienzudamente haciendo coincidir cada parte, sin dejar una arruga. Después era obligatorio guardar cada prenda en su sitio, ni un centímetro más arriba, ni un centímetro más abajo. Por último, comprobar el cesto de la ropa sucia, si estaba lleno, tendría que poner una lavadora nueva. Siempre teniendo en cuenta separar la blanca de la de color, por supuesto. Aquel día le tocó el completo. Cuando por fin terminó, volvió al teclado a trabajar.

Trató de alcanzar el mismo nivel de concentración al que había llegado antes de la interrupción. Probó varias técnicas: dejar la mente en blanco, visualizar únicamente la frase que tenía enfrente, incluso emitir un ronroneo felino cerrando los ojos y la boca al tiempo que se balanceaba. Pero la imagen de Álex había vuelto a ocupar su mente. Aquellos ojos verdes y amarillos le pedían ayuda, o eso le parecía a ella. Al mismo tiempo, recordar el colapso nervioso de la tarde anterior la llenaba de inseguridad. Cada vez que parpadeaba veía aquella cara de mirada misteriosa y voz sensual. Sin darse cuenta, los pensamientos iban sucediéndose y su

mente creaba escenas de forma involuntaria. La primera imagen nítida la formaba Álex, a continuación recordaba su desmayo y las manos de Álex envolviéndola en un fuerte abrazo. En la siguiente instantánea, ella abrió los ojos y se topaba con los de Álex tan cerca de su cara que tenía miedo de respirar por si se la tragaba. Finalmente, y ya fuera de su control, veía el escenario desde arriba, ella tumbada y Álex besándola. Había desaparecido el pasillo bajo su cuerpo y el suelo se había transformado en un mullido colchón, cómodo y acogedor.

En este punto, Laura abrió los ojos en un intento por volver a la pantalla, pero ya era tarde. Aunque todo seguía allí, apuntes, ordenador, manuales de referencia..., su mente ya se había ido. Evocar un recuerdo tan potente tiene ese tipo de peligro, perder el control del cómo y del cuándo.

Se levantó y fue a la cocina. Se preparó un té y deseó poder dejar de pensar en Álex durante un rato. Iba a volver a verla en unas horas, y sin venir a cuento sus pulsaciones se convertían en una banda de percusión, sus manos sudaban y le temblaban las piernas. Una emoción propia de un viernes se había extendido por la boca de su estómago.

Recordaba que cuando era pequeña adoraba los viernes. La ilusión le duraba desde la mañana hasta la hora de irse a dormir. Los viernes tenía clase de *ballet* al terminar el colegio, pero además era el primer día de la semana que podía acostarse a la hora que quisiera. Guardaba con cariño la imagen de una niña cogiendo la mano de su madre de camino a la escuela. La sensación que le invadía ahora se parecía a la de aquellos viernes de su infancia.

Volvió a su habitación con la infusión en la mano. Buscó uno de sus temas favoritos y puso en marcha el reproductor. Mientras escuchaba los acordes del piano, se terminó el té, se descalzó y se puso ropa más cómoda. Rescató de su memoria los movimientos de la primera coreografía que había aprendido. La coreografía que tuvo que bailar en un «solo» frente a todas las familias de las niñas que participaban en su grupo. No había nadie en su habitación, igual que aquel día en la sala de baile. Por mucho que buscó a sus padres aquella tarde, mientras ejecutaba los movimientos con total precisión, no los encontró. Decenas de ojos la observaron, incluso pudo escuchar los comentarios: «Parece mentira lo bien que lo hace, como si llevara bailando toda la vida». Los nervios de aquella semana se habían evaporado cuando descubrió que ninguna de las familias allí presentes era la suya. Laura bailó, y lo hizo mejor que nunca, al menos eso le dijo su profesora cuando todo el mundo se fue.

—Me gustaría hablar con tus padres. Ve al vestuario a cambiarte y vuelve con ellos.

—No están aquí. No han venido a verme.

—Bueno, tendrán trabajo, supongo. Diles que vengán a hablar conmigo la próxima clase. Es importante.

A medida que avanzaba el curso, la atención que le prestaba su profesora iba en aumento. Laura pudo enterarse, como solo los niños pueden, de que quería contar con ella para su grupo de baile. Aquello era algo serio: tenía la intención de preparar a Laura a nivel profesional.

Cuando llegó mayo las clases de *ballet* finalizaron, y la respuesta de su madre había sido la misma cada viernes hasta la fecha: «Estoy hasta arriba de trabajo, a ver si la semana que viene puedo». Llegó a creer que tenía aquella frase grabada en algún aparato y ya ni se molestaba en

repetirla, simplemente presionaba el botón de reproducción cuando le preguntaba.

A los años, después de que las clases de *ballet* en la vieja academia hubieran dejado de ofrecerse por falta de demanda (había pasado de moda el clásico y solo se impartía *hip-hop* y *funky*), Laura vio a su profesora comprando en el centro comercial. Estaba embarazada y se había dejado el baile mucho tiempo atrás. Hablaron sobre los estudios de Laura y la importancia de ser feliz, sobre la maternidad y la infancia. Abrazó fuerte a Laura cuando se despidió y le dijo: «Lucha por lo que realmente quieres. Cuando lo encuentres, sabrás lo que tienes que hacer».

Ahora, mientras bailaba en su habitación con la música demasiado alta para lo vecinalmente aceptable, recordaba aquella frase. Se olvidó de su trabajo y pasó el resto de la tarde bailando hasta que se hizo la hora de ducharse y prepararse para la cena en casa de Grisalda.

18:30 P.M.

Marga salía del gabinete de la esteticista tras su cita mensual. Fue una suerte haber pedido hora justo para ese día, le vendría bien llegar radiante a casa de su cuñada. Seguro que le daba en los morros a su sobrina Pilar. Nunca se cayeron bien. La criticaba siempre que tenía la oportunidad, desde que dejó a Álex en casa de Grisalda para ingresar en prisión.

—¡Menuda madre! Una madre que prefiere irse con el primero que pasa, una madre que olvida sus responsabilidades por salir de parranda —aprovechaba cualquier oportunidad para culpar a Pilar de las rarezas de Álex—. Con razón la niña es tan especial. Si nunca habla, mírala, parece que le pasa algo.

No se planteaba el efecto que sus comentarios podían provocar en Álex, que generalmente escuchaba todas aquellas acusaciones.

Marga se miró en el escaparate de la administración de lotería, le gustó su aspecto. Pasó por delante del quiosco, camino de la plaza. Los gritos de los dos niños que discutían frente a la caseta azul llamaron su atención. Apoyaban sus manos en la pequeña repisa y estiraban las piernas para llegar a la ventana. Se quejaban al quiosquero porque decían que les había dado menos chucherías de las que les correspondían. El quiosquero parecía bastante tranquilo a pesar de que los niños se impacientaban por segundos.

—Si dices que os di tres gominolas por el mismo precio será verdad, imagino que lo conté mal el otro día.

—¡Vaya mierda de quiosco, le voy a decir a todas mis amigas que no vengán más! —la niña, que parecía un poco más joven que el chico, estaba muy enfadada.

Marga pasó de largo siguiendo el camino hacia su casa. Se compadeció del quiosquero y no pudo evitar recordar a su hermano. Le dieron ganas de hablar con él. Si no hubiera muerto, le habría llamado para decirle:

¿Te acuerdas, Manolo, de las tardes que pasábamos con la tía en la plaza?, él le habría contestado que sí, entonces ella habría seguido preguntándole: ¿Recuerdas el carro que se hizo con maderas para colocar los *Chupa-chups* y los botijos de anisetes?

Entonces se habrían reído, recordando cómo todos los demás niños iban al quiosco portátil de su tía a comprar chicles *Bazooka* y caramelos de cereza mientras ellos merendaban un bocadillo de chorizo pamplonés. Habrían recordado cómo corrían detrás de su tía, que conducía el pesado carro, a las siete y media cada sábado por la tarde para acudir al cine desde la plaza del pueblo, esperar a que acabara la sesión doble y toda la gente saliera con ganas de azúcar.

Recordaba Marga cómo, de vez en cuando, la tía les daba un chicle de aquellos a cada uno, y

ella se lo partía en tres para que le durara más. Sin embargo, la mayoría de las veces su hermano se colaba por la parte de abajo del carro y sacaba los dulces por un agujero que le había costado varias semanas hacer.

En momentos como aquel echaba mucho de menos a Manolo. Había sido un buen hermano, lo fue siempre, incluso después de casarse. A la primera mujer de su hermano, «la Sagrario», casi no la recordaba porque todavía era muy pequeña cuando su hermano enviudó. El segundo matrimonio de su hermano, sin embargo, fue peor para Marga. Le afectó mucho. Las palabras de la cuidadora encargada de ella en ese momento no le ayudaron.

—Cuando los hombres se casan se olvidan de su familia —aquellas palabras se le clavaron como una estaca—. Y ya verás esta, dicen que se entendía con una mujer, imagínate lo que será capaz de hacerle a tu pobre hermano. ¡Ay, pobre Manolo!

Por la mente de Marga pasaron toda clase de imágenes grotescas cuando se enteró de los planes de boda, Grisalda con una motosierra dispuesta a despedazar a su hermano, Grisalda con un hacha corriendo detrás de él por el pasillo de casa. Grisalda ahogándolo con un almohadón en mitad de la noche y todo un sinfín de posibilidades más.

Tras la ceremonia los miedos se agravaron, tenía pesadillas todas las noches y al despertar, casi antes de que amaneciera, salía corriendo de casa para visitar a su hermano. Cuando lo veía le daba un fuerte abrazo ante la estupefacción de Grisalda. Como se convirtió en costumbre, una tarde la invitó a tomar café y sin dar rodeos Grisalda le preguntó a Marga:

—¿Por qué vienes todas las mañanas a abrazar a tu hermano?

—¿Acaso te molesta? —contestó Marga más rígida que un palo.

—¿Por qué iba a molestarte? —contestó Grisalda—. Te lo digo porque me parece que tienes miedo de algo y me gustaría poder ayudarte.

—¡Ja! No me tomes el pelo. A saber lo que le harás cuando nadie te ve.

—Pero, ¿qué estás diciendo? —Grisalda reprimió una sonrisa para no ofender a Marga—. No sé de qué estás hablando, pero se diría que estás acusándome de algo.

—¿Acaso no es verdad que eres una mujer peligrosa?

—Bueno, puedo tener muy mal genio cuando me enfado, pero no me considero una persona peligrosa.

—¡Lo sabía!

—Pero, Marga, ¿qué sabías?

—Lo que dicen en el pueblo sobre ti. Eres como una bruja.

—¿Te has vuelto local!? —Grisalda se levantó y paseó por el comedor levantando la cabeza hacia el techo y mirando a Marga de forma intermitente—. ¿De dónde te has sacado esa idea?

—Todo el mundo lo sabe, así que no disimules conmigo ahora —no se atrevió a pronunciar la palabra «tortillera», le parecía demasiado violenta, incluso para ella.

—Mira, yo no sé lo que todo el mundo sabe —prosiguió Grisalda—, pero tienes que comprender que soy incapaz de hacer daño a una mosca. Si tanto miedo tienes, te aconsejo que hables con tu hermano. Te vas a volver loca si sigues así.

Después de aquella charla Marga siguió el consejo de Grisalda y habló con Manolo. A pesar de la parquedad, su hermano sabía cómo comunicarse con ella y sus palabras consiguieron tranquilizarla.

Mientras abría la puerta de casa, recordaba la cara de su cuñada durante aquella tarde: «Pobre

Grisalda, con lo buena que es. Excéntrica, pero buena persona». Subió las escaleras y le pareció escuchar la televisión encendida.

—¿Hay alguien en casa? ¿Quién está ahí? —cuando nadie respondía se activaban las alarmas en su cabeza. Para ella solo cabían dos posibilidades: o un ladrón estaba agazapado entre las sombras de la sala de estar, o un asesino esperaba tras la primera puerta para matarla. En ocasiones como aquella, Marga se quedaba gritando y preguntando desde la entrada. Si la televisión estaba encendida, su marido no podía escucharla. De esta forma ella se asustaba más y aumentaba los decibelios de sus gritos—: ¡¿Quién está ahí?! ¡Contesta, he dicho!

Otras veces, alguien dejaba olvidada la televisión en marcha y Marga gritaba al vacío. Si por el contrario su marido o su hijo estaban en casa, le contestaban con otro grito, pero como ella gritaba al mismo tiempo, no les escuchaba. Entonces seguía preguntando. La situación podía prolongarse durante varios minutos hasta que se acercaban a la escalera y gritaban más fuerte que ella:

—¡¡Que soy yo!! Entonces ella se molestaba.

—¿Por qué narices no me has contestado antes? ¡Llevo media hora dando voces!

20:00 P.M.

Salvador volvía de su paseo vespertino. Cuando el trabajo se lo permitía le gustaba salir a correr. Consultó los mensajes del móvil antes de meterse en la ducha y leyó varios escritos por sus amigas de piso, todos relacionados con los planes que cada una tenía para el fin de semana. Hubo uno, sin embargo, que captó su atención porque no tenía registrado el contacto. Junto al número de teléfono aparecía la foto de la chica que había conocido el sábado anterior. No recordaba en qué momento le había dado su teléfono.

—Estoy harto de pedir el teléfono a las chicas que conozco los fines de semana. Nunca me lo dan. Puedo comprender su desconfianza porque hay mucho loco por ahí suelto, pero si por lo menos se guardaran el mío, tendría algo de esperanzas —a veces le contaba a sus compañeras de piso las cosas que le pasaban en las discotecas.

—Uy, pues si te lo piden a ti es peor, te lo digo yo. Porque entonces te harás ilusiones y nunca te llamarán —ambas coincidían en esta teoría.

Sin embargo, ahora, mirando el rostro de aquella chica en la pantalla, sintió que sus compañeras no estuvieran en casa porque les habría tirado aquella teoría por tierra:

«Hola Salva, soy Cristina. Nos conocimos en Las Diosas, el sábado. Me preguntaba si te apetecería salir a cenar esta noche. Chao».

Saltó de emoción y se metió en la ducha. Contestaría más tarde, para dárselas de interesante. Tras secarse, marchó a la habitación para decidir la ropa que más le favorecía. Comenzó a vestirse y escuchó el aviso de un nuevo mensaje. Al consultarlo se quedó clavado al suelo y una ola de aire caliente pareció entrarle por las orejas y salirse por el estómago.

«Hola, Salva. ¿Puedes traer hielo cuando vengas para acá? A la yaya se le ha olvidado y estamos un poco liadas. Gracias. Hasta ahora».

¡Mierda! ¡La cena de la tía Grisalda!

20:30 P.M.

Álex colocaba las botellas en la nevera intentando hacer hueco para el pastel. Habían estado toda la tarde cocinando y no se había atrevido a preguntar nada más sobre la cena. Podía intuir el nerviosismo de su abuela, estaba poniendo más empeño que nunca en que todo saliera bien. De hecho, estaba irreconocible. No había parado de preparar cosas en todo el día. Y, por segundo día consecutivo, estaba consiguiendo que nada se le quemara.

—¿Y tu madre? Llevo horas sin verla.

—No lo sé, estoy aquí contigo toda la tarde. ¿Por qué no bajas a ver qué hace?

Grisalda bajó las escaleras para comprobar si Pilar estaba bien. Llamó a la puerta y no obtuvo respuesta. Tras varias veces sin resultado favorable y ya de vuelta en la cocina, buscó su móvil y mientras tecleaba le dijo a Álex:

—Tu madre se ha ido y la voy a matar cuando llegue, porque va a venir, vamos que si va a venir. ¡Cómo que me llamo Grisalda!

21:00 P.M.

Tocaron al timbre. Álex abrió la puerta después de haber escuchado la voz de Laura desde la calle. El corazón se le aceleró sin pedir permiso.

Cuando Laura estaba entrando en la cocina el móvil de Álex empezó a sonar:

—Hola, Salva. ¿Has recibido mi mensaje con lo del hielo, no?

—Hola, prima, es que mira, no voy a poder ir. ¿Se lo dices a la tía?

—Estás de cofia, ¿no?

—¿Te acuerdas de la chica que conocí la semana pasada en la discoteca? ¡Pues me ha propuesto una cita para esta noche!

—Me importa un pimiento, yo no voy a decirle nada. Te la paso.

—¡Nooo!

Grisalda ya estaba al otro lado:

—Hola, cariño. ¿Vienes ya? He preparado tu plato favorito, costillas a la miel. Acuérdate del hielo, te lo ha dicho tu prima, ¿verdad?

—Sí, tía, mira, es que me ha surgido un contratiempo y no sé si podré ir.

—¿Un contratiempo? ¿Estás bien, cariño? ¿Qué tipo de contratiempo?

—Estoy bien, tía, no es ese tipo de contratiempo.

—¿Entonces, qué pasa? ¡¿Ya te vas con tus amigas, las pelanduscas esas que viven contigo?!

—No, tía, no me voy con mis amigas. Y no son pelanduscas. Es una chica que me gusta mucho y me ha pedido salir a cenar esta noche.

—¡Ah, bueno! Entonces no pasa nada.

—¿En serio?

—¡Claro! Te la traes y punto. ¡Hasta ahora! —colgó.

Mientras tanto, Álex había propuesto a Laura pasar al comedor.

—¿Cómo te encuentras hoy? ¿Qué tal pasaste la noche? Me quedé preocupada. Te hubiera preguntado, pero no tengo tu número —Álex no quería parecer pesada, pero si no cambiaba de estrategia iba a parecerlo, y mucho. Se dio cuenta a tiempo y se calló.

—Estoy bien, gracias. Fue un susto de nada.

—¿Un susto de nada? A mí no me lo pareció.

Laura sonrió y se ruborizó.

—Nos diste un buen susto —Álex pronunció la frase matizando cada palabra. Como para dar

dramatismo al asunto.

—Creo que tu abuela tenía razón y no fue más que un corte de digestión.

—Es posible. Mi abuela tiene mucho ojo para las enfermedades. Y no solo para eso.

—¿A qué te refieres?

—A que también tiene buen ojo para elegir a sus amistades —ella misma se sorprendió por su intervención. No estaba acostumbrada a mostrar sus opiniones tan pronto. Conocía muy poco a Laura y se sintió desnuda tras aquella frase.

Laura no supo qué decir e imitó a Álex en su silencio. Pese a lo que pudiera parecer, no fue un silencio tenso ni incómodo. Se miraron a los ojos mientras la vida en la cocina seguía. Al tiempo que los segundos sonaban entre los cacharros y los platos, la pasión explotó en el espacio que quedaba en el sofá, en medio de las dos, y las paredes del salón recibieron una sacudida tan fuerte que el temblor fue sentido en toda la calle. Las vecinas se asomaron a la puerta de las casas y se preguntaron unas a otras. Aguardaron unos minutos, por si finalmente tenían que llamar a la policía.

Tras ese primer estallido vendrían más, aunque no siempre serían percibidos por los demás. Laura pudo confirmar que algo en su interior estaba cambiando porque la sangre comenzó a correr muy rápido, como si estuviera en una carrera y necesitara llegar pronto al corazón. Como si los millones de glóbulos rojos cargados de oxígeno pugnaran entre sí por alcanzar el órgano latente, palpitante de adrenalina. La masa de músculos y venas que le pedía más y más ritmo, más velocidad, se había independizado de su cuerpo. Sin embargo, su corazón, que en ese instante había creado su propio sistema nervioso, seguía exigiéndole esfuerzo y alimento.

—No te entiendo —Laura trató de controlar su respiración, en un vano intento por fingir que era normal, que no estaba completamente desbocada.

—No me hagas caso —la sombra del arrepentimiento fue más fuerte y Álex trató de disimular su excitación—. A veces solo digo tonterías.

Acompañó la última frase con un nuevo gesto impropio en ella. Reposó su mano sobre la de Laura, como para dar mayor credibilidad a sus palabras. Entonces no supo que se estaba equivocando, pronto se dio cuenta. Porque aunque esta vez la sacudida solo la sintieron ellas, fue tan pesada y potente que creyeron imposible que nadie más pudiera percibirla. Pese a permanecer sentada, Laura se vio obligada a sujetar a Álex por los hombros, para no caerse. Álex aferró la cintura de su compañera y se acercó peligrosamente a su rostro. Sus labios palpitaron por la presencia certera y la respiración se tornó incontrolable.

El timbre consiguió frenar de golpe el temblor y todo, o casi todo porque ya nunca iba a ser igual, volvió a la calma. Álex fue la primera en reaccionar y sacó fuerzas para decir:

—Voy a abrir, pero luego hablamos.

Grisalda se había adelantado a su nieta y Sandra ya estaba subiendo las escaleras. Cuando llegó a la cocina saludó a la anciana y le entregó una botella de vino.

—No tenías que haberte molestado, chiquilla, pero muchas gracias —dejó la botella en el banco y la invitó a pasar al comedor.

Entrando al comedor coincidió con Álex, que salía para abrir la puerta. Hasta ese momento Álex dudó de que Sandra se atreviera a acudir, pero al contemplarla en su totalidad fue

consciente de que venía dispuesta a reconquistarla, no tuvo la más mínima duda. Sandra había decidido engalanarse con su mejor vestido. Se impregnó cuello, muñecas y pecho con su perfume más caro y se maquilló a conciencia, dispuesta a darlo todo. Tras un par de meses, se había dado cuenta de que la relación con aquel chico del gimnasio había sido la mayor equivocación posible. Después de la tercera cita decidió no darle otra oportunidad. Sus temas de conversación no pasaban de las ventajas de la dieta hipocalórica para las mujeres que necesitaban perder peso. Como mucho, de vez en cuando, le sorprendía pidiéndole que contemplara el moreno de su piel tras una sesión de rayos. Cuando se dio cuenta de que echaba de menos a Álex, se arrepintió de todo lo que le había dicho, pero se sintió sin fuerzas, convencida de que ya era tarde.

Aunque había decidido empezar a olvidarla, una fuerte atracción se había despertado de nuevo esa misma mañana en el supermercado.

—¿Quién es esta? —espetó Sandra como escupiendo la pregunta.

—Soy Laura, encantada.

Los dos besos le supieron a celos y ansiedad. Sandra sintió la rabia contenida tras muchos años de esconderse, de intentar ser otra persona, una persona «normal».

Tras las presentaciones, Sandra se sentó frente a Laura y Álex. Una mesa baja del *Ikea* se interponía entre ella y la pareja. Intentó no mirarlas, trató de no escucharlas, buscó algo con lo que distraer su atención. Deseó que pronto llegara alguien más. Cogió una revista plagada de cotilleos del corazón, probablemente Pilar se la había dejado olvidada, y comenzó a pasar las páginas sin leer. Rápido y con fuerza. Le pareció haber visto a su propia madre haciendo lo mismo en alguna ocasión. De vez en cuando emitía un gruñido, como una queja, igual que ella. «¿Será verdad que cuanto más mayores nos hacemos, más nos parecemos a nuestros padres?», pensó. En su caso, a su madre, porque a su padre no lo conocía.

Sandra había nacido a finales de los ochenta de puro milagro. Sus abuelos habían cuidado de su madre más que nunca cuando se enteraron de que se había quedado en estado. Aguardaron el nacimiento con esperanza, creyendo que su hija empezaría a encarrilar su vida en cuanto diera a luz. Olvidaron un importante detalle, cuando el amor por uno mismo es insuficiente, nada en el mundo puede ser objeto de cuidado o cariño, sobre todo si es algo propio. Y, ¿acaso hay algo en esta vida más propio que un hijo?

Sandra llegó a este mundo sin fiestas ni celebraciones. Un tío de su madre fue la única visita que recibieron sus abuelos y la parturienta en el hospital. No hubo flores, ni globos, ni regalos, en la habitación. Su madre tenía veinte años y un largo historial en distintas clínicas de desintoxicación y proyectos de rehabilitación. El día que volvió a casa embarazada llevaba una semana desaparecida y había carteles con su cara por toda la ciudad. «Se busca», rezaba el pie de cada foto. No recordaba ni el momento de la concepción ni el culpable de su estado. Hasta la tercera falta no dijo nada, y por primera vez en su vida sintió miedo. El proceso de encierro fue lo más duro. Las primeras semanas solo le abrían la puerta para ir al baño, y siempre bajo la atenta

supervisión de su madre. Comía, dormía, sudaba, gritaba y pasaba sus fiebres entre aquellas cuatro paredes. Al otro lado, unos padres desesperados, aterrados ante lo que otras muchas familias, igual que ellos, consideraban una horrible enfermedad, rezaban por su hija y la criatura que esperaba. Avergonzados y atemorizados ante aquellos síntomas, no podían hacer otra cosa que acompañarla desde el otro lado de la puerta. Esperar y rezar para que pronto pasara aquella pesadilla.

Los primeros recuerdos que tenía Sandra eran de su madre y sus abuelos. Todos sentados en la cama de su madre menos su madre, que yacía en un aparente estado febril. Llegó a creer que las madres estaban siempre enfermas, pálidas y sin aliento.

Muchas noches soñaba con unas manos, grandes y silenciosas, que bajaban del techo. Unas manos de mujer, que la cogían y la elevaban. La llevaban en volandas hasta la cama de su madre. Allí tendida, a su lado, observaba su respiración y el subir y bajar de su pecho. A veces su madre se despertaba y daba un grito asustada, desorientada, y de un empujón la tiraba al suelo.

—¿Qué haces aquí? Estoy harta de decirte que duermas en tu cama. Esta habitación no es sitio para una niña —su voz sonaba ronca la mayor parte del tiempo, pero durante la noche estaba cargada de una aspereza incómoda. Sandra ponía todo su empeño en que su madre la creyera:

—Lo siento, mamá, pero yo no he venido. Unas manos gigantes me han traído volando.

Incluso ahora, algunas noches se despierta pensando que está en la cama de su madre, entonces da un salto en un intento por volver corriendo a su habitación.

Cuando Sandra conoció a Álex pensó que era el ser más extraordinario del mundo. El amarillo de sus ojos, la suavidad de sus manos y su rostro perfecto la convertían en un foco de atracción y deseo. Al principio era solo una amiga con la que había compartido los años del instituto. Una compañera a la que podía visitar y con quien pasar largas tardes viendo películas en la intimidad de su habitación. Hasta el día que se besaron y empezaron la relación. Tras el instituto, Sandra había decidido seguir estudiando un ciclo formativo, pero pronto pensó que lo suyo era trabajar y ganar dinero para buscarse un alquiler. Así fue como entró a trabajar en el supermercado y pudo independizarse y alejarse de su familia.

El sonido del timbre la sacó de su ensoñación. Observó a Álex levantarse para abrir.

—¡Sube, Salvador!

En la cocina, Grisalda ultimaba los preparativos. Álex terminó de preparar la gran mesa del salón y mientras lo hacía trataba de recordar si alguna vez había estado igual de decorada.

—Hola, tía, ya estoy aquí.

—Hola, Salva, hijo. ¿Pero vienes solo?

—Sí, no te preocupes. He llamado a mi amiga y se pasará después de cenar.

—Bueno, como tú veas, cariño.

—¿Y mi prima?

—Está en el comedor, terminando de preparar la mesa. Haz el favor y llévate estas ensaladas, ¿quieres?

Cuando Salvador llegó al comedor no podía creer lo que veían sus ojos. Sandra, la perversa maltratadora, estaba allí. Hasta donde su prima le había contado, la relación con ella no funcionaba demasiado bien. Le había explicado que sufría ataques de celos continuamente y que seguía negando su sexualidad. En la última conversación que tuvo con Álex, su prima le confesó que creía haber visto a Sandra con un chico mayor que ella, besándose en un banco del parque. ¿Y qué hacía aquella otra chica también allí, Laura? ¿No se suponía que era una reunión familiar? No pudo resistir más y, tras dejar las fuentes sobre la mesa y saludar a las tres mujeres, le preguntó a su prima en un susurro:

—¿Sabes de qué va todo esto?

—No tengo ni idea.

—No te creo. Tú vives con ella, algo te habrá dicho. Seguro que se le ha escapado algún comentario.

—Como una tumba, Salva. No dice nada. Por cierto, ¿y tu madre?

—Pues no sé, ¿y la tuya?

Un griterío descontrolado que venía desde la calle atravesó las ventanas y recorrió los muebles del comedor. Parecían dos vendedoras del mercado que montan en la plaza los martes. Álex y Salva se asomaron al balcón, Pilar y Marga gesticulaban y vociferaban como si estuvieran en la lonja a las seis de la mañana. Las vecinas habían salido a las puertas de las casas, era imposible no oír a las dos gallinas cacareando.

La gente que estaba de paso había interrumpido su marcha y trataba de intervenir para que la discusión no llegara a las manos. Álex y Salva se miraron, sin decir nada salieron corriendo hacia las escaleras y las bajaron de dos en dos. Cuando llegaron a la puerta de la entrada, Pilar ya tenía la mano en alto y Marga gritaba cada vez más fuerte. Álex tomó a su madre por el brazo y se dirigió al interior de la casa seguida por Salvador y Marga, que continuaba gritando improperios.

—¡Ya vale! —sentenció Salvador cuando cerró la puerta—. ¿Se puede saber qué hacéis? ¿De qué va todo esto?

—¡La pelandrusca esta, me ha dicho que me vaya de aquí! ¡Pero quién se ha creído que es!

—¡No eres familia de sangre! ¿¡Quién te ha dado vela en este entierro!?! —no solo el olor etílico desenmascaraba el estado de Pilar, también sus palabras: cada erre sonaba como un coche calándose una y otra vez.

—¡Haz el favor de no decir entierro! ¿¡Acaso quieres el mal para tu propia madre!?

Álex sujetó a Pilar, que ya estaba perdiendo el equilibrio.

—Vamos al baño, no puedes ni mantenerte —la ayudó a entrar y, tras desnudarla, la metió en la bañera. Al poco de estar a remojo empezó a recuperarse.

—Ayúdame a salir, anda. Ya estoy bien.

Mientras Álex le ayudaba a secarse y a vestirse, le preguntó:

—¿Se puede saber a qué ha venido el numerito que estabais montando?

Pilar se maquillaba y al mismo tiempo observaba a Álex a través del espejo. Mostraba una mirada impasible aunque su respiración aún parecía algo acelerada debido, seguramente, al alcohol y a los porros de la tarde.

—Esa enana nunca me ha querido aquí. Lo sé desde que llegué de América.

—No hables así de ella, es tu tía, no lo olvides. Tu padre y ella eran hermanos. Deberías guardarle un mínimo de respeto.

Pilar lanzó el maquillaje al lavabo y miró a Álex a la cara:

—¡Ha empezado ella! —a pesar del grito, parecía más serena de pronto. A continuación utilizó un tono pausado en su intervención, como matizando cada palabra—. Si supieras lo que me ha dicho, te aseguro que no la defenderías.

—No la defiendo. Es solo que no os podéis comportar como dos niñas.

—Me ha dicho cosas muy feas, Álex. Mira, mejor ni te lo digo.

—Pues eso, mejor ni me lo digas.

Decidió dejarla a solas para que terminara de arreglarse. Una vez arriba, en el salón, pudo ver a Grisalda ofreciendo un vaso de agua a Marga.

—¡La muy fresca! ¿Pues no me dice que yo no soy familia de sangre? —se quejaba con indignación, dándose aire con un abanico.

—Por favor, trata de tranquilizarte, Marga. No se lo tengas en cuenta. Ya sabes que Pilar tiene sus cosas —Grisalda estaba de espaldas y no había visto acercarse a Álex.

—Me gustaría que la tía Marga nos explicara qué es lo que ha pasado exactamente. A lo mejor, si dejamos las cosas claras antes de la cena, podremos tener la noche en paz, ¿os parece?

—Pues ya lo he dicho, chiquilla. Cuando iba por la esquina de la calle, tu madre estaba esperando en la puerta y ha empezado a echarme en cara no sé qué cosa de la familia y la sangre.

—Eso no ha sido así, Marga, no mientas —Pilar acababa de llegar a la sala de estar. Si aún estaba borracha, fingía muy bien. Quizá el cuerpo se le había acostumbrado a tanto alcohol—. Sabes que estaba intentado abrir la puerta y...

—¡Y me estabas esperando, dilo! ¿Por qué si no tardabas tanto en abrir?

—¡Pues porque no encontraba la cerradura! —volvió a subir de nuevo el tono.

—¡Ja! ¡Eso se lo cuentas a otro!

—¡Bueno, ya está bien! —Álex intervino decidida a imponer calma, aceptando la imposibilidad de que llegaran a un acuerdo—. ¡Ya vale! Las dos sois familia. Una de sangre, que ha ido a su rollo toda la vida —dijo mirando y señalando a Pilar (Marga hizo un gesto de satisfacción)—. Y la otra —ahora miraba a Marga— es la cuñada, por lo tanto no es familia carnal —ahora fue Pilar la que emitió un gruñido de victoria—. Pero si la yaya os ha invitado a las dos será por algo. ¡Así que deajaos de niñerías y comportaos como adultas!

No parecía que pudieran llegar a acuerdos por el momento. Quizá iba a ser la tónica de la noche. Habría que verlo.

Tras la intervención de Álex, todos en la casa se tranquilizaron. Nadie se atrevió a interrumpir el intervalo de calma, sin embargo, Grisalda exclamó, como si nada de aquello

hubiera pasado:

—¡A cenar todo el mundo!

Los ladridos de Duca (la perra de la casa que acababa de salir del armario, en el sentido literal de la expresión) rompieron la atmósfera de paz que se había ido creando. Sandra, que estaba justo al lado de la anciana, dio un respingo y se puso una mano sobre el pecho como para calmar el susto. Como si de la vara de Moisés en el mar Rojo se tratara, las palabras de Grisalda fueron poco a poco disolviendo la reunión, y cada uno se dirigió a una silla alrededor de la mesa. Seis mujeres y un hombre unidos por un lazo común, Grisalda.

LA CENA



— **Y** bien, cuñada. ¿Qué nos trae por aquí? He venido de milagro, porque tengo un dolor de cabeza que no es normal. —Supongo que la tía tendrá algo que decirnos, ¿no?— Salvador cedía así la palabra a Grisalda. Ella seguía sin pronunciarse.

—Dejadla en paz —interrumpió Álex—. Hablará cuando ella considere.

—¿Qué tal están las costillas, Salva? Las he hecho pensando en ti —Grisalda intervino haciendo caso omiso a la conversación que se estaba gestando en torno a ella.

—Gracias, tía. Están como siempre, deliciosas.

La velada continuó, por el momento, sin altercados. Por su parte, Sandra no podía evitar analizar los movimientos de Laura, que parecía haber hecho un voto de silencio y comía como un pajarito recién nacido. Había algo en ella que le hacía desconfiar. Le había parecido captar de manera fortuita cómo le lanzaba alguna mirada casi lasciva a Álex. No iba a consentir que nadie le fastidiara la noche, tenía muy claro que iba a reconquistar a Álex y nadie se lo impediría.

—¿No te gusta? —preguntó Sandra a una tímida Laura, señalando el plato y dejándola así en evidencia.

Todo el mundo se giró interrogante hacia Laura provocando un tenso silencio.

—Sí, está buenísimo ¿por qué lo preguntas? ¿Acaso lo has hecho tú? —la respuesta de Laura facilitó el inicio de la disputa entre ambas chicas. Un conflicto tácito que iría creciendo en intensidad a lo largo de la velada. La batalla más antigua del mundo acababa de desencadenarse, la de los celos.

Álex sonrió desde su sitio al escuchar la contestación de Laura. Le pareció ingeniosa.

—Es evidente que no lo he hecho yo —contraatacó Sandra—. Pero es que comes con tanto cuidado que parece que no lo estés disfrutando —acababa de perder un punto delante de Álex, pero era consciente de que el partido solo acababa de empezar.

Grisalda habló, como siempre, para calmar los ánimos.

—Hay mucha gente joven aquí. Me encanta tener a gente joven en la mesa. Gracias por venir, sobre todo a Laura y Sandra —mirando a las chicas, continuó— Os ha podido resultar extraña la invitación, supongo, pero cuando sepáis por qué estáis aquí lo entenderéis todo.

Ambas se sintieron halagadas, aunque la inquietud debida al desconocimiento aumentaba a cada minuto, con cada trago de vino.

Laura degustaba el delicioso néctar. Quiso diluir con vino el mal trago que le acababa de hacer pasar Sandra. Le pareció que tras sus palabras, aquella chica amagaba un rencor inexplicable hacia su persona. Poco a poco iba calmando sus pulsaciones, ella fue la que más se sorprendió al escucharse responder de aquel modo. Cuando estaba a punto de dejar la copa sobre la mesa de nuevo, notó el trago parado en su garganta. Álex acababa de rozarle. Una quemazón le subió por la pierna, comenzando en el lugar donde aún sentía su brazo. Esta vez el temblor comenzó justo ahí, en ese punto. Los cubiertos vibraron después y hasta la mesa, cubierta con aquel mantel bordado con hilo de oro, se balanceó. Todas las presentes quisieron aferrarse a un punto de sujeción para no caerse. Las copas de la alacena tintinearón lo justo para advertir su presencia, y la perra, que percibía por primera vez una sacudida como aquella, gimió mientras se escondía bajo el sofá.

Tras unos segundos, todo volvió a la calma. Las mujeres más entendidas hablaron sobre un posible epicentro en Murcia.

—Ayer lo dijeron en las noticias. Anunciaron un terremoto de seis grados en la escala de *Merkel* —Grisalda hablaban tan segura que solo Pilar se atrevió a corregirle.

—Madre, se dice *Heigel*.

—Disculpad mi atrevimiento, pero creo que se dice *Richter*. Y yo no he oído nada en la tele. ¿Dónde dices que lo dijeron, tía? —intervino Salvador.

—¿Dónde va a ser, sobrino? Pues lo habrá oído en el único canal que ve. En esta casa solo va el cinco —el comentario de Pilar sonó a reproche.

Aprovechando el silencio que se hizo tras la intervención de Pilar, Laura sacó la valentía de algún sitio escondido y preguntó a Álex, haciendo uso de una inusual tranquilidad:

—¿Quieres un poco más de vino? —sujetaba la botella al tiempo que miraba fijamente a Álex.

Ante aquellos ojos, Álex se sintió desnuda y un rubor desaforado le subió a la cara. Una vergüenza propia de una adolescente se adueñó de ella.

—Sí, por favor —a duras penas consiguió mantener la mirada.

Con pulso firme, Laura vertió el líquido rojo en la copa. Al devolver la botella a su sitio, la servilleta que descansaba en su regazo cayó al suelo. Alargó el brazo para recogerla y en su trayecto se topó con la mano de Sandra, que también se había agachado con la excusa de ayudarle.

—Ni se te ocurra acercarte a Álex —le dijo Sandra, utilizando un tono de voz inundado por el odio. Hasta sus pupilas emitieron una vibración malvada, como de película de terror.

Laura no contestó, finalizó el movimiento rescatando la servilleta. Tragó saliva y se giró hacia su izquierda, para comprobar que Álex seguía allí, a su lado. Por un instante se había sentido acorralada, presa de un miedo impropio de la situación: una invitación tan extraordinaria como peligrosa. ¿Quién era aquella Sandra? ¿Qué relación tenía con Grisalda? Conocía de oídas a todas las demás personas de la mesa, sin embargo, su anciana amiga nunca le había mencionado a aquella joven, ¿por qué? Sin darse cuenta, se había quedado embelesada contemplando a Álex, quien sonreía dejando escapar una fila perfecta de dientes. Álex era bella, no cabía duda. Cuando relajaba el rostro unos hoyuelos aparecían y desaparecían de sus mejillas de forma intermitente, haciendo más entrañable su expresión. Movía las manos con delicadeza, sin hacer ruido, cogía el tenedor y el cuchillo evitando que chocaran entre sí, para no llamar la atención. La luz propia que emitía le atraía tanto que no fue consciente de su propio ensimismamiento.

Álex percibió por el rabillo del ojo el peso de la mirada de Laura y, sin perder la sonrisa que involuntariamente se había fijado en su boca, se giró para clavar sus ojos en los de ella. No fue un fortuito cruce de miradas, no fue un inevitable e incómodo contacto visual. Fue toda una declaración de intenciones. La emisión de un mensaje valiente cargado de magia.

La expresión de Álex dio fuerza a Laura y un poder desconocido invadió su estómago. Se puso en pie, deglutiendo esa nueva sensación en su interior, se aclaró la garganta y alzó su copa. Miró una a una a todas las allí presentes y dijo:

—Propongo un brindis, por Grisalda. Gracias por la maravillosa cena. Estoy segura de que siempre recordaré esta noche —en este punto miró a Álex en exclusividad—. Salud.

Álex, Salvador, Grisalda e incluso Pilar se pusieron en pie. La perra empezó a ladrar otra vez creyendo que ya habían terminado de cenar y esperando, por tanto, su particular festín de sobras.

Los celos licuaban la sangre de Sandra. Deshacían sus venas y le helaban los huesos. Casi se rompió las muelas apretando la mandíbula y por poco le estalla la copa en la mano, por la fuerza que hacía mientras la sostenía. Se odió por no haber hecho el brindis primero. Se maldijo por su torpeza. Parecía tonta la mojigata aquella, y sin embargo ya le sacaba dos puntos de ventaja.

—¡Salud! —contestaron todos, incluso Marga que, aunque no se había levantado, brindaba desde su silla.

Sin pretenderlo, Laura había facilitado cierta distensión. A simple vista todos siguieron comiendo y disfrutando del vino. Nadie podía imaginar lo que les esperaba.

Antes del postre, Sandra se levantó y todos pensaron que se iba al baño, por lo que no le prestaron demasiada atención; sin embargo, sujetó la copa, callada y cautelosa, buscando una pose

elegante, y bebió mirando a la mesa con cierta superioridad. Se atragantó con sigilo, como si hasta la muerte entendiera de protocolo, con la boca más cerrada que abierta. De nada le sirvió ocultar el instinto animal, sus mejillas ensangrentadas y dos esferas vidriosas representaron el arte abstracto en su cara. En un arranque por vivir, después de unos segundos negados, escupió el ámbar etílico, con una tos tan dura que no pudo discriminar a ninguno de los comensales.

Tan pronto como se produjo el bautizo colectivo, inhaló aire emitiendo un rebuzno que liberó posteriormente en series repetidas. Cuando expulsó por completo el líquido atravesado en su glotis y fosas nasales, volvió disgustada su cuerpo, como si aquello que acaba de suceder fuera una broma de mal gusto. Trató de ir al baño a retocar la pintura de su cara, en concreto el estampado de rímel sobre su piel blanca, pero pisó el rabo de Duca en el primer movimiento.

La perra le contestó con un mordisco a la altura del tobillo. En un intento por guardar las formas ahogó un grito, pero el reflejo natural de su pierna apuñalada provocó un rodillazo contundente sobre la mesa y, como si de magia negra se tratara, la mesa voló por los aires y la perra loca se empachó de carne y salsa.

Había dedicado mucho esfuerzo para impresionar a Álex. Estaba decidida a recuperarla o, al menos, poder hablar a solas con ella. Eso sí, sin arrodillarse, tampoco era cuestión de humillarse ante ella. No obstante, en aquel momento, un cerdo habría tenido más compostura. Sandra sentía que su dignidad quedaba derramada junto con los platos rotos, que no dejaban de estrellarse contra el suelo. Grisalda esquivó la botella de Chardonnay. Marga anunció al más puro estilo socorrista que el suelo era resbaladizo y que fueran con cuidado, porque un solo descuido podría provocarles una fractura cervical.

—El cuello es muy delicado. Está sujeto por un hueso frágil como un cirio —decía, tratando de justificar las advertencias desmedidas.

Cuando parecía que los objetos habían dejado de caer, los invitados respiraron hondo, evaluaron los daños y se secaron la cara. Es increíble la fuerza que un atragantamiento puede tener y el radio de expansión que un líquido puede alcanzar. Después recogieron los cristales de las copas con la delicadeza de un cirujano y despejaron el peligro en un acto colectivo. Todos menos Sandra que, tras volver del baño, trataba de reanimar su vestido manchado de aceite y tomate. Marga interpretó su indiferencia como una burla y una falta de respeto.

—¿Pero esta qué se ha creído? ¿Se piensa que somos sus criados? —arrebató a la perra una de las costillas que se estaba comiendo y la lanzó contra la cabeza de Sandra.

La perra ladraba en un tono protuberante y agudo. Un blanco fantasmagórico anegó la cara de Sandra ante el golpe recibido. Mostraba sus incisivos con tanta fuerza que todas pensaron en una posible transformación demoniaca. Soltó la servilleta con la que limpiaba las manchas y dijo:

—¡Tú a mí no me vas a quitar el trono!

—¿De qué trono habla esta ahora!? —exclamó sorprendido Salvador.

—¡Me tenéis celos! —continuó Sandra—. ¡No soportáis mi elegancia y mi saber estar!

Y con el sabor de la afirmación todavía en su boca, lanzó a Marga los restos de la botella de agua.

—¡¡Ordinaria!! —gritó Marga.

A lo que Sandra contestó:

—¡Y tú, «malfollá»!

—¡Parad ya, por favor! —gritó Álex—. ¡¡Qué vergüenza!!

—Mira, Álex, tu mejor calladita. Esto son cosas de mayores y tú no te tienes que meter — Pilar no podía evitar mostrar una sonrisa de satisfacción ante el espectáculo que aquellas dos estaban dando.

—Ni siquiera hoy vais a comportaros, ¿verdad? Os habéis propuesto liarla hasta echar a perder la noche. Está claro que la yaya quiere decirnos algo importante. ¡Así que, por favor, dejad de hacer el ridículo de una vez! ¡Sois mujeres adultas!

La veracidad de sus palabras amansó a las fieras, aunque no logró evitar un intercambio escondido de miradas asesinas entre Marga y Sandra.

—¡Vamos a comer el postre! —sentenció Grisalda consiguiendo desviar la atención hacia su persona una vez más—. ¿Qué queréis? Hay tarta que ha hecho Álex —sugirió en un intento por endulzar la conflictividad que se respiraba—. También hay plátano, manzana, kiwi, yogur de chocolate...

—Yo quiero una manzana —dijo Marga—, pero que no esté muy madura. He oído que se hacen unos bichos en la parte del centro de las manzanas maduras que pueden comerte el intestino.

—¡Mamá, por Dios!, ¿por qué inventas? —Salva no pudo evitar dejar los ojos en blanco en un gesto de desesperación—. Yo quiero un yogur de chocolate —continuó.

—Pues yo un café y una copa de coñac —añadió Pilar.

—Mira Salva... —Marga quedó pensativa, pero pudo terminar su frase—. Ni a ti ni a la mona esa (se dirigía ahora a Sandra) os voy a permitir que me faltéis al respeto.

—Pero... ¿qué dices? Yo no te faltó al respeto, pero es que siempre andas inventado historias macabras.

—Señora, aquí la única maleducada es usted, que la está armando desde que ha llegado —le increpó una Sandra cada vez más alterada.

—Tú calladita, que estoy hablando con mi hijo —y mirando a Salvador continuó con su monólogo—. Y que sea la última vez que me llames loca.

—¡Joder! ¡Es que no puedo más contigo! ¿Cuándo te he llamado loca? —Salva se desesperaba cada vez que Marga le acusaba utilizando mentiras.

—¡Que te calles, maleducado! ¡Y a la próxima te cruzo la cara! —Marga cerró los ojos por unos segundos. Trataba de evitar mostrar una lágrima que empezaba a asomarse tímidamente.

Salvador se mordió la lengua. Como mínimo, pensó, trataría de dar ejemplo él, ya que la estabilidad en el universo adulto de la familia parecía haberse esfumado. Sandra, por su parte, intentó tranquilizarse y de nuevo centró toda su atención en la mancha del vestido.

Las demás quisieron tarta y Laura acompañó a Grisalda a la cocina para ayudarla. Álex y Salva recogieron los restos de comida que quedaban en el suelo y enjuagaron con lejía una mancha viscosa que empezaba a tinter de ocre una baldosa del comedor.

En la cocina Grisalda se mostraba impaciente, como si el secreto que guardaba dentro

quisiera asomarse por su boca, como si se hubiese tragado una bolsa de canicas y no dejaran de moverse allá dentro. Ella apartaba las incómodas cosquillas que le removían la tripa a base de ventosidades.

—¡Joder, la tía! ¡Se habrá quedado a gusto! Se ha tirado por lo menos cuatro pedos en lo que llevo aquí sentada —murmuró Pilar en el comedor sin dirigirse a nadie en concreto, mientras Grisalda no estaba.

—¿Qué? —preguntó Sandra.

—Nada, nada... cosas mías —finalizó Pilar.

Laura preparaba el frutero con algunas piezas y sacaba la tarta de la nevera. Al mismo tiempo analizaba a Grisalda: parecía seria y temblorosa. Interrumpidamente se había mostrado ausente tanto física como mentalmente. En el momento en el que preparaba el coñac y el café empezaba a llorar viviendo la fase de ebullición, la mujer golpeó dos veces su pecho, respiró profundamente y dijo:

—Allá voy.

Laura llevó la cafetera y el frutero. Grisalda, la tarta. El yogur se quedó olvidado junto al fregadero.

—¡Ay hijo, el yogur! —dijo Grisalda a Salva nada más entrar en el salón.

—No pasa nada, tía, voy yo.

—¡Ah, sí!, no levantará su precioso culo. Aquí somos todos criados para él —dijo Marga.

—¡Mamá, he dicho que voy yo!

—Ya tenías que haber ido, ¡qué tienes los huevos peludos! —le increpó a su hijo.

—¡Que sepas que no he ido antes porque estaba limpiando la mancha de la costilla que tú has lanzado! —esta vez sus palabras resonaron en la estancia.

—¿Acaso no me vais a dar la razón? —suplicó afligida a todas las que observaban.

Nadie le respondió y se fue llorando al sofá.

—Tengo algo importante que decir —las palabras de Grisalda frenaron las lágrimas de Marga, quien se incorporó y volvió a la silla lo más rápido que sus cortas piernas le permitieron para compartir de nuevo la mesa con las demás. Las seis mujeres, Salva y hasta la perra se miraron a los ojos con gesto expectante. La saliva en la garganta se agarró a las cuerdas vocales, decidió no hacer caso a la gravedad. Las partículas de oxígeno de la sala dejaron de moverse para atender al discurso de Grisalda. Ese fue el único momento en el que los invitados mostraron un vago atisbo de inocencia que les hizo, solo por un instante, sentirse parte de un grupo. Algo grande y potente escondía la anciana, iban a ser sabedoras y partícipes pronto.

Rondaron por sus mentes desquiciadas todo tipo de patrañas posibles en las que Grisalda podía estar metida. Imaginaron enfermedades impropias del país, virus que habría incubado a

saber cómo. Incluso Marga pensó que le tocaría a ella hacerse cargo de los gastos de defunción. Álex estaba preocupada, pero no desestimó una noticia agradable: «Si fuera malo, ahora mismo no estaríamos aquí, porque nos habría pegado una patada a todos y estaría viajando y disfrutando de la vida», pensó.

Laura, por su parte, no sabía qué creer. Su mente vagaba de una teoría a otra, ninguna con sentido. Pilar se tragaba el coñac de un sorbo, y en ese momento le entraron ganas de ir al baño, la sangría prefabricada del bar del Chuso parecía haberle sentado mal.

—¡Joder, Pilar! ¿Ahora? —gritaron al unísono todas las presentes menos Grisalda, quien alargó la sospecha y la incertidumbre a modo de publicidad:

—¿Sabéis que a Andarín lo han «*amputao*»? Con lo que ha sido este chico, y lo mal que está ahora.

—Querrá decir imputado, señora —dijo Sandra como perdonándole la vida.

—¿Quién es Andarín? —preguntó Laura.

—Nena, ¡el yerno de la reina! Tenéis que ver más la tele —vociferó Grisalda—. Y ahora dicen que «la Débora» se está expandiendo por el país. No me extraña, con ese nombre seguro que es una enfermedad malísima.

—Ebola, yaya, se llama ébola. No sé cómo no te cansas de escuchar siempre las mentiras de la televisión.

Grisalda guardó silencio, recapacitando sobre las palabras de Álex. La televisión no podía mentir. Allí aparecían personas serias, las veía mucha gente, ¿cómo iban a decir mentiras? Siempre había pensado que Álex le decía esas cosas porque estaba enfadada con el mundo, por la madre que tenía y la infancia que le había tocado.

Mientras Pilar seguía en el baño, en el salón se respiraba desazón e inquietud, y hasta la extravagancia de las paredes de la casa hizo que Marga se planteara la posibilidad de que algo cruel estaba escondiendo su cuñada. «Ay, Dios mío. ¿No habrá matado a alguien y lo habrá escondido en algún rincón?», pensó aterrorizada.

El muro granulado que abrazaba la locura de las presentes dejaba libres brotes artísticos en forma de pintura abstracta y cubista. Corriente que Grisalda admiraba porque le permitía observar las cosas desde múltiples perspectivas, y porque rompía lo tradicional, además de expresar realmente lo que ella, por experiencia, sabía que era importante:

—Lo que hay dentro de nosotros solo muere si uno deja existir. Lo exterior ya está muerto de nacimiento —le había dicho a Pilar muchas veces, cuando todavía era una niña.

Su frustración al observar cómo el tiempo había destruido a su única hija, bebiendo a sorbos los jugos de su cerebro, le había arrastrado durante años a un estado de imagen borrosa y lámpara fría. La llegada de su nieta Álex, el descubrimiento de Kandinsky, y el análisis de la obra de Picasso habían dado color al hogar. Ante el olor de las pinceladas, Grisalda había pasado muchas horas sintiéndose comprendida, observando el interior de las emociones y queriendo a Álex como si fuese su propia hija.

Había deshecho, para no dejar de existir, todos los lazos que le ataban a una vida menos suya

y más de otros. Paredes verdosas, vestidos estampados y una personalidad única, poco común, era lo que había construido a base de valentía y oídos sordos.

Desde la silla Marga observaba con mirada atenta la pintura del Cristo enmarcado. Aquel hombre clavado en la cruz podía vigilar toda la sala desde su posición privilegiada. Recordaba con pulcra exactitud el momento en que Vicente le había regalado ese horrible cuadro a Grisalda. «¿De dónde lo habrá sacado?», fue lo primero que pensó Marga cuando, un domingo de Navidad, su marido apareció con él en casa.

Vicente estaba henchido de orgullo y se regodeaba por la ganga adquirida. Dijo algo sobre un pintor famoso y un original. Ella desconectaba pronto cuando el tema no le interesaba, y con su marido le pasaba a menudo. Con el paso del tiempo seguía pensando lo mismo sobre el cuadro, era feísimo.

Mientras lo contemplaba, se materializó en su recuerdo la conversación que tuvo con su esposo durante el trayecto a casa de su cuñada aquel domingo de diciembre:

—Tú no tienes ni idea, Marga. El señor que me lo ha vendido me ha dicho que este Cristo tiene poderes.

—Pero mi *cuñada* no es católica, parece mentira que no lo sepas. Vas a hacer el ridículo.

—Te digo yo que cuando le cuente el poder que tiene se va a caer de culo.

Entonces no le creyó, pero ahora Marga observaba al Cristo con la respiración apagada. Nunca había comprobado el poder que, según Vicente, tenía aquella figura. Un miedo real se iba extendiendo desde sus pies hasta resto del cuerpo.

—Te lee el pensamiento y te ayuda a tomar decisiones difíciles —Marga recordaba las palabras que Vicente dijo a Grisalda cuando le hizo entrega del cuadro—. ¿Y qué tengo que hacer yo? —aunque era menos católica que un balón de fútbol, Grisalda había quedado fascinada ante los supuestos poderes del lienzo.

—Lo primero es tener un problema o una duda. Algo que no sepas cómo resolver. Entonces tienes que sentarte frente al cuadro y preguntarle la cuestión directamente.

Ahora recordaba a la perfección todas las indicaciones de Vicente, pero no podía evitar preguntarse: «¿Cómo es posible que solo pensando en una pregunta me conteste?». Entonces Marga se concentró. Apretó los ojos tanto que creyó que nunca más podría volver a abrirlos. Pensó en la consulta y deseó que el Cristo parpadeara tres veces.

—Es indispensable que las preguntas que hagas se puedan contestar con un «sí» o un «no» —había empezado a explicar Vicente.

—¿Pero habla?

—¿Vas a escuchar por una vez en tu vida, Marga!?! —Vicente se impacientó.

—Uy, qué genio. Ya me callo, hombre.

—Bien. Como decía, el Cristo te contestará con un «sí» o un «no», Grisalda. Si es un «sí», lo sabrás porque parpadea tres veces. Si es un «no», solo parpadeará una vez.

Marga volvió a pensar en aquellas instrucciones mientras miraba el cuadro, deseó que se cumpliera el presagio para quitarse de encima la pesada losa. «Que parpadee tres veces, que parpadee tres veces», pensó.

Una vez hubo planteado su pregunta al Cristo, Marga fue abriendo sus ojos despacio. La claridad empezó a dejarse notar y la mujer fijó su mirada sobre la del hombre de la pintura. «Que parpadee tres veces», seguía diciendo mentalmente, dando así más fuerza a la magia que a la decisión que debía tomar. Tras el primer parpadeo del Cristo, Marga se estremeció. Cogió aire aguardando el siguiente movimiento. Un segundo parpadeo de aquellos ojos asexuados por la santidad paralizó el latido de su corazón. Se agarró a la silla con el miedo del que cree que se va a caer. Nadie a su alrededor parecía darse cuenta de lo que estaba pasando. El tercer parpadeo desde la cruz fue percibido como un torrente de agua mansa sobre su cabeza. Y entonces, y solo entonces, Marga se puso en pie. El Cristo le había dado una clara respuesta a la pregunta que últimamente no le dejaba dormir: «¿Debo contar mi secreto?».

Marga no se planteó ni por un instante que aquel cuadro estaba hecho con hologramas, de forma que cuando alguien lo miraba, a poco que se moviera, los ojos de la figura parecían cerrarse y abrirse en un claro parpadeo. Funcionaba igual que los cromos para niños con figuras de personajes de dibujos animados que regalaban en los quioscos...

—Tengo algo que contar. No aguanto más —la voz de Marga silenció los murmullos de los allí presentes, que ya habían empezado a discutir sobre la necesidad o no de la monarquía en el país, el problema de la tele-basura y el botellón de cada sábado en la plaza de la Concordia.

—¿Qué pasa, mamá? No me asustes, por Dios —dijo Salva.

—Pero, Marga, hija. ¿Qué ocurre? —de vez en cuando a Grisalda le salía una vena paternal con ella.

—Llevo semanas sin pegar ojo, este secreto me está martirizando. Pero os lo voy a contar porque se ha cumplido la profecía del Cristo.

—¡Ay, madre! ¡Esto es para volverse locos! —Sandra disimulaba como podía la animadversión que aquella mujer le generaba.

—¿¡Qué profecía ni qué ocho cuartos, mamá!?

—¡La predicción del Cristo de la mala Fe! —exclamó Grisalda al tiempo que se santiguaba, en un movimiento inconsciente— ¿Qué está pasando, Marga?

—¿El Cristo de la mala Fe? Pero, ¿de qué narices están hablando? —Álex miraba a Laura como si ella pudiera aclararle las cosas. Por única respuesta se topó con su rostro de estupefacción y un encogimiento de hombros.

Marga Jiménez Antón, de cincuenta y ocho años de edad, se disponía a contar el secreto que guardaba con celo desde los últimos días de verano.

Había conocido a alguien y estaba enamorada. Se sentía viva y una ilusión le había devuelto las ganas de levantarse cada día. No quería sacrificar aquel bienestar por nada del mundo, aunque estuviera profanando el juramento sagrado que había hecho ante el padre Francisco cuando se casó con Vicente.

Habían pasado más de veinte años desde el día de la boda y desde entonces supo que no lo quería. Marga presagió que nunca lo amaría. Tendrían hijos, quizá, le prepararía la comida y limpiaría la casa, iría a hacer la compra y se encargaría de la crianza, pero jamás lo querría. Durante todos estos años, ella siguió esperando a alguien de quien enamorarse: un hombre cariñoso, delicado y con el que poder hablar sobre cualquier tema. Alguien que de vez en cuando le ayudara con las tareas, aunque fuera el fin de semana. Sin embargo nunca llegó, nunca hasta ahora. Y nadie en aquella sala podía ni imaginarse de quién se trataba.

—¿Puedes hacer el favor de hablar, Marga? —A Grisalda no le cabían más nervios en la boca del estómago.

—Está bien —y dirigiéndose al público allí presente dijo—. Hijo, mujeres aquí presentes, tengo un amante.

Una exclamación general rompió el incómodo silencio. Era una noticia impactante, sobre todo para Salva, que se había quedado mudo y olvidó cerrar la boca. Era el único en la sala que no se movió, ni un gesto, ni un suspiro. Se quedó frío, bloqueado, sin saber qué decir o cómo actuar. Era consciente de que tras el primer impacto todas esperaban ver su reacción.

—Salva, hijo, ¿estás bien?

Era lo último que se esperaba. Su padre era un buen hombre, tosco y testarudo, pero era su padre y lo quería. En ese momento necesitaba aire, dejar de ver la cara de su madre. Intentar respirar. Se levantó y salió de la sala. Si decidió no marcharse de la casa fue por respeto a su tía, pero se dirigió a la terraza a oscuras y se quedó allí, apoyado en el muro.

—¡Por el amor de Dios! ¿De verdad crees que esta es la forma de que tu hijo se entere? — increpó Grisalda a su cuñada.

—No quería decírselo, pero el Cristo se ha pronunciado. He tenido que hacerlo, ¡ya no aguantaba más!

Las mujeres permanecían en sus asientos observando la conversación entre Marga y Grisalda, sin entender a qué se referían con aquello del Cristo. Pilar entró por la puerta del comedor en ese momento. Llegó dando saltos y animando la velada con un nuevo brillo en los ojos.

—¡Vamos, chicas!, que parece que estéis en un velatorio. ¡Arriba esas palmas!

—Mamá, no hacemos palmas porque no hay música.

—¿Ah, no?

Álex no se molestó en contestar. Por el contrario, se levantó y salió en busca de Salva. Cuando llegó a la terraza se apoyó también en el muro junto a su primo y le pasó el brazo por la espalda. En un intento por tranquilizarle le dijo:

—No es cosa tuya. No depende de ti, sabes que no puedes hacer nada. ¿Por qué no vuelves y

nos enteramos de una vez qué quiere decirnos la yaya?

—Para ti es fácil, ¿verdad? Hasta puede que divertido. La tía Marga, la paranoica, pesimista, negativa y retorcida tía se ha echado novio. Le pone los cuernos a su marido el tontorrón, que no se entera de nada. Pero no hace gracias, ¿sabes? No sé aún cómo se lo voy a decir a mi padre.

—Mira guapo, en primer lugar, no es divertido, ni siquiera para mí, la perversa prima maléfica —utilizó aquí un tono sarcástico—. En segundo lugar, no pienso para nada que sea fácil. Y por último, te vuelvo a repetir que no es cosa tuya. Es tu madre quien tiene que arreglar todo esto con tu padre. Son dos personas adultas y no debes meterte.

Salva continuaba echado sobre el muro de la pequeña terraza, pero tras la intervención de su prima agachó la cabeza, y la metió entre los brazos, cubriéndosela.

—Lo siento, Álex. No tengo derecho a ponerme así contigo —levantó la cabeza y la miró—. Trata de entenderme, por favor.

—No vas a encontrar en esta terraza a nadie que te entienda mejor que yo —Álex mostraba su sonrisa serena—. Pero ya eres adulto y tienes que tener tus estructuras formadas. No puede afectarte tanto, Salva. Trata de tranquilizarte y respirar hondo.

—Es que lo de esta mujer puede conmigo. No la soporto. No te imaginas lo que significa vivir con ella —a Álex le pareció intuir unos ojos vidriosos, a punto de llorar.

—Eh, tranquilo. En esta casa todas están locas, ¿aún no te habías dado cuenta?

Se rieron los dos como hacía tiempo que no se reían. Salva se relajó, con ella a su lado todo era más fácil. Aprovechó para curiosear un poco sobre Sandra y Laura, las chicas sentadas a su lado durante la cena.

—Oye, cambiando un poco de tema, ¿qué rollo tienes tú con Sandra? ¿Ya se lo has contado a tu madre y a la yaya? ¿Cómo quedó aquello de la pillada con el tío aquel?

—No estamos juntas, me dejó hace tres meses. Lo pasé fatal al principio. Un día quedamos y me dijo, así de golpe, que le gustaban los chicos y que se había acabado todo entre nosotras. Imagínate. Aunque sospechaba algo, claro, después de haberla visto con aquel cachas de gimnasio.

—Esa chica nunca me ha dado buena espina. Siempre te he dicho que esos celos y la manera que tenía de hablarte algunas veces no me gustaban nada. Pero, ¿por qué no me llamaste, Álex? No tendrías que haber pasado sola por todo eso.

—Puede que no te lo creas, pero fue otro de los milagros de la yaya, estuvo todo el tiempo conmigo. Aunque no sabía lo que me pasaba, no me dejó ni un minuto. Si no llega a ser por ella no sé cómo lo hubiera superado.

La aclaración de Álex tranquilizó en parte a su primo, aunque ya estaba del todo confundido con la presencia de Sandra en la cena:

—Entonces, ¿qué hace la cajera poligonera aquí?

—Pues aún no he podido averiguarlo. Lo único que sé es que la yaya la ha invitado.

—¿Y eso? No entiendo nada. Pero, entonces, ¿qué pasa con Laura? ¿Estás con ella? He visto cómo os mirabais.

Álex se ruborizó, no pudo evitar sentir una emoción cálida en el pecho.

—¿Se me nota mucho? —sonrió.

- Bastante. Estáis saliendo, ¿no?
- Qué va, eso también ha sido cosa de la yaya.
- ¡Ay, de verdad! ¡A esta mujer se le va la cabeza!

Aprovechando el cambio de tema, y viendo que su primo ya se había repuesto, le propuso volver al salón junto a las demás.

LA SOBREMESA



En el comedor las mujeres parecían empezar a relajarse tras la noticia de Marga. Laura no podía evitar pensar que no conocía de nada a aquella señora y esquivaba su mirada por no incomodarla. Pilar, por su parte, tomaba otro coñac. Se sabía de memoria todos los recovecos de los armarios y, aprovechando su vuelta del baño, había pasado por la cocina para buscar el preciado líquido acristalado en la que iba a ser la segunda botella de la noche. No necesitaba andar con remilgos a estas alturas. Tampoco le importaba lo que las demás pensarán, su hija y su madre ya la conocían, con Marga nunca se había llevado bien, y era la primera vez que veía a las otras dos.

—¡Hijo! —exclamó Marga en un tono casi teatral cuando vio entrar a Salva. Hizo un amago por levantarse para darle un abrazo.

—No te molestes —le interrumpió Salva con un gesto—, ya hablaremos en casa.

—Haya paz, por favor. He tratado de que todos los que estáis aquí os sintáis cómodos. Me hubiera gustado que las cosas hubieran salido un poco mejor —acompañó ahora Grisalda sus palabras de reproche con una mirada hacia Marga, que parecía no estar escuchando—. Pero como las cosas vienen como vienen y así han venido hoy, creo que ha llegado el momento de que sepáis por qué os he convocado esta noche.

—¡Ya era hora! —Pilar achacaba los primeros signos de la borrachera y emitió un ligero hipo al final de la frase.

—¡Por fin! —Sandra intentó que nadie la oyera, pero Laura le leyó los labios. No se fiaba de ella. Sin ser consciente, había decidido observarla más de cerca.

—Bien. Todos los que estáis aquí tenéis una relación directa conmigo o con la persona que más quiero, que es Álex —una ternura maternal invadió su mirada—. Y las que me conocéis bien sabéis que hay cosas que apunto en esta libreta de vez en cuando —enseñó el pequeño cuaderno que había estado manipulando durante gran parte de la mañana—. Siempre os he dicho que son cosas mías, ¿verdad?

—Verdad —contestó Álex empezando a impacientarse.

—¿Vas a dejar de dar rodeos de una vez, cuñada? Nos tienes todo el día en ascuas.

—Esto es solo la propaganda. Aún faltan unos minutos —la carcajada con la que Pilar acompañó su comentario no sentó bien a Grisalda, que apartó la botella del alcance de su hija y la sostuvo durante el resto de su intervención.

—En esta libreta he anotado las indicaciones que seguiría si algún día me tocaba la lotería.

Poco a poco, cada una de las comensales fue abriendo la boca en un vacío de palabras. Incrédulas todavía ante lo que se les venía encima. Demasiado bonito para ser cierto. Álex sintió un espacio enorme entre su piel y la ropa que llevaba, no hubiera podido decir si se debía al susto o a la emoción. ¿Habría mucho dinero en juego?

Marga contabilizó en un segundo a todos los allí presentes e hizo la división mental como si durante toda su vida no hubiera hecho otra cosa. A Salvador le vino a la cabeza el ático que había visto la semana anterior en el boletín inmobiliario que recibe mensualmente, dos habitaciones, cocina y comedor diáfanos, vistas al mar y terraza de diez metros cuadrados.

Sandra no sabía qué pensar, optó por guardar silencio. Era la mejor opción, si le caía algo, lo recibiría de buen grado. Laura, por su parte, se incomodó. Podía sentir la agitación en la respiración de Álex. Observaba la expresión de su cara, que denotaba un amor sincero hacia Grisalda y una preocupación justificada. A veces Grisalda sufría lagunas, olvidos que podrían deberse a la edad. Creyó que quizá Álex desconfiaba de la decisión que la anciana parecía estar a punto de comunicar.

—Y ayer, al fin, la suerte me golpeó. Por eso esta mañana os he avisado una a una y he organizado todo este «tinglao». Aquí tengo anotadas a las personas con las que quiero compartir el premio y aquí estáis todas y cada una de vosotras.

—¡Pero tía, eso es genial! —a Salva le brillaban los ojos por la emoción. Todavía no había acabado de reponerse de la pesadilla donde su madre lo había precipitado y ahora era rico. Se levantó y dio un sincero abrazo a Grisalda.

—Yaya, ¿pero qué estás diciendo? —preguntó Álex confusa—. ¿Cómo vas a repartir el premio con todos nosotros? Somos muchos aquí, querrás decir que nos quieres hacer un pequeño regalo como muestra de tu afecto.

—¡Que no, Álex! Que voy a repartir mi premio con vosotros. Sois mi familia, y los que no lo sois, miró a Laura y a Sandra, formáis parte de mi vida directa o indirectamente.

—Joder, sí que le ha salido dinero a la vieja —era la segunda vez que Laura pillaba a Sandra hablando en susurros y utilizando un tono inapropiado para hacer referencia a la anciana. No pudo reprimir por más tiempo la incomodidad y dijo en voz alta:

—No podemos aceptarlo, Grisalda. Te lo agradecemos mucho pero entendemos que debe ser tu familia la que tenga ese derecho, no nosotras.

—¡Habla por ti, guapa! —Sandra se puso en pie. Hacía un gesto con la mano, moviéndola de derecha a izquierda, acompañando sus palabras de forma rítmica y haciendo coincidir cada sílaba con un sensual balanceo al más puro estilo afroamericano.

—¡No tendrás la cara dura de aceptar el dinero de esta pobre mujer! —Laura había llegado al límite de su paciencia e increpaba ya de forma directa a Sandra.

—Pobre, lo que se dice pobre, no parece que sea. Y si tiene la ilusión de compartir el dinero, pues quién soy yo para hacerle ese feo. Sería de muy mal gusto por mi parte.

—Ya, ¿y desde cuándo sabes tú algo de buen gusto? —Álex había saltado para defender a Laura.

—Pero no discutáis —intervino Grisalda—, las novias no discuten.

Silencio.

Más silencio.

Solo se escuchaba la ronca respiración de Duca que se había dormido en el sofá y roncaba como una persona.

—¿De qué estás hablando, madre? —Pilar parecía haber recuperado un instante de sobriedad—. ¿Hablas de mi hija y esa maleducada?

—Sin faltar, señora. No creo que seas tú el mejor ejemplo de educación, visto lo visto.

—¿Desde cuándo eres de esas? —Marga pronunció las dos últimas palabras con el ceño, la boca y la nariz fruncidas. Su rostro parecía el final del colon de un mono— ¿Tú no sabes que eso es pecado?

—¡Ya basta! Marga, Pilar, Álex no hace nada malo. Sandra es su novia y por eso la he invitado. Dejemos lo del pecado para otro momento, te recuerdo que no estamos en ninguna iglesia —Grisalda trataba por todos los medios de poner orden.

—¡Pero qué manía tenéis todas las mujeres de esta familia de hablar por los demás! —Álex apoyó las manos sobre la mesa dando un golpe que hizo temblar los cubiertos del postre—. Sandra no es mi novia, yaya. Si me hubieras preguntado en lugar de jugar a los detectives, posiblemente te habría contado la verdad. Te agradezco de todo corazón esto que haces, porque me acabas de demostrar más sentido común que ninguna, pero en lo de Sandra no has acertado lo más mínimo.

Álex respiró hondo para continuar con su intervención:

—Fuimos novias, sí —continuó mirando ahora a la cara a cada una de las allí presentes—, pero la muy insensible me dejó de la peor forma. En cualquier caso, esta y yo no tenemos relación ninguna, así que puede marcharse de aquí si la dueña de la casa lo estima pertinente.

Mientras Álex hablaba, Sandra había empezado a levantarse. Cogió el bolso y, sin decir una palabra, dio los primeros pasos hacia el final de la sala, resignada ante la realidad. Álex acababa de dejarle claro cuáles eran sus sentimientos y cualquier atisbo de esperanza se había evaporado ya. Su oportunidad había pasado, Álex no volvería nunca con ella. Cuando estaba traspasando el arco de la puerta, el grito de Grisalda hizo que frenara en seco.

—¡DE AQUÍ NO SE MUEVE NADIE! ¡TODO EL MUNDO QUIETO!

—¡Uy, esta mujer se ha vuelto loca de remate! —Marga había dado un salto involuntario por el susto.

—¿Qué pasa, tía? —Salvador también había empezado a levantarse, necesitaba ir al cuarto de baño.

Metió ambas manos entre sus pechos, como si tratara de encontrar un objeto imperceptible al tacto. Un temblor de labios, acompañado de un par de gotas de sudor, empezó a manifestarse en su arrugado rostro. Al mismo tiempo, pronunció seis palabras como en un susurro desesperado.

—Alguien me ha robado el boleto.

EL ENCIERRO



Ante el estupor general y el pánico colectivo, Grisalda fue, poco a poco, articulando los movimientos que le permitieron hablar.

—Tenía la Primitiva justo aquí, en el sostén. Donde guardo todas las cosas importantes —el bloqueo estaba empezando a dar paso a un enfado poco común en ella. El pelo se le había encrespado, liberando algunos mechones del recogido que se había hecho con sumo cuidado aquella mañana, y una tonalidad casi púrpura le había cubierto las mejillas.

Álex se asustó, probablemente fuera la única persona que sabía que aquella transformación no podía traer nada bueno. Esa mirada le bastaba para adivinar la tragedia. Aun así trató de evitar lo inevitable.

—Tranquilízate, yaya. Seguro que en algún momento lo has cambiado de sitio y ahora no te acuerdas. Vamos a buscarlo entre todos y ya verás como aparece.

Pero algo en la cabeza de Grisalda había cambiado y, como en un horno, todo en el interior empezaba a arder. Se había activado en ella un nuevo estado, el que no acepta explicaciones, desconfía de cualquiera y transforma a las personas. Una a una se fueron levantando, incluso Duca, dispuestas a seguir las órdenes indirectas de Álex. Creyeron que era lo lógico, qué menos que comenzar la búsqueda del preciado papel en aquel momento, cuando les acababan de comunicar que la generosa y desinteresada anciana quería compartirlo con ellas.

Salvador olvidó la necesidad fisiológica que le había obligado a levantarse tan solo dos minutos antes y comenzó a buscar por los cajones del mueble. Sandra abría y cerraba las pequeñas puertas del aparador, metiendo y sacando los brazos en un infructuoso gesto, manipulando botellas y documentos médicos. Marga movía los cuadros de las paredes, deseando que detrás de algún lienzo hubiera ido a parar el valioso trozo de papel. Y así, una a una, en un movimiento silencioso, colaboraron por un interés común.

—¡¡¡He dicho que todo el mundo quieto!!! —Grisalda sostenía una escopeta en las manos y apuntaba al techo.

Las mujeres se giraron al escuchar el grito. A pesar de lo que pudiera parecer, lo que más les asustó no fue el arma, tampoco pensaron si estaba o no cargada, ni siquiera se cuestionaron si era de perdigones o de aire comprimido. Lo que les hizo sentir un gélido, abominable y desgarrador miedo fue la expresión de Grisalda. Su tez había perdido el natural color rosado, y un gris ceniciento había cubierto sus arrugas. Sus ojos, inyectados en sangre, impedían apreciar el iris, la pupila, y todas las demás partes. Una mirada profunda, más potente que el odio, se había adueñado de su habitual dulzura. La rabia le había empequeñecido las cuencas y unas diminutas venas se habían empezado a extender por sus antiguos y redondos mofletes.

—¡Ay, señor santo, protégenos! —se santiguaba Marga por enésima vez.

—¿De dónde coño has sacado eso? —Pilar acababa de recuperar completamente su estado sobrio. Si no hubiera estado tan pendiente de la escopeta habría dicho con toda seguridad y en voz alta: «Joder, qué bajón m'ha dao».

Duca observaba a Grisalda desde la alfombra, había empezado a levantar una esquina en un intento por encontrar la combinación premiada, con la esperanza, quizá, de una recompensa comestible, a ser posible una hamburguesa hecha expresamente para ella. El animal emitió un gemido cuando vio a la anciana en aquel estado de enajenación y se escondió bajo el sofá, aguardando lo peor.

—Pero yaya, suelta eso, por favor. ¿No ves que no tiene sentido lo que dices?

—Alguien me ha quitado el boleto porque le ha podido la avaricia. Y eso no lo pienso perdonar. Iba a repartir el premio entre todas vosotras, ¡cómo podéis hacerme esto?! —tras la última exclamación hizo mención de disparar al techo y todas gritaron a la desesperada, intentando frenar así la intención de la anciana.

La locura transitoria que se había apoderado de ella fue más poderosa que todos los gritos y apretó el gatillo. Un golpe sordo se escuchó desde todas las partes de la casa. El saneamiento del cuarto de baño crujió, la mecedora donde Grisalda acostumbraba a coser se balanceó sin que nadie la tocara; hasta los apuntes de Álex, que aguardaban sobre el escritorio de su habitación, bailaron en el cuarto para salir despavoridos por la ventana, folio a folio, aun sabiendo que por separado no eran nada, menos que nada, una concatenación de palabras formando frases incompletas, sin sujetos ni predicados.

Las hojas de las macetas que dormían en la terraza se congelaron. El Cristo de la mala fe cerró los ojos, incapaz de huir o de seguir mirando. Duca se escondió dentro del armario, como hacía en los días de tormenta, se arrinconó bajo los abrigos, cubriendo su mirada con las rechonchas patas color canela. Los cacharros en la cocina, los platos en la pila, todos ellos se agitaron, chocando entre sí, y las copas llenas de cava tintinearón, haciendo vibrar las burbujas de su interior.

El resto de habitantes de la casa, los humanos, habían cubierto sus cabezas con los brazos unos, y escondido su cara entre las piernas, los otros. Del techo cayó un polvo blanco y fino, tan fino que parecía humo. Y nadie quería respirar, para que no les entraran por la garganta aquellas

partículas de cal, pintura y hormigón.

Grisalda permanecía inmóvil escopeta en mano. Era la primera vez en su vida que la cogía. Había permanecido guardada en el fondo del armario desde que Manolo murió. Hubiera jurado que no funcionaba. De hecho, su única intención había sido la de intimidar al ladrón. Ya no se planteaba si lo que había hecho estaba bien o mal. Tenía claro el siguiente paso. No iba a tolerar ni un solo cambio en sus planes. Bajó a la puerta de la calle y cerró con llave. Volvió al salón sin soltar el arma y se guardó la llave en el sostén.

—¿Veis dónde guardo la llave? —Grisalda se dirigió a los allí presentes, que seguían paralizados sin atreverse a mirarla a la cara—. Os he dicho que este es el sitio más seguro de la casa y que aquí se guarda lo más importante. Aún no sé cómo se me ha podido caer o qué sucia estratagema ha utilizado el ladrón, pero de aquí no se va a escapar nadie hasta que no salga quién lo tiene.

—Me parece lo justo, tía —Salvador optó por tratarla como siempre, intentando sacarla de su enajenación transitoria—. Creo que todas están de acuerdo en que nadie va a intentar escapar. Además, la puerta ya está cerrada, ¿verdad? No tienes por qué preocuparte.

Álex escuchaba las palabras de su primo y se le antojaba un negociador. El típico personaje de las películas de rehenes, donde los ladrones llevan pasamontañas y aterrizan a los pobres civiles que han llegado en una mañana fría, la mañana equivocada, al establecimiento; inocentes ciudadanos que solo pretenden conservar el poco dinero que han podido ir ahorrando a lo largo de su vida. En este caso, a pesar de que la del arma era Grisalda, no llevaba pasamontañas. Por el contrario, uno de los rehenes había sido, en realidad, el ladrón.

—Necesitamos movernos, tía, no vas a conseguir nada si no nos dejas buscar —Salva seguía confiando en que la bondad intrínseca de Grisalda se manifestaría en algún momento. No podía creer que aquella maléfica señora hubiera poseído a su tía para siempre.

—Yaya, suelta esa escopeta, puedes hacerte daño o lastimar a alguien, o las dos cosas. Te prometo que mientras yo esté aquí nadie saldrá de la casa. Confía en mí —suplicó Álex.

Álex sentía más pena que miedo por ella. Toda una vida de ilusión comprando a Pascual, el de la Lotería, cada jueves y sábado.

Soñando que algún día le tocaría, anotándose en su cuaderno los pasos a seguir cuando sus números salieran ganadores. ¿Quién podría tener la poca vergüenza de robarle a una anciana? ¡Y en su propia casa!

Las palabras de Álex habían ejercido un efecto calmante en Grisalda. Despacio, fue bajando la escopeta, que aún apuntaba al techo. Sus ojos empezaron a recuperar el blanco natural, y todos los mechones rebeldes de su cabellera hicieron caso a la gravedad, que desde un punto indefinido del núcleo terrestre los atraía con una fuerza inevitable. Álex se había levantado y se dirigía hacia su abuela. Cuando llegó a su altura cogió el arma de sus manos y la apartó. Pasó sus brazos alrededor de sus hombros y la abrazó. Álex la sintió tensa, más rígida que una roca de plomo

macizo. Quiso deshacer su tensión a fuerza de cariño, hablándole al oído. Le volvió a prometer que todo iría bien y que iba a apoyarla.

—Está bien —dijo al final Grisalda—, pero dame la escopeta.

—Yaya, no.

—¡Dámela, te digo! Estoy más tranquila, pero quiero que me devuelvas la escopeta, ¡o no respondo de mis actos! —ante el miedo de que volviera a sufrir otra transformación, Álex le devolvió el arma.

—Gracias —le dijo Grisalda—. Ahora escuchadme todas —siguió hablando la anciana mirando una a una a las allí presentes—, si alguien necesita ir al baño, Álex la acompañará. Nadie saldrá de esta sala si no es con ella o conmigo. La que desobedezca, que se atenga a las consecuencias. ¡Entendido!

Marga dio un respingo y nadie se atrevió a contradecir la orden. Ni siquiera Álex, quien se estaba empezando a sentir cómplice de todo aquello sin haberlo pretendido. El primero en salir del salón fue Salvador, acompañado por Álex.

Cuando iban por el pasillo y creía que Grisalda ya no les podría escuchar le dijo a su prima:

—Tienes que parar esto. Hay que llamar a la policía.

—Ni lo sueñes. No pienso traicionarla.

—Pero, ¿te has vuelto loca también? Tiene un arma.

—¿Te crees que no lo sé? Le he prometido que aparecería —su primo le lanzó una mirada inquisidora—. Salva, es lo justo y lo sabes. Solo quiere recuperar lo que es suyo.

—Seguro que hace diez minutos cuando ha disparado no pensabas así —Salva empezaba a creer que Álex se había contagiado de la sinrazón de Grisalda.

—Confío en ella, Salva. Ha dicho que no lo volverá a hacer. Se ha puesto muy nerviosa. Es lógico.

—¿Lógico? Esto es increíble. Ahora mismo ni siquiera tengo claro que ese premio exista.

—¿Qué dices? ¿Crees que se lo ha inventado? ¿Cómo puedes pensar eso?

—No sé qué pensar, Álex. Esa mujer que está ahí dentro no es la yaya. Tú mejor que nadie la conoces. ¿Cuándo la has visto hacer algo ni remotamente parecido?

—Nunca, es verdad. Pero no puedo creer que sea todo un invento. ¿Con qué propósito?

—Con ninguno, Álex. Ya tiene una edad...

—¿Estás insinuando que ha perdido la cabeza? ¡Eso sí que no...!

—Chssss... Calla, que nos va a oír.

—Anda, entra al baño y no digas más tonterías.

Cuando Salva salió, Álex se dispuso a hacer el camino de vuelta al comedor, pero su primo le cogió el brazo.

—Piensa al menos en lo que te he dicho, y analiza bien sus movimientos.

En el salón se respiraba la calma previa a la tormenta. Grisalda aguardaba sentada en una

silla y observaba al resto que, como si de un pelotón de fusilamiento se tratara, esperaban inmóviles en el sofá, frente a ella.

—Voy a volverlo a preguntar, y esta vez voy a ser más clara: ¿Quién me ha robado el resguardo de la lotería?

Nadie respondió. Se miraron de reojo unas a otras, pero nadie dijo nada. Álex se había sentado junto a Grisalda y observaba a las sospechosas de frente. No podía evitar sentirse mal por Laura. Si al menos pudiera sacarla de allí y explicarle que todo se iba a arreglar. Si se pudiera sentar a su lado y tranquilizarla. Enseguida pensaba en las palabras de su primo. ¿Y si se levantaba y le daba por disparar? ¿Y si se le volvía a cruzar un cable? Caería sobre su conciencia para toda la vida la responsabilidad de no haber actuado como correspondía. ¿Y si alguien salía herido? Tan concentrada estaba en estas elucubraciones que no percibió la palidez en el rostro de Laura, quien parpadeaba cada vez más despacio y se movía inquieta pero a cámara lenta. Fue Sandra quien se dio cuenta, porque notó el brazo de la chica demasiado frío y sudado.

—Oye, ¿te encuentras bien? —le dijo a Laura moviéndole el brazo. Y dirigiéndose al resto exclamó—. ¡Esta chica está poniéndose verde!

Álex se incorporó, no sin antes hacer un gesto a su abuela con la mano en señal de calma. Tomó a Laura por el brazo sabiendo lo que le ocurría, tenía el mismo aspecto que durante el desmayo de la tarde anterior. Se pasó el brazo de Laura por detrás del cuello y cargó con ella en dirección al cuarto de baño. Cuando llevaba recorrido la mitad del camino sintió el peso de Laura aumentar y supo que había perdido el conocimiento. Esta vez no pudo avisar a Grisalda pero, sin saber muy bien cómo, llegó al baño y pudo depositar el cuerpo inerte de Laura en el suelo sin hacerle daño. Consiguió coger un par de toallas del armario y se las colocó debajo de la cabeza. Le mojó la nuca, los antebrazos, la cara y las muñecas. Como no reaccionaba también le mojó los tobillos y le desabrochó el vaquero. Le levantó las piernas y le habló.

—Laura, ¿estás bien? —la serenidad con la que dejaba salir sus palabras era nueva para ella. Supuso que las situaciones extremas sacan una parte desconocida de una misma.

Tardó varios segundos en recibir algún tipo de contestación. Como respuesta, obtuvo un gemido sin fuerza. Álex aprovechó para analizar las facciones de Laura sin miedo a ser descubierta, se sorprendió por lo perfectas que eran incluso así, tan pálidas que el perfil de los labios se confundía con la piel del resto de la cara. Podría pensarse que no tenía boca, de no ser por unos dientes color marfil que aparecían desde dentro. Un incisivo se mostraba ligeramente por encima del otro, dando un sutil toque imperfecto a su rostro.

—¿Estás bien, Laura? —volvió a repetir.

Esta vez Laura abrió los ojos, solo un poco, lo suficiente como para ver dónde estaba.

—¿Me he desmayado? —le preguntó a Álex en un susurro.

—Sí, te he traído al baño casi a rastras —confesó Álex—. Y ya van dos. ¿No decías que nunca te había pasado? Estoy empezando a creer que me has mentido... —dijo Álex con un matiz de sarcasmo.

—No te he mentado. Nunca me había pasado antes —trató de incorporarse pero aún estaba mareada.

—Está bien, tranquila, no te muevas.

—No entiendo por qué me pasa —ya había recuperado completamente el color de su cara—, solo sé que las dos veces has estado tú —se arrepintió enseguida de sus palabras.

—Ah, ya veo, ¿me estás echando la culpa a mí? —Álex sonreía mientras le hacía la pregunta.

—No he querido decir eso. A lo mejor es algo de la comida, no sé... —trató de explicar Laura, mientras se incorporaba en un movimiento lento y pausado.

—Sí, claro, no intentes arreglarlo —mientras hablaba, había empezado a hacer cosquillas a Laura en la barriga en un intento por quitar seriedad al suceso. Laura trató de zafarse, y se quedó sentada frente a Álex.

Cuando terminó con la broma y dejó de reír, respiró hondo y confesó a Álex:

—No te estoy echando la culpa a ti de nada, en serio. Pero las dos veces estaba contigo. Puede que tenga que ver más con los nervios.

—Hombre, entiendo que te hayas puesto nerviosa con lo que se está cociendo ahí dentro. Siento mucho que tengas que pasar por esto. No voy a tratar de justificar el comportamiento de mi abuela, pero créeme si te digo que todo se solucionará, la conozco muy bien y nunca ha hecho daño a nadie. Solo quiere recuperar lo que es suyo.

—Lo entiendo... —Laura guardó silencio y trató de controlar el ritmo de su latido.

—Volviendo al tema de la tensión y el desmayo, no termino de entender qué tensión pasaste ayer. ¿Me lo puedes explicar?

Laura guardó silencio, agachó la mirada y se ruborizó.

—No sé explicarlo —acertó a decir mientras levantaba de nuevo la cabeza.

Ambas se quedaron mirando a los ojos. Las pulsaciones de Laura habían empezado a dispararse de nuevo. Cuando Álex acarició su rostro, todo un ejército de elefantes dispuestos en una larga fila pasaron por el estómago de Laura, sacudiendo cada uno de sus rincones y haciendo que se estremeciera entera. Una sensación cálida abrazó su estómago. Apoyó su cara contra aquella caricia y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir se topó con el intenso iris amarillo de Álex, que la trasladaba a otra dimensión, a otra realidad. Tan cerca se encontraba que creyó que se le iba a meter dentro, y deseó que así fuera. Porque aquella atracción se estaba haciendo insoportable. Porque sentía que necesitaba estar junto a Álex cada minuto que pasaba desde la tarde anterior. Porque estaba acabando con su serenidad. Tal vez si se la tragaba desaparecerían aquellos nervios, y la tendría para siempre en su interior, más cerca de lo que nunca había estado nadie.

Y entonces se la tragó.

Se bebió sus ansias y las hizo suyas. Engulló sus miedos, y con ellos se fueron los prejuicios, los reproches y las inseguridades. Se fundió con Álex y ni siquiera pensó en lo que hacía. Solo lo hacía, besaba, mordía, tragaba y vivía. Dejó de sentir el tiempo, buscaba a Álex en cada caricia, en cada beso. Cuando estaba a punto de derretirse, un grito exterior le devolvió a la realidad. Grisalda les hablaba desde el comedor. Álex abrió la puerta del aseo para decirle que todo estaba bien, que Laura había sufrido un desmayo pero que ya se estaba recuperando.

Laura se lavó la cara y Álex la esperó. Antes de salir se acercó a Laura y le dijo:

—Cuando todo vuelva a la calma hablaremos. Me ha encantado besarte —y la volvió a besar.

Laura pisaba algodón, se sentía llena de algodón, esponjoso y dulce. Una caricia interior subía y bajaba desde el estómago hasta su pecho. No pudo contestarle, tan solo le devolvió el beso y sonrió. Álex le dio un abrazo fuerte y le acarició el cuello con sus labios.

De vuelta en el comedor Álex percibió el gesto de Sandra. Seguía sin entender por qué se mostraba tan ofendida por la presencia de Laura. Era evidente su antipatía hacia ella y al mismo tiempo incomprensible. No tenía derecho. Había roto la relación de una forma tan brusca que demostró no importarle lo más mínimo el daño que le hubiera podido ocasionar. Sandra había sido su primera relación, su primera chica. Álex había dejado de esperar alguna explicación coherente, menos dañina que la que le había dado. Al principio quiso creer que era mentira. No podía imaginar a Sandra con un chico besándose, tocándose, riéndole las gracias, acostándose en la misma cama. El desengaño sufrido le hizo revivir los distintos abandonos en su vida.

Pero Laura parecía distinta, tranquila, pacífica, educada, adorable, respetuosa. Le aterraba pensarlo. No podría soportar otro abandono. Se decía a sí misma que sí, que todo estaba superado. Que ya no le cabía más dolor. Sin embargo, imaginar una relación con Laura le conducía irremediamente a la espiral de la sospecha, al ciclón del final, una ansiedad reconocida se apoderaba de sus pulsaciones. Contemplaba a Laura, ahora sentada frente a ella en el sofá, y se dibujaba una sonrisa dentro de su pecho, en un hueco que tenía entre las costillas y los pulmones, hueco que solía estar lleno de aire y nada más.

La voz de Grisalda la devolvió a la realidad. Estaba de pie, seguía llevando la escopeta en la mano y se paseaba delante del sofá, sin perder de vista a todos los invitados.

—Lo vuelvo a preguntar, ¿quién me ha robado el boleto?

De nuevo el silencio como única respuesta. Pero ella no se desesperaba, tenía toda la noche.

—Apágalos uno a uno, por favor. Nunca me aclararé con estos cacharos del demonio — Grisalda volvió la cabeza hacia Álex y le acercó una bolsa de plástico. En su ausencia se había dedicado a incautar todos los teléfonos móviles de los invitados. Ante la mirada asombrada de Álex, Grisalda continuó—. ¿Qué quieres? No me mires así. Tenía que evitar que el ladrón llamara a la policía y le contara una milonga —girándose de nuevo hacia las demás gritó—. ¡Porque el ladronzuelo de tres al cuarto es tan cobarde que no se atreve a confesar!

Álex contempló a cada una de las mujeres allí sentadas, en el gran sofá. La que más pena le daba era Marga, parecía una naufraga que había perdido a toda su familia en el hundimiento del barco. A Pilar le había dado tiempo a coger la botella antes del fatal descubrimiento de Grisalda, y Sandra... en realidad Sandra estaba como siempre, viva y entera, más entera de lo que estuvo Álex tras la ruptura. Si de alguien tenía que sospechar era de ella. A ambos lados del sofá, como cerrando el grupo, se encontraban Laura, a la izquierda, y Salva, a la derecha.

Sintió la necesidad de buscar una solución rápida al problema, no podía permitir que Grisalda ocultase a aquellos «invitados-rehenes» durante toda la noche (quién sabe si más tiempo). Si al

ladrón le daba por no confesar, podrían quedarse encerrados hasta que algún familiar los reclamara. Pero por más que pensaba no encontraba una alternativa.

—¡Cómo habéis podido tener la poca vergüenza de robármelo!

Continuó Grisalda con su monólogo.

—Marga, sabes que me dediqué al cuidado de tu hermano siempre mientras vivió conmigo. ¡Qué coño, si hasta te he tratado como a una hermana! —respiró profundamente y trago saliva antes de continuar—. Tú, Pilar, sangre de mi sangre, acogí a tu hija cuando te metieron en la cárcel, te acogí a ti cuando saliste de allí la primera vez, y volví a hacerlo cuando viniste de América. Lo hice a pesar de que ni siquiera eres una buena madre, a pesar de que ni siquiera has sabido ser una buena hija —dirigiéndose a Álex añadió— siento que tengas que oír esto, cariño, pero es la verdad.

Volvió la mirada de nuevo hacia su hij ay siguió con el sermón.

—Nunca has sido una buena madre, Pilar, y no me pongas esa cara, no sabes cuidar de ti misma. Mírate, ya no puedes ni fijar los ojos. ¡Si hasta se te cae la baba, por el amor de Dios!

Solo se escuchaba la respiración general, nadie osó abrir la boca. Grisalda siguió hablando.

—Salva, sabes que te he tratado como un hijo, casi te has criado con Álex, siempre te lo he dado todo. Sandra, a ti te acabo de conocer, y de verdad creía que querías a mi nieta, ahora ya no sé qué pensar, pero tenía toda la intención de repartir el premio también contigo, aunque no te conociera. Y tú, Laura, con todas las horas que hemos pasado juntas, los paseos, las historias que hemos compartido...

El timbre de la puerta interrumpió sus palabras. Grisalda preparó la escopeta y apuntó a los rehenes, quienes no pudieron evitar dar un grito de pánico cuando vieron el cañón frente a ellos.

—¡Silencio todo el mundo! Álex, asómate a la ventana a ver quién es y procura que no te vea. ¡De aquí no se mueve nadie!

Álex salió para hacer lo que su abuela le había pedido. Pudo ver a través del cristal a una chica joven, alta y elegante, esperando frente a la puerta. «¡El ligue de Salva!», pensó de inmediato. Era la hora del café, su primo les había dicho que llegaría después de la cena. «¿Y ahora qué?», pensó. Volvió al comedor y le explicó a Grisalda lo que había visto.

—Será mejor que le abras. Verá la luz y llamará al teléfono de Salva. Cuando nadie le responda se preocupará y quién sabe si puede llegar a llamar a la policía, así que ves y abre — Grisalda dejó de hablar porque el timbre volvió a sonar—. ¡Pero, corre!

Álex obedeció e intentó abrir la puerta desde el aparato del pasillo, pero algo se lo impedía. «¡Mierda, está cerrado con llave!», recordó Álex. Volvió al salón.

—Yaya, las llaves.

Bajó corriendo y le dio dos vueltas a la cerradura. Álex trató de disimular el nerviosismo al abrir.

—Bienvenida, soy Álex.

—Hola, buenas noches, me llamo Cristina.

Se saludaron con dos besos en las mejillas y Álex le cedió el paso para que entrara primero.

Volvió a cerrar con llave y subió las escaleras tras la invitada, que llevaba un vestido rojo tan pequeño que parecía una camiseta de niño con mucho escote, y unos zapatos de tacón tan altos que hubiera podido tocar el techo solo estirando el brazo.

Cuando entró por la puerta del salón se presentó, sonrió y fue a dar dos besos a Salvador, que ahora estaba sentado junto a las demás mujeres alrededor de la mesa. El grupo había cambiado de escenario para adoptar una posición más natural, más de sobremesa. Álex entró detrás de ella, buscó con la mirada la escopeta, pero no consiguió encontrarla. Lanzó una interrogación silenciosa a Laura, pero esta solo acertó a negar con la cabeza de una forma casi imperceptible. Álex prefirió no moverse del quicio de la puerta y esperó.

—Hola, Cristina. Bienvenida a tu casa. Yo soy la tía de Salvador, madre de Pilar, abuela de Álex, cuñada de Marga y amiga de Laura. Esa chica que tienes enfrente se llama Sandra y es la ex-novia de mi nieta —se giró hacia Álex y le preguntó—. ¿Has cerrado con llave otra vez?

—Sí.

—Vale. Cristina, siento mucho que nos hayamos conocido en una situación como esta, pero esta noche mientras cenábamos alguien me ha robado el resguardo premiado de la primitiva de ayer, y todas estas personas están ahora mismo retenidas porque, hasta que no salga el culpable, de aquí no se mueve nadie.

El gesto de la chica cambió. Su sonrisa de dientes perfectos, probable resultado de la ortodoncia infantil, se esfumó y un cariz de nerviosismo empezó a invadir sus ojos. El pánico cubrió completamente su expresión cuando vio la escopeta que sacaba Grisalda de debajo de la mesa.

—Pero qué coño... —acertó a vocalizar.

—Tranquila, es inofensiva —las palabras de Salvador no le sonaron muy convincentes y trató de incorporarse para salir de aquella jaula de locos.

—Ni se te ocurra mover un pelo, monada —el cañón de la escopeta le apuntó a la cara y la nueva invitada se sentó más rápido de lo que se había levantado—. Nadie va a sufrir daños si permanecéis sentados y tranquilos. Cuanto antes confiese el ladrón, antes nos iremos todos, cada uno donde quiera —se dirigió a la nueva amiga de Salvador y le pidió el móvil. A continuación se lo dio a Álex, quien lo desconectó y guardó en la bolsa de plástico, donde dormían sus otros congéneres.

Nadie hablaba. Había preguntado tantas veces que Grisalda les había dicho que no pensaba hacerlo más. Daba completa libertad de palabra al culpable para confesar públicamente su falta. De manera que a partir de ese momento el silencio se adueñó de la sala.

Tras unos largos minutos que parecieron horas, el timbre volvió a sonar. Todos se miraron entre sí, buscando respuesta a una pregunta que solo podía contestarse de una forma.

—Abre la puerta —le dijo Grisalda a Álex.

De nuevo contestó por el interfono, bajó las escaleras y abrió. Esta vez era el tío Vicente, el marido de Marga. Se estaba empezando a poner nervioso esperando en la calle. Siempre ha sido corto de paciencia, y tras haber llamado a su mujer y a su hijo y encontrarse con ambos teléfonos apagados no había podido evitar preocuparse. Cuando vio la cara de Álex exclamó:

—¡Ya era hora, chiquilla! ¿Es que no oíais el timbre? ¡Casi lo quemamos a tocar! ¿Están

aquí tu tía y tu primo? —mientras hablaba, iba entrando sin esperar a ser invitado.

—Sí, claro, pasa —Álex volvió a cerrar la puerta con llave y lo siguió.

Cuando llegaron al piso superior todas seguían alrededor de la mesa con una expresión de tranquilidad fingida. Álex pudo apreciar que Grisalda había vuelto a esconder la escopeta, esta vez en algún lugar debajo del vestido. No pudo evitar recordar todas las historias que su abuela le había contado sobre el estraperlo. Los viajes que las mujeres de su familia habían hecho durante la postguerra para intercambiar alimentos escondiéndolos bajo las sayas y los faldones.

—¿Qué pasa con vuestros teléfonos? ¿Han decidido estropearse a la vez? —el tío Vicente se dirigió a su mujer y a su hijo.

Grisalda se adelantó a la respuesta de Marga y contestó:

—No, cuñado. No se han estropeado. Vas a ver enseguida lo que ha pasado —con un movimiento rápido de cabeza indicó a Álex lo que tenía que hacer.

—Tío, me tienes que dar tu móvil.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Os habéis vuelto locas? Marga, ¿qué está pasando aquí?

Marga trató de resumir la historia a su marido.

—¿Y cuánto tiempo lleváis así, secuestradas?

—No están secuestradas, Vicente. Estamos todas esperando —Grisalda trató de justificarse—. Ahora, por favor, dale el móvil a Álex.

Para Vicente estaba claro que Grisalda se había trastornado. La miró a los ojos y no la reconoció. Álex aprovechó su aturdimiento para quitarle el móvil, tal y como marcaba el protocolo recién inaugurado, pero el tío Vicente reaccionó en un rápido movimiento y, de un salto, se colocó a un metro de la puerta, protegiendo el codiciado trofeo.

—¡No pienso darte mi teléfono, cuñada! ¡Además, voy a llamar ahora mismo a la policía!

La tensión en el ambiente podía cortarse. Los invitados no dejaban de mover sus cabezas haciendo saltar la mirada de Grisalda a Vicente, y de este a la anciana. El chasquido no se hizo esperar y las mujeres, que ya conocían de dónde venía, corrieron despavoridas a esconderse debajo de las sillas, detrás del sofá y hasta en el hueco que había entre los dos armarios.

La voz de Grisalda sonó grave, más grave que sus palabras, y sus ojos volvieron a cubrirse de fuego:

—No dudaré en disparar, no es la primera vez que lo hago esta noche, Vicente. Si quieres que tu mujer no sufra ningún daño, entrégale el móvil a Álex.

Grisalda había cogido a Marga por el cuello, aprovechando que Vicente había reculado tratando de alejarse. Marga temblaba y lloraba, todo al mismo tiempo. La escopeta se apoyaba en su sien, estaba fría y notaba el pulso inseguro de Grisalda al final del cañón. Trató de no moverse y decidió cerrar los ojos, apretarlos fuerte, no quería pensar en cómo podía terminar la escena. Se imaginaba toda suerte de posibilidades, a cada cual más desastrosa. La primera instantánea que se materializó en su imaginación, como si se tratara de la portada del diario del día siguiente, fue la de su cara partida por la mitad como consecuencia del disparo. Para ella todas las armas producían el mismo efecto que en las películas, no se planteaba si aquella escopeta en particular proyectaba perdigones o tapones de corcho. Rápidamente desechaba la horrible imagen y en su lugar aparecía Salvador muerto, porque en el último momento ella se había movido y el disparo

había ido a parar a su único hijo.

—Nadie saldrá herido si hacéis lo que os digo —las palabras de Grisalda sonaban a tópico, pero las decía desde la más profunda sinceridad.

Marga temblaba y lloraba, y la escopeta seguía junto a su sien. Vicente hundió los hombros y se resignó. Entregó el teléfono a su sobrina y se sentó junto a las demás, abrazó a su mujer y le dio un pañuelo para que se secara las lágrimas.

—Necesito que os tranquilicéis. Yo estoy muy serena, lo juro. Solo quiero lo que me corresponde, lo que es mío. No voy a tomar represalias contra nadie, palabra. Las normas son claras: entregar el teléfono a Álex y nada de huir. No es tan difícil.

—Por favor, cuñada —Marga empezaba a recuperar el aliento y no desistía en su intento por convencer a Grisalda— que te lo tengo dicho, que con la memoria pasa como con la agilidad, cuando nos hacemos mayores la vamos perdiendo, te lo digo yo —aprovechó su intervención para soltarse del abrazo de Vicente, como si le molestara.

—Claro, tía. ¿Por qué no hacemos una búsqueda exhaustiva por la casa? Seguro que aparece en algún sitio. A ver, ¿cuándo fue la última vez que lo viste?

Grisalda no hablaba. Se había sentado para reposar el temblor de las piernas que le había entrado tras el forcejeo con su cuñado. Tenía la cabeza agachada mirándose el regazo, donde descansaban ahora sus manos y la escopeta. Por su aspecto, parecía que se había serenado, incluso la mayoría había creído sus palabras. Aprovechando la aparente sensación de calma, una a una fueron dando su opinión sobre cómo encontrar el boleto.

—¿Por qué no hacemos rondas de búsqueda? Yo una vez en la cárcel pensaba que me habían robado el paquete de tampones del economato y al final resultó que lo había escondido yo misma para que «la rusa» no me los quitara, que tenía mucha costumbre.

—Yo una vez perdí mi vestido favorito, y estuve culpando a mi hermana una semana entera, persiguiéndola y amenazándola hasta que descubrimos que la vecina nos lo había cogido de la cuerda de la terraza donde tendíamos —Cristina, la amiga de Salva, tenía un tono de voz agudo, casi estridente.

—Pues yo una vez estudiando no encontraba el lápiz y me pasé buscándolo un cuarto de hora. Cuando fui a quejarme en voz alta, algo me molestó entre los dientes, me di cuenta de que lo había llevado en la boca todo el tiempo —Laura habló con la mejor intención, solo pretendía suavizar la presión del momento.

—Claro, señora, déjenos ayudarla —la última en hablar fue Sandra.

Lo que no podían imaginarse es que Grisalda alcanzó en este momento su punto máximo y, como si fuera un ogro, alto y poderoso, irguió su cuerpo, y con la escopeta de nuevo en la mano, emitió un quejido desgarrador.

—¡¡¡Yooo nooo estooy loocaaaaaaa!!! —las paredes de la casa no pudieron amortiguar tan poderoso grito. El ruido rebotó y les golpeó en los oídos, en las caras y en las cajas torácicas. Como un *dong* chino, que resuena tan hondo que es imposible no tragarse y masticar el sonido, los allí presentes engulleron aquellas sílabas, las notaron bajar por el esófago y las depositaron en el estómago, esperando a ser digeridas.

Grisalda contempló sus rostros, sus miradas, y lejos de sentir compasión o pena, alargó los brazos apuntando con la escopeta hacia la lámpara de lágrimas de cristal que contemplaba impávida la mesa desde el techo. Los demás se taparon la cara, esperando la previsible lluvia sonora que caería como el granizo sobre sus cabezas. Desearon que la tensión acabara, que de una vez apretara el gatillo e hiciera añicos las luces, los cientos de vidrios monocromos que dejaban de serlo cuando la blanca luminosidad de las bombillas los atravesaba.

Pero Grisalda no disparó, no al menos el arma. Porque liberó algo más potente que un perdigón o una bala, disparó palabras.

Decenas, cientos de palabras que habían permanecido escondidas, apesadas durante años. Víctimas reales de la represión política y social del mundo, de su mundo, de su gente y de su tiempo.

Grisalda habló:

—¡No estoy loca y vosotros no tenéis ni idea! ¡No sabéis por lo que he tenido que pasar durante toda mi vida! Tu hermano, Marga, que no era un mal hombre, pero era eso, un hombre, quiso tener hijos toda su vida, su corta vida. ¿Y tú sabes lo que un hombre y una mujer tienen que hacer para tener hijos, verdad, Marga? ¿Tienes alguna idea de lo que se siente cuando un hombre al que no deseas ni lo más mínimo te penetra, Marga? ¿Puedes contestar a eso, cuñada? ¿Alguien en esta sala lo sabe? Porque si es así, me gustaría escucharlo. Desearía que alguien pudiera compartir conmigo su experiencia. Me encantaría oír a otras mujeres que, como yo, han amado solo a mujeres y se han tenido que acostar con hombres toda su vida. ¡Han tenido que prostituir su cuerpo y su alma por el qué dirán y por las costumbres! ¡Las malditas costumbres! ¿Alguien sabe lo que se siente? ¿¡Eh!? —durante unos segundos Grisalda interrumpió su intervención para tomar aire.

—¿Madre, estás delirando o qué? —Pilar aprovechó la respiración de Grisalda para hablar. Había recuperado los niveles de alcohol previos a los postres—. ¿A qué santo viene todo este sermón?

—Viene a que he luchado durante toda mi vida para ser feliz, hija, a pesar de tener que hacer muchas cosas que me hacían sufrir. He olvidado el amor y el deseo. He deseado olvidarlo —en este punto, Grisalda volvió a dirigirse a las invitadas—. Me he pasado la vida cuidando a los demás, a mi madre, a mi padre, a mis hermanas, a mi marido, a mi hija y a mi nieta. A todo el mundo. He salido adelante porque nunca he dejado de luchar, de trabajar, y siempre sin saltarme las normas. Porque no quería acabar en la cárcel o en un manicomio, donde me habrían socarrado los sesos.

Agachó la mirada, como si buscara algo en el suelo. Después siguió.

—He mentido, he robado comida, tuve que olvidar el amor, a mi querida Esperanza, que en paz descansa —Grisalda tragó saliva en este momento, en un intento por serenar sus palabras tras el recuerdo de su amante de juventud—. Me he escondido tanto que he llegado a olvidar quién soy en realidad. Pero ya no voy a aguantar más, y no estoy loca.

Las caras de las mujeres y los hombres que observaban la escena estaban desencajadas, trataban de asimilar lo más rápido posible toda la información que la anciana les estaba dando.

—Ayer me tocó la lotería. Salieron premiados los números a los que llevo jugando muchos años y lo voy a disfrutar. Quería compartir el premio con otras mujeres que me han querido como

soy, que me han ayudado cuando lo he necesitado. En tu caso es distinto, Sandra, tú estás aquí porque pensaba que eras la novia de Álex, aunque menudo desengaño me he llevado contigo.

Sandra frunció el gesto como una niña pequeña. Apartó su mirada de la anciana, en un esfuerzo por aparentar sentirse ofendida por aquel comentario. Después murmuró, como había estado haciendo durante gran parte de la noche.

—¡Qué sabrás de mí!

—Lo que sabe es lo que nos enseñas, Sandra —Álex no pudo reprimir su respuesta porque no pudo evitar escuchar el comentario de Sandra. Con aquella situación revivió los días posteriores a la ruptura. Solo duró un instante, y fue el último, aunque ella todavía no lo sabía. El último aliento de la sombra del abandono le sopló en la cara de cerca, tan cerca que se ahogó por un segundo, un segundo sin oxígeno. Después inhaló fuerte, cargándose los pulmones como si nadara los últimos metros en una piscina olímpica, y continuó diciéndole a Sandra.

—Porque lo que enseñas es lo que los demás ven, Sandra. Y tú te has empeñado en mostrar a alguien... ¿cómo lo llamas tú?, ¡ah, sí!, alguien normal. Por eso te empeñaste en dejarte ver con aquel chico, el moreno de mucho músculo en el brazo y poco seso en la cabeza. Te portaste como una verdadera hija de puta, Sandra. Por fin lo he dicho. Lo que no entiendo es por qué has venido hoy aquí, no lo entiendo. Parece que no tengas dos dedos de frente.

La pelota estaba ahora sobre el tejado de Sandra, y el público aguardaba el siguiente movimiento. Laura, por su parte, respiraba rápido, resultaba incómodo sentirse obligada a contemplar aquel espectáculo. Era evidente que aquellas dos no habían hablado después de la ruptura. Quizá no habían discutido lo suficiente.

—No tenéis ni idea. Ninguna tenéis la más mínima idea —Sandra habló, sin dejar de mirar por la ventana, huyendo de la tácita e inquisidora acusación de las demás. Como si le importara más lo que ellas pensarán que lo que la misma Álex le acababa de decir—. No podéis entender lo que significa tratar de ser aceptada todo el tiempo. Ni os imagináis la pesadilla que supone pensar que, hagas lo que hagas, tu madre nunca te querrá como debería —en este momento Pilar dio un trago a la botella. Se le escurrió en el último momento, justo cuando la devolvía al sitio. Golpeó tan fuerte la mesa que hasta Sandra apartó su vista de la cortina.

—Oye, guapa —para Marga era imposible disimular durante más tiempo el odio que le despertaba aquella chica—, no deberías hablar así de tu madre. Las madres hacen lo que pueden. Son personas como todo el mundo, y la tuya no está aquí para defenderse, así que guárdate tus palabras ¡Bastante disgusto tendrá ella sabiendo que eres lesbiana!

—Me parece que tú deberías callarte, mamá. ¿O tengo que recordarte el espectáculo que has montado hace un rato aquí? A papá le interesaría mucho escucharlo —Salva había decidido, aunque todavía no era consciente, que nunca más discutiría con su madre, pero que, a partir de ese momento no se callaría las cosas importantes como aquella.

Marga agachó la cabeza, no sin antes lanzar una desafiante mirada a su hijo. Vicente no hablaba, pero su gesto era fácil de interpretar. «Luego hablaremos», eso pensaba.

—Deje de meterse conmigo, señora. No ha dejado de hacerlo desde que ha llegado. Y no solo conmigo —Sandra miró a Pilaren este momento, que seguía la discusión tan atenta como su estado le permitía—. Se diría que su vida es demasiado aburrida y solo se entretiene metiéndose con los demás.

Marga sacó pecho antes de contestar, pero de reojo analizó el rostro de su hijo. Se planteó, por primera vez en su vida, si él tendría razón. Si no debería hablar menos y escuchar un poco más. Pensó que, quizá, de todo se aprende y, a lo mejor, durante la cena había aprendido algunas cosas. No podía sacarse de la cabeza las palabras de su cuñada. Jamás habría pensado que también ella era una de esas, ¿cómo decía el cura? Desviadas, eso es. Entonces, en lugar de replicar a Sandra, volvió su rostro hacia Grisalda, allí de pie, escopeta en mano. Una cálida oleada le recorrió el cuerpo, acompañada por el profundo cariño que sentía hacia ella. Recordó todos los momentos que habían vivido juntas, las discusiones sobre cualquier tema, su miedo a que matara a su hermano cuando se casaron. Recordó, como en un ligero rumor, las acusaciones que la niñera hacía sobre su cuñada: «Dicen que se entiende con mujeres». Y entonces volvía a su mente la maldita palabra lesbiana. ¿Cómo podía ser lesbiana Grisalda? Como la pelandusca aquella, Sandra, y la propia Álex. Casi lo olvidaba, hasta la misma Álex era así, desviada. ¡Qué familia! Pero en lugar de hablar, por vez primera, calló.

—Mira, chiquilla, no conozco a tu madre, ni siquiera sé si me gustaría conocerla, pero te aseguro que lo que sí me gustaría es poder hablar con la mía —intervino Grisalda—. Haber tenido más tiempo para estar con ella. Haber tenido la oportunidad de explicarle cómo me siento, haberle podido decir que Esperanza, la única persona a la que he amado, fue eso, mi primer y único amor. Haber tenido la oportunidad de hablar con los padres de Esperanza y hacerles ver que nos queríamos, que no hacíamos daño a nadie. Haber podido sacarla de aquel manicomio, donde la volvieron loca, pero loca de verdad, a base de electrochoques, de abrasarle el cerebro y las entrañas. Me gustaría poder cambiar el pasado, pero eso no es posible, el tiempo es el que es y la historia es lo que tiene, que es historia. Por eso ahora no voy a consentir que nadie me quite este sueño. Y nadie tiene derecho, ¿me escucháis?! Nadie, a llamarme loca —miró uno a uno a los presentes—. ¡Aquí había un boleto de la primitiva premiado y alguien me lo ha robado esta noche!

Tras las palabras de Grisalda el público enmudeció. Algunas agacharon la cabeza, otras se limpiaron las lágrimas. Nadie se atrevió a decir nada. Entonces sonó el timbre otra vez.

—¿Esperamos a alguien?! —exclamó Grisalda; exhausta.

Todas negaron con la cabeza. Volvió a sonar, esta vez más rato. Mucho rato. Timbrazos intermitentes como los latidos de un corazón. El tiempo entre timbre y timbre se iba reduciendo hasta que solo se escuchó un pitido continuado, como las máquinas que miden las constantes en los hospitales.

—¿Qué hacemos? —esa era Álex.

—Espera, terminarán por marcharse. Es tarde, seguro que serán niños jugando —Grisalda le contestó tratando de controlar sus nervios.

El timbre seguía sonando ininterrumpidamente. Si no dejaban de presionar, terminarían por

quemarlo.

—¡Tendrás que abrir al final, digo yo! —Pilar parecía sobria, ahora. Su capacidad de recuperación era asombrosa.

El pitido empezaba a hacerse insoportable y la inquietud se contagiaba entre los habitantes de la sala.

—Tía, tendrás que abrir —Salvador se había sentado de nuevo junto a Cristina, su nueva amiga, que parecía estar más calmada que al principio.

—Álex, con cuidado, mira por la ventana —Grisalda levantó el arma, sin tener muy claro por qué lo hacía.

Su nieta se movió despacio, como un felino, sorteando las sillas y la mesita de centro. Se acercó a la ventana y, con sigilo, se coló por el hueco que había entre la cortina y el muro. La horrorosa y aguda llamada seguía aturdiendo los oídos y ya estaba dejando sorda a más de una.

—Por el amor de Dios, Álex, abre ya. ¡Da igual quien sea! ¡Ya no lo puedo aguantar!

—Calla, Pilar, o no respondo —susurró Grisalda en un grito reprimido, apretando las muelas.

Pilar se tapó las orejas con las manos y maldijo a su madre y a la escopeta, solo con la mirada.

—Son dos policías, yaya. ¿Qué hacemos?

—¿Cómo que dos policías? ¡Cuñada, abre ya, por favor! —Marga se santiguaba con una mano y se abanicaba con la otra.

Tras unos segundos de tensa espera que se hicieron eternos, Grisalda se pronunció.

—Abre la puerta, Álex. ¡Y que nadie se mueva! —parecía tan familiarizada a estas alturas con la escopeta que se hubiera dicho que estaba harta de utilizarla a diario.

Álex bajó apresurada las escaleras y abrió la puerta. Una mujer y un hombre esperaban de pie, en la calle.

—Buenas noches, ¿eres tu la propietaria de la casa? —Álex conocía a la perfección aquellos uniformes. Los antecedentes de su madre habían propiciado que durante su infancia tuviese varias experiencias directas con la policía.

—No, es mi abuela.

—¿Acaso no funciona el timbre? Llevamos algunos minutos tocando sin parar.

—Sí, bueno, ha empezado a fallar esta semana, tengo que arreglarlo.

—¿Nos puedes decir tu nombre completo, señorita?

—Me llamo Álex Martínez Canet.

—¿Álex?, mi sobrino se llama igual —el policía varón sonrió ante la impasible mirada de Álex, que estaba harta de comentarios como aquel.

—Viene de Alejandra —dijo a modo de respuesta, como si tuviera que justificarse por existir.

—Ya, imaginamos —la que intervino ahora fue la mujer—. Disculpe las horas de nuestra visita, pero hemos recibido un par de llamadas de algunos vecinos diciéndonos que han escuchado gritos y mucho jaleo. ¿Hay alguien más en la casa o estás sola? Necesitamos subir.

No la dejaron contestar. Entraron sin más y se encaminaron hacia el piso de arriba.

Cuando llegaron todo estaba en su sitio y la escopeta había desaparecido.

—Buenas noches —dijo la mujer agente.

—Buenas noches —contestaron todas, casi al unísono.

—Nos han llamado un par de vecinos quejándose de alboroto —intervino su compañero varón.

—Hombre, señor agente, hemos hecho el ruido normal en estos casos. Estamos de celebración —dijo Grisalda.

Las demás guardaban silencio. Parecía un juicio.

—Y ustedes, ¿no tienen nada que decir? ¿Por qué no hablan? —preguntaba ahora la mujer.

Unas levantaban los hombros, otras enarcaban las cejas, pero nadie se atrevía a decir ni una palabra.

—No me parece a mí ver mucha celebración aquí, la verdad —advirtió la agente Ramírez.

—¿Qué es esa marca del techo? —preguntó el policía— Parece un proyectil, ¿qué opinas Ramírez? —esperaba la respuesta de su compañera.

La mujer se acercó, cogió una silla y se subió. Alargó el brazo para tocar el orificio del techo y confirmó la teoría.

—Efectivamente, Sánchez. Es un orificio de perdigón. Y no parece muy antiguo. Mira, el corte sobre la escayola es limpio y no hay muestras de erosión en los bordes producidas por el tiempo. Me temo que alguien no está contándonos la verdad.

Desde su posición elevada, la agente Ramírez pudo observar la alacena de las copas que estaba situada al lado de la mesa. Las del cava ocupaban el primer estante; las de coñac, el segundo; el tercero, las de vino, y el último estaba lleno de tazas. Era un mueble clásico de madera laxada en blanco. Unas puertas acristaladas lo cerraban, y alguien había depositado una escopeta de perdigones en el hueco que quedaba entre el armario y el techo. La agente Ramírez la cogió con cuidado y se la mostró a su compañero.

—¿Qué opinas, Sánchez?

—Opino que estas personas tienen mucho que contar, así que todo el mundo a la comisaría.

—¡Un momento! —Intervino Grisalda—. El arma es mía, y si la he disparado ha sido porque alguien me ha robado un boleto de la primitiva premiado de anoche. No he querido hacer daño a nadie bajo ningún concepto, lo juro. De hecho, todos los aquí presentes pueden confirmar mis palabras.

—¿De lotería, dice? ¿Le salió mucho dinero, señora? —dijo sorprendida Ramírez, que no se acababa de creer la historia.

—Cien millones. Había bote.

—¡Guau! —todas se sorprendieron al escuchar la cantidad.

—¿Y dice que se lo han robado? ¿Cuándo?

—Esta noche, aquí. Esta cena era, como les he dicho, una cena de celebración, donde les iba a dar la noticia a todas estas personas, bueno, a casi todas, porque se ha ido añadiendo gente a la fiesta desde hace un rato.

—En ese caso tenemos que llamar a la Guardia Civil. No solo estamos ante un robo, sino que el ladrón parece estar en esta sala. Señoras y señores, nos vamos todos al cuartelillo.

LA MERIENDA



La claridad entraba por la ventana. Por un instante el corazón le dio un vuelco, pensó que el despertador no le había sonado. Entonces recordó que era sábado. Se tumbó boca arriba y aprovechó para rozar sus labios con los dedos. Aún sentía el beso de Álex en su boca.

Laura se levantó, se duchó y se fue a la cocina. Sus padres habían salido a primera hora. Habían entrado en la habitación para decirle que se iban a comprar.

Mientras desayunaba, visualizaba los acontecimientos de la noche anterior, la cena, Sandra, la transformación de Grisalda, su desmayo, el beso de Álex, la policía y el cuartelillo. Era como una película, le parecía irreal y cómico a la vez. Enseguida se sintió culpable por pensar así, no había sido cómico, en realidad. La pobre Grisalda seguía sin su resguardo, a pesar de los interrogatorios de los guardias y las horas que pasaron retenidas.

Por fortuna, cada una de las personas interrogadas habló bien de la anciana. Nadie quiso denunciarla por secuestro ni amenaza. Los agentes no terminaban de entender muy bien aquella actitud generalizada, pero tampoco insistieron mucho al respecto. Además, así, fuera de contexto, no parecía una mujer peligrosa. De esta forma, a medida que iban testificando y explicando los sucesos vividos durante la noche, se fueron marchando a sus casas. En la sala de espera, mientras tanto, Grisalda aguardaba su turno, vigilada de cerca por uno de los uniformados. Cuando le tocó entrar procedió a la denuncia del robo. Aprovechó para enumerar a todas las posibles sospechosas y cuando terminó, la dejaron en libertad sin cargos.

A Laura le indignaba pensar que alguien hubiera podido robar a la anciana. Se preguntaba si Grisalda habría dormido, tenía ganas de verla y comprobar que estaba bien. Para Laura estuvo claro en todo momento que la anciana no quería hacer daño a nadie, era un ángel ocupando un cuerpo humano. Sin embargo, no podía engañarse a sí misma, cuando la vio aparecer la primera vez con la escopeta creyó que se había trastornado de manera irreversible. Afortunadamente no fue así.

Tras el primer sorbo de café escuchó el pitido de un mensaje en su móvil. Apartó la magdalena de chocolate y lo leyó. No tenía grabado el número, pero en cuanto vio las palabras supo de quién se trataba:

«¿Nos vemos esta tarde? Voy a comprar milhojas. Creo recordar que te gustaron».

Álex le había pedido el teléfono cuando estaban en el cuartel esperando a ser interrogadas. Cada vez que el guardia entraba en la sala para decir, «*el siguiente*», ninguna de las dos se movía. Fueron pasando todos los demás mientras ellas deseaban alargar al máximo la noche. A pesar de los sobresaltos de la velada, para Laura fue mágica. Empezó a conocer a Álex y le gustó mucho lo que vio.

Tenía un montón de trabajo pendiente, pero antes de volver a su habitación dispuesta a teclear frente al ordenador como una loca, contestó al mensaje:

«Me encantará volver a probar los pasteles. A las cinco estaré allí».

Nunca hubiera imaginado que besar a alguien pudiera hacer sentir tantas cosas a una persona. Lo sentía todavía en la piel, el beso, en todo el cuerpo. Como si una enorme caricia envolviera cada rincón, cada hueco. Los besos antiguos no valían nada ahora, habían sido besos vacíos, superficiales. Laura podía revivir cada instante junto a Álex, ¿se estaría enamorando? No se extrañaba de que el objeto de deseo fuera una chica, en su caso lo raro era el hecho en sí, la atracción. Hacía años que había renunciado a las relaciones, a los noviazgos, a los besos. Se veía como un bicho raro, rodeada siempre de testosterona y estrógeno allá donde iba, escuela, instituto, bares, locales... Nada que ver con ella.

Para Laura, la vida se limitaba a sus clases, los libros y sus dos visitas semanales de rigor, una a Grisalda y la otra al cine. Todo lo demás, lo que otras personas hicieran, no tenía mucho sentido para ella.

Por eso ahora, con el peso de la mirada de Álex todavía reciente, una cantidad desbordante de sensaciones la abrumaban. Todavía no podía comprender su propia actitud, su valentía para dar el paso, o recibirlo, según se mire. Las dudas ocupaban su mente mientras intentaba concentrarse en el texto que la observaba desde la pantalla. Quizá esto que me pasa con Álex es normal, eso pensaba Laura. Siempre había escuchado cosas sobre el amor, la fuerza de la atracción, el deseo o el sexo. Intentaba tranquilizar sus emociones hablando consigo misma, esforzándose por relativizar la marea de sentimientos que la anegaban. No consiguió su objetivo y, aunque se concentró como nunca en el trabajo, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no dejar volar su imaginación hacia escenas maravillosas donde, irremediabilmente, Álex estaba presente.

Las horas fueron pasando en esa lucha por controlar las pulsaciones. A las cuatro de la tarde guardó los cambios en el trabajo y buscó la ropa para salir. Pensó que mejor utilizaría ropa cómoda y ancha, sin botones ni cremalleras, no quería volver a perder el conocimiento.

Cuando llegó a casa de Grisalda y tocó al timbre no pudo evitar recordar las llamadas a ese mismo timbre la noche anterior. Esta vez no estaría Sandra, no habría nadie interrumpiendo cada momento íntimo que pudiera tener con Álex. Le vinieron a la cabeza las palabras de su profesora de *ballet*: «Lucha por lo que realmente quieres. Cuando lo encuentres, sabrás lo que tienes que hacer».

La voz de Grisalda sonó metálica al otro lado.

—Soy yo, Laura —contestó.

La puerta se abrió y los ladridos de Duca no se hicieron esperar.

—¡Perra escandalosa! ¡Cállate ya! —gritaba Pilar desde el piso de abajo. Laura subió la escalera, y Duca fue calmándose a medida que escuchaba sus pasos aproximándose. Cuando llegó no vio a Álex por ningún sitio, Grisalda estaba sentada en una silla de la cocina, parecía estar esperándola.

—Buenas tardes, Grisalda. ¿Cómo estás? ¿No está Álex?

—¿Álex?

—Sí, tu nieta Álex —Laura no pudo evitar mostrar una sospecha en su frase. Pensó que quizá, por el *shock*, la anciana había perdido la memoria. Deseaba con todas sus fuerzas que Álex apareciera lo más pronto posible. Miró a derecha e izquierda en un gesto automático, pero no encontró ni rastro de ella. Frenó sus pasos e hizo mención de coger su móvil para llamarla.

—Sé quién es Álex, ¡caramba! No me trates tú también como si me hubiera vuelto majara. Con los policías de anoche tuve más que suficiente. Estaba tratando de recordar dónde me había dicho que se iba. ¡Ah, sí! Estará al caer, porque hace como media hora que salió.

El alivio fue inmediato. Laura cruzó el umbral de la cocina y se sentó frente a Grisalda.

—¿Se sabe algo del ladrón? —le preguntó.

—Nada. La guardia civil aseguró que tanto dinero no se puede esconder por mucho tiempo. Dicen que en cuanto alguien vaya a cobrarlo lo pillarán. No encontraron pruebas suficientes en ninguna de las declaraciones. Pero ahora ya están puestas todas las denuncias para que la organización esté al corriente, así que solo queda esperar —la anciana guardó silencio, como valorando lo siguiente que iba a decir—. Por más que lo intento no consigo entenderlo, ¿cómo es posible que no descubrieran al ladrón? Si casi me hacen confesar a mí misma. ¡Santo cielo!, qué insistentes, los guardias.

—Bueno, entonces no hay de qué preocuparse. Aparecerá más tarde o más temprano.

—No sé, chiquilla. Inventan tantas cosas hoy en día para no ir a la cárcel que no sé yo. Si hasta pueden sacar el dinero sin que los pillen y todo eso, yo ya no me fío de nada.

En ese momento a Laura le pareció escuchar el sonido de unas llaves en la cerradura.

—Ya está ahí Álex —dijo Grisalda, visiblemente contenta.

A Laura se le aceleró el pulso y temió no poder controlarlo. El simple hecho de imaginarla subiendo por las escaleras le alteraba las pulsaciones y todas las inseguridades enquistadas por los años volvían a aparecer: «¿Y si ha pensado que ya no le gusto? ¿Y si se arrepiente del beso que nos dimos? ¿Y si...?», pensaba. Entonces recordó que había sido Álex quien había contactado con ella y se tranquilizó.

—¡Buenas! —saludó al entrar por la puerta. Cargaba un paquete envuelto con papel brillante. Miró a Laura y preguntó—. ¿Llevas mucho rato esperando?

—No, qué va. Acaba de llegar. Y no me la asustes que ya ha venido bastante nerviosa, se pensaba que me había dado algo raro y que no me acordaba de ti, imagina...

Laura sonrió, observó atentamente a Álex y le contestó.

—No te preocupes, hace un par de minutos que he llegado.

Álex pudo ver por el rabillo del ojo cómo Grisalda suspiraba al tiempo que se levantaba.

—Bueno, pues una que se va a hacer faena. Os dejo, chicas.

—Pero, ¿no vas a merendar con nosotras, Grisalda? —le preguntó Laura—. Gracias, pero no. A partir de hoy voy a tomarme en serio lo del azúcar, no más dulces. Últimamente he estado abusando de los pasteles y no me sientan bien, a veces creo que hasta se me va la cabeza un poco, fíjate —al marcharse acarició el hombro de Álex y le dio un beso en la cabeza.

—Vale, yaya, como quieras. Nosotras vamos a subir a la terraza, aprovechando que ahora hay sombra.

—Lo que queráis, la casa es vuestra, ya lo sabes.

Cuando salió de la cocina, Álex se acercó a Laura y le preguntó casi al oído.

—¿Cómo estás? ¿Ha ido bien tu día de duro trabajo?

Laura sonrió y le respondió.

—No ha estado mal. He adelantado mucho —no creyó conveniente contarle todos los detalles.

—Me alegro —Álex le regaló su fantástica sonrisa y siguió hablando—. ¿Has descansado esta noche?

—Sí, mucho. Hacía tiempo que no descansaba tanto. ¿Y tú?

—Yo también, aunque me costó un poco coger el sueño, la verdad.

—¿Y eso? —Laura se sorprendió al encontrar a Álex ligeramente turbada.

—No sé, supongo que demasiadas emociones juntas, las de anoche.

Cuando quiso darse cuenta, Laura estaba a menos de un palmo de Álex, casi podía escuchar las palpitaciones de su corazón. Solo fue consciente de su proximidad cuando notó que algo duro se interponía entre ambas. Sus labios ya rozaban los de Álex y estaba empezando a tragarse su aliento. Un movimiento brusco la devolvió a la realidad sin ser consciente de lo que pasaba.

—Lo siento —dijo Álex.

Instintivamente, Laura dio un paso atrás. Entonces entendió que el paquete envuelto en

papel brillante eran los pasteles. Álex tuvo que hacer malabares para que no se le cayeran.

—Mi abuela siempre dice que en vez de manos tengo pies —sonreía mientras dejaba el paquete en la mesa y un rubor ocupaba su rostro.

Laura sonrió también. Aprovechó que Álex no tenía nada en las manos para volver a acercarse a ella, esta vez fue un movimiento consciente, voluntario. Como no terminaba de creer que aquellas emociones fueran realmente suyas, necesitó contemplar de cerca el objeto responsable de su turbación. Acarició la cara de Álex y analizó cada facción, cada expresión, cada lunar. Sintió cómo sus movimientos se repetían sobre sí misma. Cada caricia ejercida le venía devuelta. Dibujó con sus dedos los pómulos de Álex, su barbilla, sus ojos. Sintió aquella piel bajo sus yemas, grabó sus huellas sobre la nariz, las orejas y las cejas de Álex, quien imitó sus movimientos. Se tocaban como lo harían dos invidentes: mirando con las manos. Trazando pequeños círculos de amor, moldeando cada curva para recordarla cada vez que hablaran sin poder mirarse a los ojos. Todavía no había dado por finalizado el reconocimiento facial cuando, dando un traspié, apareció Grisalda por la puerta de la cocina. Percibió pronto la interrupción y trató de disculparse:

—Perdón, estaba buscando las pinzas de la ropa. ¿Recuerdas haberlas visto, Álex?

—No, yaya —contestó Álex.

—Vale, seguiré buscando. Me marchó.

Cuando se quedaron solas de nuevo, Álex sorprendió a Laura contemplando sus propias manos, como si tratara de entender lo que había encontrado en el recorrido por su cara. Como si buscara algo que había perdido en su epidermis y quisiera recuperarlo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Tardó en contestar, la voz no salía por su garganta, se había quedado escondida dentro, muy dentro del cuerpo, cerca del estómago. Le costó sacarla, porque la emoción la mantenía en el fondo, protegiéndola de sus propias palabras.

—Creo que estoy mejor que nunca —consiguió decir al fin Laura, sintiéndose con la certeza de quien conoce una verdad absoluta. De quien acaba de descubrir un misterio que nadie ha conseguido desentrañar.

No supo cómo pasó, pero Álex pudo entender aquellas emociones, quizá porque eran tan parecidas a las suyas que se hubiera podido decir que no venían de dos personas distintas. Todavía con la vibración en sus dedos, Álex acercó sus manos hasta los hombros de Laura. La atrajo hacia sí y la besó despacio, con mucho cuidado, procurando no deshacer el momento, el mágico instante. Pensaba que sería irrepetible porque aún no sabía que habría muchos más momentos como aquel.

—Si quieres, puedes ayudarme con esto y subimos a la terraza —tras el beso, Álex sintió más calmada a Laura y le ofreció cargar con la decorada bandeja de pasteles.

Álex había preparado las tazas y el té en un cesto de mimbre, como para ir de pícnic a la montaña. Laura se sintió como una niña pequeña, preparada para salir de excursión el primer día de vacaciones de Pascua.

Cuando llegaron al último escalón y salieron por la puerta al aire libre, Laura pensó que la descripción de Álex se había quedado corta: la terraza era mucho más bonita de lo que se había

imaginado. Se veían cuerdas de alambre que, con toda seguridad, se utilizaban para tender la ropa. Una parte estaba cubierta por un toldo color marrón sujeto por cuatro sólidos postes. Bajo el sombraje había dos pequeños sillones de madera de jardín cubiertos con cojines blancos y esponjosos. Frente a los sillones, una mesa baja para colocar la merienda. Pero, sin duda, lo que atrajo todos los deseos de Laura fue un camastro donde descansaba un mullido colchón, en la parte más resguardada de la zona. Se sorprendió fantaseando sobre lo que podría hacer con Álex en aquella cama. Pronto se sacudió la imagen que se había formado en su mente, pero no pudo controlar la calidez que le recorrió el cuero cabelludo.

El entoldado estaba rodeado por una valla de madera a modo de celosía. Impedía las miradas curiosas de vecinas escasas de emociones convidas vacías. Para conseguir una mayor protección, Álex había plantado unas enredaderas de buganvilla y jazmín por todo el perímetro. La decoración consistía en plantas aromáticas y velas de distintos colores y formas. Desde luego, nunca hubiera dicho que aquel hermoso rincón pudiera estar en la terraza de una casa antigua como aquella.

—¿Te gusta? —le preguntó Álex, que llevaba un rato esperando escuchar su opinión.

—¿Que si me gusta? ¡Me encanta! ¡Es precioso, Álex!

Álex sonrió al escuchar la respuesta. Había estado toda la mañana terminando de decorarla con la idea de subir con Laura.

Prepararon la mesa y se sentaron cada una en un sillón. Dieron buena cuenta de los pasteles entre risas y comentarios sobre la noche anterior.

—Me ha dicho tu abuela que no hubo pruebas concluyentes en ninguno de los interrogatorios.

—Así es. Alguien está mintiendo muy bien.

—¿Se os hizo muy tarde? Cuando me fui solo quedabais vosotras y Marga por declarar, y eran casi las tres de la mañana.

—Nosotras llegamos a casa sobre las cinco —respondió Álex—. Porque después de declarar, mi abuela no paraba de plantear a los guardias hipótesis sobre la forma de cobrar el dinero: que si se puede cobrar en Suiza, que si el vendedor del establecimiento de lotería puede estar compinchado con el ladrón, que si la organización estará metida en el asunto para sacar tajada, en fin, media hora más perdida.

Laura rio al imaginarse la escena.

—Pero cuando salimos de la habitación del interrogatorio no te vas a creer quién estaba allí esperándonos —Laura pensó en Sandra y se tensó—. ¡Mi tía Marga!

—¿Y qué hacía allí? —le preguntó a Álex, más aliviada que intrigada.

—Pues resulta que no quería irse a casa. Nos confesó que después del secreto que nos había contado en la cena sobre el amante se sentía muy culpable y no sabía adonde ir. Siguió contándonos, sin que le preguntáramos, todos los detalles de su aventura, y parece que van en serio. Hasta nos dijo quién era.

—¿Y lo conocéis?

—Claro, y tú también. Lo habrás visto mil veces, seguro.

—¿Cómo?, ¿es del pueblo?

—Sí —el gesto de Álex le pedía sin hablar que adivinase de quién se trataba.

—¿Puedes darme una pista, al menos?

Álex rio a carcajadas, alegrándose de la complicidad que parecía tener con Laura.

—Está bien, te lo digo, es Pascual.

—¿Qué Pascual? Yo no conozco a ningún Pascual.

—Vale, a lo mejor lo conoces como «el lotero».

Laura trató de reprimir la exclamación de sorpresa.

—¡Madre mía! ¡Qué fuerte! No me irás a contar ahora que fue el mismo que le vendió la primitiva a tu abuela.

—¡Claro! Si lleva quince años comprándole todos los jueves. Imagina. Marga se confesó para librarse de la culpa. Nos dijo:

«A lo mejor pensáis que he sido yo, que me he aliado con el Pascual. Y no es así. Que yo no tenía ni idea de que te había salido el premio. Y mira que hablé con él el jueves por la noche, pero el muy bueno no me dijo ni pío».

—Vaya... —Laura pensaba que era realmente una historia para escribir un libro.

—Y nos dijo que claro, que no podía dormir con ese peso en el pecho. Que bastante tenía con el otro peso, el del amante, como para tener que cargar con el de ladrona. Y que quería contárselo a Grisalda para que confiara en ella. Y le dijo que tenía todo su apoyo, y que siempre iba a ser su cuñada favorita, y yo pensé: como si tuviera otra. Y que le habían llegado muy adentro las palabras que había dicho antes de que llegara la policía. Que sentía mucho que hubiera sufrido tanto y que la ayudaría en todo lo que necesitara.

—Guau... —Laura escuchaba tan atenta la historia que se le había deshecho el último trozo de pastel entre los dedos.

—¿Verdad que parece un culebrón? No me puedes negar que tengo una familia muy peculiar.

Laura reaccionó, pero cuando intentó salvar el chocolate ya se había sumergido en el interior de la taza.

—Pues sí, es una historia muy entretenida. Aunque estoy segura de que todo va a salir bien. Para empezar, tú y yo estamos aquí —Álex sonrió ante el comentario de Laura. A continuación respiró hondo, como si fuera a lanzarse a una piscina para nadar los cien metros estilo libre y dijo:

—¿Sabes qué? Cuando era pequeña, lo único que quería era ser normal. Pasar lo más desapercibida posible. No llamar la atención. Aprendí a estar sola, a jugar con cualquier cosa. No necesitaba la compañía de nadie, ni adultos ni niños. No tenía amigas porque todas las niñas del colegio eran tan distintas a mí y vivían una realidad tan diferente a la mía que me aburría escucharlas. Luego llegué aquí. La vida con mi abuela era tan distinta a la que había vivido siempre que me resultaba raro que cada día tuviese cosas que contarme. Siempre quería estar conmigo. Nunca me dejaba sola, hasta para hacer los deberes se sentaba a mi lado, aunque no pudiera ayudarme. Era todo nuevo: el cariño, las palabras, el instituto. Nunca nadie había hablado tanto conmigo. A otra persona le hubiera incordiado, habla tanto... ¿verdad? —Laura sonrió—. Pero a mí me encantaba, y lo sigue haciendo. Con ella aprendí a hablar. Pero a hablar de verdad. Entendí que mi opinión también era importante para la gente, pero tenía que decirla en voz alta, aprendí que con pensarla no era suficiente. Ella me enseñó a ser yo misma, a aceptar mi naturaleza. Nunca utilizó estas palabras, pero con su comportamiento me enseñó lo que significa el respeto y la aceptación. Le debo a ella todo lo que soy.

Lo que Álex quería decir es que con Grisalda aprendió que dentro del desorden puede existir el orden más puro, y que las cosas no se pierden, simplemente no se encuentran. Que la riqueza es interior. Quiso explicarle a Laura que había entendido que la locura es relativa, que lo «normal» no siempre es lo común, y que lo común no siempre entra dentro de la norma. Que un grupo es un número de personas con gustos y afinidades, pero no siempre encuentran equilibrio. Tuvo ganas de confesarle que al fin supo amar y se aferró a esa sensación. Porque el amor es una especie de locura, y por Laura había perdido completamente la cabeza.

—Te entiendo a la perfección. Yo creo que ahora también le debo a Grisalda haberte conocido —Laura acercó su boca a la de Álex.

Cuando sus labios se rozaron dando comienzo a lo que iba a ser un largo y dulce beso con sabor a chocolate y crema, la voz de Grisalda las sacó de su fantasía.

—¡Álex, Laura, ¿podéis ayudarme, por favor?! —ya estaba apareciendo por la puerta de la terraza cargada con dos cestas de mimbre, una dentro de la otra, llenas de sábanas, manteles y ropa limpia. Caminaba de manera que las telas le tapaban la visión y no se había dado cuenta de la hermosa escena que acababa de interrumpir—. Es que con las más grandes no puedo sola. La artritis no me deja estirar tanto los brazos.

Álex y Laura se levantaron para ayudar a la anciana. Mientras ellas plegaban las sábanas, Grisalda hizo lo mismo con las servilletas. Un viento cálido les llegaba cargado de jazmín. Laura supo que era jazmín porque ya nunca olvidó aquel momento. Se quedó para siempre grabado en su memoria, porque Grisalda enmudeció, dejó de respirar. Se transformó en una figura de sal sosteniendo una servilleta, y las dos chicas se giraron al mismo tiempo cuando escucharon la frase de la anciana.

—¡Será posible, pero si el boleto está aquí!

FIN

EPÍLOGO - AGRADECIMIENTOS



Si has llegado hasta aquí es porque has sabido ver un final feliz en una historia tan disparatada como *Todas están locas*. Por ello quería darte las gracias. De hecho, es a ti a quien primero quiero agradecer la existencia de este libro, porque sin ti la historia se habría quedado en mi cabeza, en mi corazón, nunca me habría atrevido a escribirla. Así que muchísimas gracias.

Otro elemento fundamental que ha hecho posible que tengas este libro entre tus manos hoy es la dedicación y el interés que la Editorial La Calle ha tenido desde el principio. No solo a la hora de querer publicar la historia de Grisalda, confiando en mí desde siempre, sino en su empeño por buscar y defender la diversidad sexual en las letras. Gracias, chicas y chicos. Es un honor poder contar con todos vosotros.

Tal y como rezan las primeras líneas de la novela, esta historia está dedicada a mi familia, que se duplicó desde el momento en que me casé con mi mujer (el eje que sustenta mi vida entera y de quien espero un niño tan deseado que solo de pensarlo tiembla el suelo bajo la silla desde la que ahora mismo escribo estas líneas). Además, no voy a negar que mi familia ha inspirado algunos de los personajes que aparecen en el libro, sin embargo, debo aclarar desde aquí que no es una historia verídica. Sí lo es la idea que inspira toda la trama, es decir, una abuela tiene un regalo para su familia y lo pierde en una noche súper especial. La abuela en cuestión es la mía y el regalo era el aguinaldo que pensaba dar a hijos y nietos la noche de Nochebuena. La mujer había escondido cientos de euros (no recuerdo la cantidad exacta, pero era bastante dinero —los ahorros de todo el año—) en algún sitio para no perderlos y cuando llegó el momento del reparto no recordaba dónde estaban. Como veis es algo similar a lo que le pasa a Grisalda (salvando las distancias), pero fue suficiente para ponerme a trabajar y desarrollar la novela. En la vida real, mi abuela encontró el dinero al día siguiente (como la protagonista del libro) y todos lo celebramos con alegría, no tanto por el reparto del dinero, sino por el descanso que se llevó la mujer (la pobre no había pegado ojo en toda la noche por el disgusto).

Una vez aclarado este punto, no puedo despedirme sin decir que, tal y como anuncié hace unos meses en mis redes sociales, para mí *Todas están locas* es un canto a la esperanza y al amor de todas las familias. Mi intención ha sido desde el principio hacer un brindis por la diversidad

familiar, el cariño incondicional y el amor. Porque las familias de hoy en día ya no son como las de hace unos años y se hace necesario mostrarlo al mundo desde todos los frentes. Porque si nos visibilizamos individualmente y como colectivo por nuestra diversidad afectivo-sexual es lógico que lo hagamos también como familias diversas. Y porque deseo de todo corazón que la inclusión deje de ser una utopía para pasar a ser la norma, lo general, lo que nadie se cuestione.

Podéis llamarme ingenua, pero ese es el motivo de que *Todas están locas* sea un libro para todos los públicos, para todas las edades y condiciones, porque pienso que es la única manera de que entre todas y todos construyamos un universo inclusivo, donde todos quepamos y todos amemos. Donde todas las personas tengan los mismos derechos y las mismas obligaciones. Un mundo donde todas sean merecedoras de vivir historias de amor y por supuesto donde todas estén (un poco) locas.





Eley Grey, nacida a orillas del Mediterráneo en 1980, siempre ha sido una persona de mente inquieta y pensamiento rápido. Acostumbrada a decir lo que piensa y como lo piensa, esta joven autora ha comenzado su carrera literaria con *Las mujeres de Sara*.

Es licenciada en Historia por la Universidad de Valencia y profesora de Geografía e Historia. Se ha formado siempre en el campo de la educación y la enseñanza, orientando su aprendizaje hacia el fomento de la escuela diversa e inclusiva. Precisamente por ello, sus relatos, historias y cuentos guardan un objetivo común: mostrar la diversidad y favorecer la visibilidad para crear más referentes y promover la existencia de soportes reales, donde encontrar experiencias vitales.

Su inagotable curiosidad le hace ir a la caza de historias allá donde sus ojos se dirigen y esto la convierte en una escritora polifacética y versátil.